



En primera línea
de fuego

Segundo misterio en el condado de Cook

CHARLOTTE CARTER

Siruela/ Policiaca

CHARLOTTE
CARTER

En primera línea
de fuego

 Siruela

Charlotte Carter

En primera línea de fuego
Segundo misterio
en el condado de Cook

Traducción del inglés de
María Corniero

Siruela Nuevos Tiempos

Índice

En primera línea de fuego

Chicago, 1968

Lunes

Martes

Miércoles

Jueves

Viernes

Sábado

Domingo

Lunes

Martes

Día de San Valentín, 1969

Notas

Créditos

En primera línea de fuego
Segundo misterio en el condado de Cook

He ejercido el privilegio de todo autor de mezclar hechos reales y ficticios. Varios locales de Chicago – tiendas psicodélicas, restaurantes, librerías, etcétera– han recibido nombres ligeramente modificados. Aquí y allá, he inventado la geografía de algunos lugares del South Side y del North Side. Y Forest Street, donde Cassandra vivió de niña, es totalmente imaginaria. (*N. de la A.*)

Para Bonnie (Neysa) Pessin
y para Carol Brice, Tor Faegre,
Phyllis Forsbeck, Karen Kamarat,
Saundra Pittman, Mark Riegel y Stan Zuni.

Chicago, 1968

Dicen que el infierno son los demás.

¿Qué sabrán ellos?

Soy una solitaria reformada, por así decir. Tras toda una vida sin pareja, ahora vivo con un grupo de personas y estaría dispuesta a cortarme un brazo casi por cualquiera de ellas.

Compartimos un destartalado piso, trepidante con las idas y venidas de ocho jóvenes más o menos saludables que viven de acuerdo con los tiempos. Estudiamos para los exámenes, trabajamos esporádicamente vendiendo vaqueros o reparando bicicletas por sueldos de miseria, hablamos de cine, hacemos pan, escuchamos discos y nos entregamos en cuerpo y alma al esfuerzo antibélico.

La manifestación de hoy ante la oficina de reclutamiento de Van Buren Street se puso fea y, gracias a las resplandecientes porras de lo mejorcito de Chicago, Cliff Tobin, uno de los residentes más encantadores de nuestra comuna urbana, tiene el labio hinchado. Los demás llevamos con orgullo nuestras variopintas magulladuras. Pero estamos bien. Hemos podido volver a casa.

Ahora mismo suena una música atronadora y desafiante. Uno de los nuestros está liando un porro de primera que bastaría para relajar a todo el estado de Oklahoma. En la mesa de cocina de segunda mano tomaremos una magnífica sopa de hortalizas recién cogidas de la tierra, fumaremos de gorra y beberemos los unos de los vasos de los otros. Más tarde, cada cual pasará la noche con su amante en alguna parte de la ciudad. Incluso yo.

Incluso yo, la chiquita negra pecosa y no muy agraciada del South Side, entusiasta recluta del ejército rockanrolero de mi generación: tomar ácidos, sí al amor, no a la autoridad, beber la vida a grandes tragos; fuera como fuese el año pasado, ya no soy la misma.

Sí, lo sé: el mundo lleva mucho tiempo funcionando y se las ha arreglado estupendamente sin nosotros. Es probable que nos estemos sobrevalorando. Me importa un pimiento.

Y, además, ya casi es Navidad.

Lunes

1

–Eh, Cassandra –dijo Wilton con esa voz somnolienta tan propia de él.

–¿Sí? –repuse.

–¿Cuánto te apuestas?

–¿A qué?

–Apuesto a que tú y yo somos los únicos negros de Chicago que se saben de memoria todos los temas del álbum de Creedence Clearwater.

–No me apuesto nada. Lo somos.

Nos retorcimos de risa.

A decir verdad, no tenía nada contra los Creedence y Wilton tampoco. Sólo que nuestro amigo y compañero de piso Dan Zuni, un chaval indio pueblo de melena negra como el carbón y caderas escurridas como una modelo, estaba obsesionado con ellos. Los Creedence sonaban noche y día en el tocadiscos de su dormitorio. De vez en cuando me veía obligada a implorar misericordia. Y Dan se marcaba el detalle de darme un descanso cada vez que me quejaba; pero, al cabo de un par de horas, volvía a oírse a todo volumen «Suzie Q».

Tanto me hizo reír Wilton que acabaron por dolerme las costillas. Claro que no era tarea difícil. Llevaba encima un buen colocón, igual que él, y prácticamente cualquier cosa nos hacía gracia.

Estábamos tumbados lado a lado en el suelo de mi habitación, a poco más de medio metro de la flamante estufa comprada con el dinero de Woody. Con el invierno de Chicago no se juega. Habrá quien crea saber cómo son nuestros inviernos por ese disco de Lou Rawls en el que llama Hawk, el Halcón, al viento que azota el lago Michigan. Pues de eso nada, no lo sabe. De noche, mi habitación parecía la vertiente norte del Everest. Como andaba corta de dinero, Woody puso la pasta para la estufa pese a que en esos tiempos no estaba muy contento conmigo.

Tío Woody me quería, no cabe duda. Pero me había marchado de casa hacía poco, del espacioso piso de un edificio de Hyde Park donde vivía con él y con mi tía Ivy desde los once años. Y eso los tenía muy cabreados.

Quizá no se lo habrían tomado tan mal si hubiese alquilado un bonito estudio en alguna zona residencial respetable del South Side como Lake Meadows. Quizá lo habrían aceptado como un paso comprensible hacia la independencia. Sin embargo, lo que hice al

marcharme de casa no tuvo nada que ver con eso.

Me mudé al lejano North Side, a un piso mal distribuido de suelos inclinados y precaria calefacción de vapor, compartido con entre tres y siete personas, dependiendo de quién estuviera pasando la noche en casa de un ligue, haciendo dedo hacia California o de vacaciones en Indiana en casa de sus padres. De momento, no teníamos ningún bicho de mascota, pero debía de faltar poco para que alguno de nosotros encontrara un gatito perdido o adoptara algún periquito huérfano.

Woody e Ivy son mis padres *de facto*. Mi madre, Haddy Perry, me dejó al cuidado de mi abuela cuando tenía ocho años y se esfumó para siempre. La época que pasé con la abuela Perry fue espantosa pese a su brevedad. Por decirlo de una forma suave, nunca nos llevamos bien. Y, en un alarde de comedimiento, podría afirmar que no viví una infancia feliz.

Al irme haciendo mayor, procuro no cargarla con toda la culpa de mis desdichas. Por lo que puedo imaginar, mi madre y ella nunca fueron grandes amigas y, tan pronto como se lo permitió la mayoría de edad, mamá se liberó del hogar familiar. Entonces, justo en la etapa de la vida en que los deberes de la crianza tendrían que haber sido para ella cosa del pasado remoto, la anciana se encontró encadenada a una chiquilla desamparada –yo misma– y sujeta a arrebatos de depresión, pánico y cólera.

A mi abuela *la llamaron a casa*, como se dice en el argot de los negros, cuando era relativamente joven, igual que a su marido antes que ella. Supongo que estaba harta de todo y más que dispuesta a marcharse. En todo caso, fue en ese momento cuando me recogió Ivy, su hermana menor.

¿Y qué hay de mi padre biológico? Cualquiera sabe. La historia de mi familia está podrida de secretos, vagas explicaciones sin el menor fundamento y embustes descarados. El relato de mi llegada a este mundo es una combinación de todas esas cosas.

Los tres años vividos con mi hastiada abuela en su casa de Forest Street, en el corazón del corazón del gueto del South Side, no son ya más que un borroso recuerdo de soledad y desdicha. Ivy y Woody me rescataron.

Me libré del internado para jóvenes díscolas y de las listas de asistencia social, aunque no de un reparto siempre cambiante de matones de colegio que me machacaban por ser la enchufada de los profesores.

Bajo la cariñosa y atenta mirada de Ivy y Woody, mi amor a la lectura y mi buen rendimiento escolar eran premiados con estilográficas envueltas para regalo, abonos de temporada para la Young People's Orchestra y asistencia a campamentos de verano con actividades teatrales, donde pinté bastidores para *La muerte de vacaciones* y luego los hice temblar con mi papel de *Berenice en Frankie y la boda*.

En casa hacía lo que me daba la real gana: un televisor propio, horario libre para irme a la cama, permiso para tomar café en el desayuno y para pasearme entre los invitados a las fiestas, bebiendo 7Up en un vaso de martini y poniéndome ciega de aperitivos de gambas.

Así que la pequeña y virtuosa Cassandra, que solía ganar premios con sus redacciones

en la Semana de la Historia Negra, se metió en una comuna hippy. Pues sí, a mis veinte años ya soy adulta y he ocupado el puesto que me correspondía en cuanto a negra friki. Imaginando orgías sexuales, un consumo desenfrenado de drogas y que nunca más volvería a doblar la servilleta en la mesa, mi recatadísima tía Ivy a punto estuvo de desmayarse cuando les comuniqué mi decisión.

Aspiré a fondo el humo del canuto que estaba compartiendo con Wilton y se lo pasé, o al menos lo intenté. En ese momento andaba ensimismado en sus pensamientos y no se percató de nada hasta que le di unos golpecitos en la frente con el puño cerrado.

Sus ojos diáfanos parecieron irradiar amor hacia mí.

Mi amigo Wilton se saltaba a propósito las reglas gramaticales, pero había recibido una educación aún más refinada que la mía. Sus padres formaban parte de la clase profesional negra: su madre era cirujana pediátrica y su padre un abogado forrado. Wilton nació en el seno de la alta burguesía, igual que sus padres y sus abuelos antes que él. De hecho, remontándose hasta la Reconstrucción, su árbol genealógico estaba cargado de científicos, profesores y empresarios.

Como era de suponer dada la bruma que envuelve la historia de mi familia, no sé a ciencia cierta de dónde proceden el refinamiento de mi tía Ivy ni el dinero de mi tío Woody.

Agradecida como estaba a Ivy y a Woody por convertir mi vida de mierda en un camino de rosas, siempre he tratado de no hacerles daño ni defraudarles, y durante mucho tiempo me he esforzado en ser una buena chica.

Si se lo preguntaran a ellos, dirían que mis tiempos de niña obediente terminaron sin previo aviso en algún momento del mes de abril de 1968. Y supongo que tendrían razón. Algo me sucedió en esa violenta primavera que marcó época, con su tiempo paradisíaco y sus titulares infernales. El repertorio de atrocidades iba en aumento a medida que la primavera avanzaba hacia el verano: el asesinato de King; las revueltas urbanas; la guerra hinchándose como un cadáver en aguas enfangadas; el asesinato de RFK; agresiones a veces mortales a estudiantes del mundo entero.

Y luego llegó la Convención Demócrata de Chicago, un espectáculo de segunda fila que se transformó en acontecimiento mundial y lanzó a Richard J. Daley¹ a un estrellato más rutilante que el de Jane Fonda.

Yo tuve mi propia lista de cataclismos, sucesos de mi vida personal que me sacudieron de arriba abajo, cosas que me fueron cambiando, modelando, con lo que para bien o para mal me convertí en otra persona:

- En primer lugar, fui testigo de un espantoso asesinato en el que casi hubo una segunda víctima mortal. Al sobrino de Woody lo acuchillaron en el viejo barrio, a sólo unos minutos de la casa de mi abuela de Forest Street, y yo lo vi morir.

- Después me abandonó un amigo muy querido, lo que supuso ni más ni menos que se alterase el curso de mi vida, además del de la suya.

- Hubo otro cambio relacionado con las pérdidas, pero sin nada que ver con la guerra o la muerte. Más bien, todo lo contrario. A pesar de mi firme convicción de que me iría a la tumba sin haber echado un polvo, finalmente lo eché. Un tipo llamado Melvin me

desvirgó en unas circunstancias bastante angustiosas, lo que no me impidió disfrutarlo muchísimo.

De Melvin hacía siglos que no sabía nada. Pero el generoso, amable, apuesto e irónico Wilton Mobley me quería de corazón y me comprendía, quería ser mi amigo. Y el sentimiento era correspondido. Cuando me invitó a mudarme a su casa, tuve la impresión de que me había tocado el gran chollo. Parecía lo más natural que Wilt y yo, dos frikis afroamericanos, acabásemos juntos, y tal vez incluso construyésemos un tipo de vida que perdurase más allá de nuestra estancia en la comuna.

Pero mi suerte es irregular. Los dioses se traen conmigo un juego de ahora-te-doy, ahora-te-quito. Wilton no llegó a ser mi novio. Estaba consagrado a una grácil chica blanca llamada Mia, con una fisonomía que parecía salida de un Vermeer, y un corazón y un carácter tan maravillosos que casi esperabas ver una bandada de gorriones revoloteando y gorjeando alrededor de su cabeza. Mia Boone era el alma de la comuna, la madraza cocinitas, con sus plantas aromáticas, su jabón de fabricación casera, sus no-te-conviene-la-carne, sus recitaciones de mantras y sus velas encendidas. Wilton y ella estaban tan enamorados que me sentía inmunda sólo por imaginar a cualquiera de ellos con otra pareja.

Como venía siendo mi costumbre en los últimos tiempos, no había pisado las clases, diciéndome que aprovecharía las noches para leer como una loca y al final de la semana me habría puesto al día. Y, de momento, estaba pasando la tarde con Wilton, fumando su excelente hierba. La estufa nueva desempeñaba bien su papel y nosotros, el nuestro.

Luego, a través de mis risotadas, oí a Mia llamándonos desde la cocina:

–¡A comer, chicos!

Al oír su voz, las orejas de Wilton se levantaron como las de un fiel gran danés que oyera los pasos de su amo en el camino de gravilla.

–Vamos, Golferas, mueve el culo si no quieres que se acaben los deliciosos tacos vegetarianos –dijo.

Yo había empezado a llamarlo a él Golferas porque estaba tardando una eternidad en acabar de leer el libro de Fanon. El manoseado ejemplar de bolsillo llevaba meses acumulando polvo sobre la mesa de la televisión. Poco después, Wilton también empezó a llamarme a mí Golferas. Era una muestra absurda de complicidad. Pero a mí me producía una emoción infantil nuestra manera fluida y telegráfica de comunicarnos. Comprendía que probablemente haría sentirse excluidos a los demás en algunas ocasiones. Y comprendía que no era digno de mí. Pero era divertido.

También oí en el pasillo una voz infantil. Pertenece al pequeño Jordan, que rara vez se perdía las comidas de la comuna. Hijo de una pareja de yonquis del vecindario, el chiquillo de diez años estaba casi siempre en nuestra casa. En el diario que llevé durante las primeras semanas de mi nueva vida, lo apodé el Niño Salvaje. Suena pretencioso y cruel, pero no era mi intención. En realidad, el chaval me caía bien y Dios sabe que me inspiraba lástima. Sin embargo, hasta que lo conocí un poco mejor, casi no me atrevía a acercarme a él por miedo a que me mordiera. Así de raro era.

Jordan le había cogido cariño a Mia porque era su fuente de alimentos. Y a Cliff Tobin,

otro miembro de la comuna, porque no escatimaba con él tiempo, atenciones ni empatía. Le compraba al chaval patines de ruedas y helados de cucurucho, lo vigilaba mientras el niño dormía en el catre de su habitación, lo llevaba de excursión, le enseñó a nadar y, en general, se interponía entre Jordan y las siniestras realidades de la existencia de sus padres. A cambio, Jordan estaba dispuesto a entregar su pequeña vida por su insustituible hermano mayor. Comprensible. Yo, en su lugar, habría hecho lo mismo.

Oí un lejano entrecocar de platos en la gigantesca cocina, charloteo, risas. Me quedé donde estaba, en el suelo de la falsa chimenea, delante de la estufa. Estaba rememorando el fin de semana que habíamos pasado todos juntos en la casa de campo que tenían en Wisconsin los padres de una de nuestras compañeras de piso, Annabeth Riegel.

Sí, lo habíamos pasado genial dando mágicos paseos por los campos embarrados con nuestras botazas, alucinando como locos con los tripis suministrados por uno de la panda. Y nos habíamos puesto ciegos con el pan de jengibre y las montañas de helado batido a mano de Mia. Recuerdo, no obstante, que me sentí incómoda al contemplar la salida del sol desde la ventana de la buhardilla yo sola. No era una sensación de soledad, ni celos de quienes estaban haciendo el amor en el piso de abajo. Sólo una ligera inquietud.

—¿Sandy?

Levanté la vista. Cliff estaba en el umbral.

Así es, me llamaba Sandy, como el resto de mis compañeros. No Cass, el nombre por el que se me había conocido durante toda la vida hasta que lié los bártulos y me mudé a Armitage Avenue. Sandy.

Me encantaba que me llamaran así.

—Hay unos tacos buenísimos —dijo Cliff—. Date prisa.

—Vale, voy corriendo.

Entonces sonó otra voz masculina.

—*¡Estás corriéndote!* Pues cierra la puerta, so guarra.

Aquel genio de las ocurrencias era Barry Mayhew, un compañero fijo discontinuo de la comuna que nos llevaba unos quince años a los demás. No estaba al tanto de toda su historia, sólo sabía que el año anterior había tenido una especie de revelación a medida de la clase media blanca. Abandonó el puesto de trabajo decente que tenía. Y también dejó plantados a su mujer y a sus hijos en una zona residencial de las afueras. ¿Cuál era su mantra? Colócate, ponte en la onda, pasa de todo.

Por lo visto, el Verano del Amor se había prolongado para Barry durante el otoño y el invierno del 67, y aún no había decaído a finales del 68. Su misión en la vida era llevarse a la cama al mayor número posible de chicas. Se enrollaba con ésta o con aquélla, a veces se iba a vivir con ellas durante una o dos semanas. Pero, al final, siempre acababa por volver a la comuna.

En cuanto al *colócate* de su consigna, Barry se lo tomaba muy en serio. No sólo compraba, vendía y fumaba un mogollón de maría, además era el proveedor de algunos de los tripis más memorables que habíamos tomado. Eso compensaba con creces su descuido de las tareas comunitarias: abastecernos de papel, limpiar el baño y cosas así.

Barry solía estar ausente cuando le tocaba cumplir con su parte. Pero se lo pasábamos por alto puesto que contribuía con mucho más dinero del que le correspondía por el alquiler.

Ahora estaba junto a los fogones, mojando un trozo de pan de siete cereales en el caldero de hierro fundido, atento a no estropear la cazadora de cuero de la que tan orgulloso se sentía.

–Mia, ¿lo has preparado tú?

–Sí –respondió Mia–. Dios, Barry, ¿otra vez espídico? Es la hora de comer, ¿entiendes? Estás echando a perder las vibraciones.

–Lo siento, madam Krishna. Me portaré bien. Pero hay que ver qué mano tienes para preparar el papeo, en serio.

Wilton revolvió los ojos.

–Ten cuidado, tío –dijo–. No vaya a derramársete algo en tus abalorios del amor.

Wilton tenía derecho a salpicar su lenguaje con argot negro populachero, pero le ponía malo que Barry hablase así.

En una ocasión, Barry y Wilt casi llegaron a las manos por la forma de hablar. Barry empleó una palabra que hizo que Wilton perdiera los estribos. Dijo que había comprado unos discos de contrabando a un *negrata* que conocía.

En una fracción de segundo, tenía a Wilton pegado a sus narices.

–Tranquilo, hermano... *Coño*. Se supone que lo nuestro es la paz y el amor –la sonrisa nerviosa de Barry me recordó al personaje timorato y guasón que interpretaba Bob Hope en sus simplonas películas.

–Por última vez –dijo Wilton–, no eres negro, Barry. Ni siquiera te has ganado el derecho a llamarme hermano. ¿Qué hostias sabes de nosotros? Aunque hayas nacido y te hayas criado en el South Side de Chicago, no tienes ni puta idea de lo que significa. Fíjate en Cliff, un yanqui de Connecticut de toda la vida, tío. Pregúntale a él quién es Gwendolyn Brooks. Él sí que lo sabe. Pregúntale quién fue Toussaint, o Henry Tanner. Su madre y su hermano mayor estuvieron en Selma con el doctor King, tío.

–No exactamente –terció, humilde, Cliff–. Lo oyeron hablar en Washington.

Pero las desavenencias de Barry y Wilt no terminaban ahí. De ser cierta la versión de los hechos de Wilt, Barry iba detrás de Mia desde el día en que le echó la vista encima. Podía ser. Mia atraía a la mayoría de los tíos. Al parecer, Barry y Wilt no habían parado de lanzarse pullas desde entonces.

–¿Quién se apunta a correrse una juerga esta noche? –preguntó Barry sin dirigirse a nadie en particular–. Qué aburridos sois –añadió al ver que nadie le contestaba.

Pasó por detrás de mi silla y me tiró de la trenza.

–¿Qué pasa, Sandy? ¿No quieres ir de fiesta conmigo, pequeña diosa del sexo?

Me estaba tomando el pelo. A Mia siempre le estaba tirando los tejos. También tonteaba con nuestra compañera Annabeth Riegel y con su amiga Clea, una chica negra que frecuentaba tanto la comuna como para considerarla una compañera de piso más. Pero en la vida había demostrado interés por mí.

–No estás a la altura de Sandy.

Fue Cliff quien lo dijo.
Barry se puso en guardia.
–¿Qué dices?
–Es demasiado inteligente para ti –dijo Cliff.
Wilt se inclinó sobre la mesa para chocar esos cinco con Cliff.
–¿Y quién no lo es?
Hubo una carcajada general, incluso Barry se rió.
–Está bien –dijo–, os perdono. Mirad. Hierba que he traído para todos. Soy un rey muy bondadoso. Me echaréis de menos cuando me vaya.
Arrojó sobre la mesa una pequeña bolsa de plástico llena a reventar. La hierba era pura hoja de primera, del color de la paja. Sólo con verla, ya me sentía colocada.
Barry nos miraba sonriendo de oreja a oreja.
–Ya te besaremos el anillo en otra ocasión –dijo Wilton.
–Claro que me lo besaréis, qué coño –dijo Barry.
Yo no estaba participando en las risas. Y en realidad tampoco me apetecía comer. Me puse nerviosa y no tardé en levantarme de la mesa. En mi habitación, metí unas cuantas cosas en la mochila. Luego me calcé las manchadas botas marrones, me puse el chaquetón y me encaminé a la calle.

2

Junto a los coches aparcados se habían formado grises montones de nieve que te llegaban a la altura del muslo. Los porches y patios delanteros del barrio estaban adornados con bombillas navideñas colgadas de los árboles y esos estúpidos Santa Claus de plástico. Estaba segura de que Forest Street, en el problemático barrio donde había vivido con la abuela, tendría el mismo aspecto pese a estar a muchos kilómetros de distancia, casi en otro mundo. El viejo Chicago era la ciudad con una segregación más rígida del país, pero en Navidad, la mayoría de los barrios, negros o blancos, solían cobrar el mismo aspecto: hortera y melancólico. Me pregunté si sería igual en el mundo entero.

En Londres probablemente no. Suponía que, en Londres, la Navidad sería un refinado paraíso de victorianos frufús y luz de gas. En aquellos tiempos, esa ciudad me venía recurrentemente a la cabeza. Había estado a punto de conseguir una beca que me habría permitido estudiar un año en Inglaterra. Pero esa oportunidad la quemé. Me quedé sin probar el budín de higos, sea lo que sea eso. Y, desde hacía algún tiempo, mis estudios se limitaban a establecer distinciones precisas entre la maría Panama Red y la Acapulco Gold.

Aceleré el paso al sentir el azote del viento. Cuando llegué a North Avenue, giré hacia el pequeño callejón sin salida de Vine Street. Mi chico, Nat Joffrey, aún no estaría en casa, pero yo tenía la llave. Era un apartamento de la planta baja de una tambaleante

casa de dos pisos probablemente construida a mediados del XIX, no muy distinta de las lamentables viviendas levantadas en esa época en otra zona de la ciudad para alojar a los trabajadores de los corrales de ganado.

Nat era una de las mejores personas del mundo. Negro, nacido y criado en el North Side, tenía algo de trovador, algo de filósofo y algo de oráculo. Su maravillosa voz de barítono lo convertía en un orador carismático en los mítines.

El bueno de Nat, cuando no estaba aprovisionándose de muesli o engullendo apio de cultivo biológico en el Food Coop, trabajaba incansablemente para el movimiento por la paz, editaba y publicaba octavillas, organizaba festivales de música folk y echaba una mano en los comedores para indigentes. Pero la descripción no termina ahí. Tenía cincuenta y un años, me sacaba más de treinta. Estaba empezando a perder el ensortijado cabello, su cuerpo era tan amorfo como un saco de patatas, y sus facciones más bien ordinarias. Dicho de otro modo, toda su belleza era interior.

Ni que decir tiene que estaba locamente enamorado de mí.

Llegó cargado con la compra. Queriendo ayudarle, traté de quitarle de las manos un par de bolsas de papel reciclado del Food Coop. Pero no me dejó. Lo único que quería era besarme. Por el suelo se desparramaron los pomelos, las lentejas y los cacahuetes con cáscara mientras nosotros íbamos a lo nuestro. Al cabo de cinco minutos, nos retiramos al dormitorio.

Al verme tiritando, encendió una cerilla de madera para prender la estufa de gas.

—¿Has ido a clase hoy?

En lugar de responder, suspiré.

—Vaya, vaya. ¿Qué haces durante todo el día? ¿Vaguear y fumar hierba?

—Más o menos.

—¿Qué va a decir tu familia si dejas colgados los estudios?

—No voy a dejarlos colgados, Nat.

—Será inevitable si continúas pegada a Wilton y a los demás.

—Claro. Tenemos que ser miembros más productivos de la sociedad. Y yo lo sería si me mudara a tu casa y te tuviera dándome la vara todo el rato.

Me dedicó una sonrisa mellada; se le había roto un diente en una pelea cuando servía en el ejército segregado durante la Segunda Guerra Mundial y nunca se lo había arreglado.

—Digo yo que ese mocoso malcriado podría interesarse en algo mejor que estar siempre colocado.

—Ya lo sé, Nat. No es tu porrero favorito.

—Es un malcriado, créeme. Un vago. Un tarambana. Nunca se le caen de la boca esas chorradas de cargarse a la pasma... tan militante él. Ja. Saliendo adelante en el ejército me gustaría a mí verlo, ahora que están enrolando a tantos chavales negros medio ignorantes y sin un céntimo para colocarlos en primera línea.

—Por si no lo recuerdas, Nat, se supone que estamos *en contra* del ejército. Wilt no quiere que enrolen a nadie ni que lo coloquen en primera línea.

Pero Nat había empezado a lanzar su sermón anti-Wilton y nada lo podía detener.

–Y no sé a cuento de qué tiene esa pistola, es la persona menos indicada del mundo.

Giré los ojos en redondo. La cuestión de la pistola era espinosa. Hasta yo opinaba que tenerla era un error por parte de Wilton. La había comprado como protección, decía. Últimamente se estaban produciendo robos en el vecindario. Y, según los rumores, había pandillas de matones blancos que irrumpían en las llamadas casas hippies, quitaban de en medio las drogas que encontraban, daban una paliza a los tíos y violaban a las chicas.

–Ya te he dicho que se deshizo de ella –le dije–. Lo obligó Mia. Dijo que no estaba dispuesta a vivir en una casa donde hubiera una pistola.

–Por muy mal que lo tengan los negros en esta ciudad, hay un centenar de cosas a las que podría dedicarse –gruñó Nat.

–Nosotros también podríamos dedicarnos a otra cosa –dije, confiando en hacerle callar–. ¿Por qué no dejas ese paquete de arroz integral? No he venido para hablar de Wilt. He venido a verte, ¿o no?

Sí, me di cuenta de que por eso me había levantado de la mesa de la cocina. Había sentido la súbita necesidad de que me reconfortaran con un poco de erotismo. Quizá fueron las chufas de Barry las que me habían puesto en onda. No lo sabía. Sólo sabía que quería estar con alguien que no se tomara a broma mi sexualidad.

Nat desprendía el mismo olor ligeramente acre que mi primer amante. Tenía un algo de sal y un algo de cacao sin endulzar. Además, me trataba con tanta delicadeza como Melvin. Me gustaba que me acariciase con ternura y me gustaban sus besos. Pero ya no era virgen; me había vuelto más ardorosa, más atrevida, y quería más. Quería algo que aún no podía nombrar, ni siquiera imaginar. Y, por mucho que tratase de evitarlo, siempre me preguntaba qué diferencias habría al estar con un tío como Wilton, con un cuerpo lustroso y ágil, y un largo historial de amantes. ¿No me sentiría consumida por la pasión y loca de placer si en ese momento fuera Wilton quien estuviese sonriéndome desde arriba a la vez que se dejaba caer hacia la almohada de al lado?

Wilt le había puesto un mote muy feo a mi novio, lo llamaba De Lawd, «el Señor» pronunciado a lo negro, nombre que había sacado de un viejo y siniestro musical sobre los negros en los cielos. Reírme de Nat a sus espaldas me hacía sentirme fatal. Pero me reía.

Los hombres. Con sus absurdos celos. Y sus nimias hipocresías. Quería comprenderlos, no sólo sexualmente, sino en toda su desconcertante complejidad. Y aún no lo había logrado. Algunas mujeres los pillan al vuelo, instintivamente. Claro que esas mujeres siempre son tías buenas. Y yo no lo era para nada. Sin embargo, justo después de las vacaciones iba a perder siete kilos. Para cuando cumpla los veintiuno quiero ser una tía buena reconocida.

Martes

1

Nat me hizo la putada de despertarme a las seis de la mañana y luego me dio de desayuno gachas de avena, de la variedad pedregosa, las de Irlanda. Después caminamos juntos hasta la esquina.

–Hoy no tengo clase –le aseguré–. O sea que, aunque quisiera ir, los martes no tengo clase. En serio.

Se despidió de mí con un beso en la frente y echó a andar hacia la estación del tren elevado. Yo emprendí el regreso a Armitage.

Esa mañana hacía una temperatura un poco más suave. Para variar, no había nevado de noche. Me tocaba hacer la compra de papel. La hice en Jewel y, antes de irme a casa, me di el gusto de tomarme un par de donuts en la Dairy Queen de Clark Street.

En casa había un alboroto tremendo cuando llegué cargada de paquetes pese a que apenas eran las diez de la mañana. Beth y Clea Benjamin, su amiga y compañera de trabajo en una bou-tique de Lincoln Avenue, estaban bailando como posesas en el salón, desafinando a voces con las Supremes de fondo.

–¡Sandy! –me saludó Annabeth–. Tenemos piso.

¿Piso? ¿A qué se refería?

Ah, sí, claro, al piso de arriba. Aunque cualquiera habría dicho que el nuestro era espacioso, empezábamos a estar un tanto apretujados. Beth era de una familia de dinero. A sus padres no les hacía demasiada gracia la vida que llevaba y la amenazaban continuamente con cortarles la asignación. Pero, de momento, sus astronómicos cheques eran motivo de celebración todos los meses. Beth se había enterado de que en la planta de arriba había quedado libre un piso.

–¡Cómo mola! –repetía sin parar–. Vamos a tener un puñetero dúplex friki. Arriba y abajo. Va a ser genial, tíos.

–El piso, Sandy. ¿Tú vas a querer mudarte o quedarte aquí abajo?

–No lo sé –repuse–. Depende, supongo.

Clea dejó de girar en redondo y se me encaró levantando la nariz.

–Depende de si Wilton y *ella* se mudan arriba. Tú siempre haces lo mismo que ellos, ¿verdad? –*ella*; para Clea, Mia no tenía nombre, siempre la llamaba *ella*.

Clea era menuda y guapa, con un tipazo. Pero no logro entender por qué le caía bien a Annabeth. Clea podía ser odiosa. Lamentablemente, yo tampoco le caía muy bien a ella

pese a mis vanos esfuerzos de hacer amistad. Me alegraba de que no viviera oficialmente en la comuna.

Según yo veía las cosas, a Clea le gustaba Wilton pero el sentimiento no era correspondido. Y eso debía de dolerle. Había tenido novios a montones, me decían, y no estaba acostumbrada a que nadie se le resistiese. Su animosidad hacia Mia se basaba en tres motivos: Mia tenía un novio que Clea quería para ella, Mia era blanca y tenía un novio que Clea quería para ella, y Mia era blanca y tenía un novio negro que Clea quería para ella.

En cuanto a las razones de que a mí no me tragara, creo que su antagonismo tenía algo de visceral y vetusto, algo que seguramente se remontaba a nuestras infancias, cuando yo era el tipo de niña que atraía la cólera de las niñas como ella igual que una herradura atrae las limaduras de hierro.

Fui a mi habitación y arrojé el bolso sobre la cama. En el escritorio, apoyado contra el frasco de crema de manos, había un Santa Claus de chocolate adornado con cintas.

–De parte mía y de Jordan –dijo Cliff, que había aparecido a mis espaldas.

–Gracias. ¿Por qué me lo he merecido? Aún no es Navidad.

No alcancé a oír la respuesta. El tímido Cliff solía hablar entre dientes cuando sentía vergüenza. Partí un pie y se lo di mientras me metía el otro en la boca.

–¿Qué te parece? –me preguntó–. ¿Prefieres mudarte al piso nuevo de arriba o quedarte aquí?

–No estoy segura. Me alegro de que vayamos a tener más espacio, eso sí.

–Claro. Beth se va a hacer cargo de casi toda la renta nueva, pero si Clea se muda con nosotros, nos saldrá aún más barato.

¿Clea?

Otra vez lo mismo. Ahora-te-doy, ahora-te-quito.

–¿Va a venir a vivir con nosotros Clea?

–Se lo está pensando.

Mierda, mierda, mierda.

A no ser que hubiera unanimidad en el grupo, nunca invitábamos a nadie a mudarse a nuestra casa. Comíamos todos juntos, hacíamos las tareas juntos, veíamos juntos la tele. Sería vivir con una persona que estaría transmitiéndome continuamente malas vibraciones o tratándome como si fuera tonta. Qué sensación tan horrible. No, tendría que votar en contra de Clea. Pero si la vetaba, Annabeth se rebotaría conmigo.

Había otra opción, claro está: me podía marchar yo. Aunque sólo de pensarlo me ponía mala, quizá acabaría siendo yo la que sobraría.

Empecé a hurgar en el cenicero, buscando una colilla.

–¿Sabe Wilt que a lo mejor viene a vivir con nosotros? –pregunté.

Cliff se encogió de hombros.

–¿Dónde está, por cierto? ¿Dónde están los dos, él y Mia?

–No sé. No los he visto desde ayer a la hora de comer. Suponía que a ti te habrían dicho adónde iban.

–No. ¿Quieres decir que anoche no durmieron aquí?

–Pues no.

En ese momento entró en la habitación Taylor Simon, el colega de Wilton de la universidad de Antioch. Era más bien retacuillo, musculoso y con una sonrisa contagiosa. Solía jugar con él unas partidas reñidísimas de Scrabble.

–¿Quién no durmió aquí anoche? –preguntó Taylor. Entre la novia que se había echado y su trabajo en *Rising Tide*, una revista alternativa que salía desde hacía un año, últimamente apenas lo veíamos.

–Mia y Wilt –contesté–. ¿Dónde estarán?

–Nuestros papis debían de necesitar descansar un poco de nosotros. A lo mejor han acompañado a Dan en una de sus vacaciones psicibínicas en los bosques primigenios. Volverán a casa hechos unos zorros y apestando. Bueno, niños y niñas, sacad la ropa sucia. A Cliff y a mí nos toca lavandería y luego tengo que irme a trabajar.

Cerré la puerta y me puse a fumar en cuanto se marcharon.

Déjalo correr, todo va bien. ¡Tensión, esfúmate!

La pachanga de Beth y Clea se había vuelto aún más desenfadada. Su alegría era escandalosa. Lo único que yo puedo celebrar, pensé amargamente, es haber encontrado la colilla de este porro olvidado.

En el mismo instante en que caí en la cuenta de que me había dejado en casa de Nat el libro de Hawthorne que debía leer para la clase de literatura norteamericana, oí en el techo un golpe seco. Qué raro, habría jurado que también se oía un quejido agónico. Y lo que era más raro todavía, el piso de arriba estaba vacío. Iba a ser la planta alta de nuestro dúplex.

Abrí la puerta, me asomé y vi a Clea y a Annabeth saliendo apresuradamente de casa. Se dirigían hacia arriba. Las seguí.

En el rellano se había volcado un cubo de agua con jabón. El señor Fish, el conserje del edificio, se retorció en el suelo a la puerta del piso vacío, agarrado a la fregona.

Annabeth se agachó para desengancharle el mango de la fregona de los dedos. Debía de ser un infarto.

–¡Llama a una ambulancia, Sandy!

Mientras me precipitaba escaleras abajo, oí otro alarido, de Clea. Y supe al instante que no era un lamento de dolor por el señor Fish. Aquel grito encerraba demasiado terror. Giré en redondo y la aparté de un empujón.

Ay, Dios mío. Todo inducía a pensar que al viejo le había reventado el corazón ante aquella visión. Mia yacía boca abajo en el suelo del piso deshabitado, el pelo apelmazado por oscura sangre coagulada. Llevaba puesto su bonito jersey blanco de lana, todo ribeteado con un bordado de niñitos holandeses calzados con zuecos.

En el otro extremo de la habitación, atado a una silla plegable, estaba Wilton: los ojos desorbitados, un tajo en la garganta, la pechera de la camisa empapada y negruzca. Por mucho que lo intenté, no pude volverme hacia otro lado.

Estaba pisando la sangre de Mia. Su vida licuada bajo la suela de mis botas. Pero no podía moverme, imposible darle la espalda a aquel torso rígido e hinchado sobre una silla desvencijada. Eso que estaba convirtiéndose en carne pútrida había sido mi amigo

Wilton, siempre dispuesto a bromear conmigo, con una mente lúcida y un buen corazón que eran la alegría de mi vida. Mi hermano de alma. Una expresión que nunca usaba. Eso era lo que había sido para mí. ¿Cómo iba a volverle la espalda?

¡Tensión, esfúmate!, decía Stevie. No alcanzaba a distinguir lo que gritaba Beth, pero oía a Little Stevie.

–¡Callaos! –vociferé.

Ya que no podía apartarme, que moverme era imposible, tendría que escapar a algún lugar dentro de mi cabeza.

Y eso hice. Me marché a otra parte. Regresé al parque, donde estaba en compañía de Wilt.

2

Aquella convención fue demencial. De enero a julio se sucedieron sin pausa hechos atroces, más nefastos de lo que nunca imaginamos que habríamos de soportar. Luego vinieron a la ciudad los demócratas y la violencia se volvió psicodélica.

El centro administrativo de la ciudad se había convertido en una casa de locos. Daley, el alcalde, se desmelenó y dio rienda suelta a su cólera explosiva, asesina. Ah, pero había un rincón donde todo era distinto, un lugar donde, como habría dicho Mia, las vibras eran suaves. Los jóvenes acudían a Lincoln Park como moscas atraídas por un tarro de miel. Yo no era la excepción. Oía la música juvenil desde el otro extremo de la ciudad y un día sí y otro también montaba en el autobús de Michigan Avenue, recorría el largo trayecto hacia el norte y no regresaba a Hyde Park hasta bien entrada la noche.

Ivy y Woody querían saber cómo pasaba el tiempo. Mis respuestas siempre eran educadas y prácticamente sin una pizca de información a la que agarrarse. Cuanto menos supieran, mejor.

Había leído en alguna parte que Bobby Seale y Jean Genet iban a hablar en el parque. Al primero lo conocía, cómo no, pero no estaba muy segura de quién era el otro. Mi amigo y antiguo profe de literatura inglesa, Owen Kittridge, me lo dijo.

Mientras escuchaba la conferencia en inglés macarrónico de Genet, se sentó a mi lado en el césped un tipo alto y guapo con el pelo afro enmarañado. Al cabo de unos diez minutos empezaron a oírse unos ronquidos formidables. El chico atractivo de pelo revuelto estaba despatarrado, en su nube, armando tanto escándalo que Genet tuvo que abreviar su charla.

Me quedé en el césped viendo dormir como un bebé a quien pronto sabría que era Wilton Mobley. Cuando volvió en sí, alrededor de una hora después, se restregó los ojos como lo habría hecho un niño.

–¿Me invitas a fumar? –preguntó.

Y así me robó el corazón.

Pasamos horas hablando. Descubrimos con asombro que sus padres vivían a sólo seis manzanas de Ivy y Woody, en Hyde Park. Pero desde que había vuelto de Antioch, Wilton no vivía con ellos. Sus padres estaban cabreadísimos porque había dejado colgados los estudios. Para huir de su cólera, había ocupado una habitación en un piso compartido en el North Side, donde vivía su ex compañero de estudios Taylor Simon.

Aquel chico fantástico, aquel príncipe negro somnoliento, había aparecido en el parque como salido de un cuento de hadas, y estábamos de acuerdo en todo:

¿Qué música escuchaba?

Sí, a él también le gustaba.

¿Estaba tan harta de la universidad como él?

Y tanto.

¿Me preocupaba cómo encajaría en la revolución? ¿Me sentía emocionada y asustada a partes iguales?

Pues sí... claro que sí.

¿Así que había probado los tripis de Owsley?

¡Caray, qué increíble!

Hablémos de lo que hablémos, coincidíamos en todo.

Unas ancianitas blancas encantadoras que estaban dando una vuelta por el parque con una canasta de picnic gigantesca nos dieron sándwiches de ensalada de huevo y mandarinas. Cuando caía la oscuridad, nos fumamos juntos un porro. Levanté la vista hacia las estrellas, feliz. Quién se lo iba a imaginar. Que hubiera alguien así y no hubiese sabido de su existencia hasta hacía ocho horas. Y ya éramos amigos para siempre, pensé... cruzando los dedos.

Wilton dijo que necesitaba echar una meada y se fue a buscar uno de esos aseos portátiles. Antes de que le diera tiempo a volver, la gente que había a mi alrededor empezó a levantarse en oleadas. Un pánico silencioso se había apoderado de la multitud. Luego cayó sobre nosotros como un manto el gas lacrimógeno. Puse pies en polvorosa, cegada, como un cabritillo separado de su madre. Habría que dejar para otro día el maratón de conversación con mi nuevo mejor amigo.

No pasa nada, pensé. Ya habrá tiempo. Volveré a verlo, me decía. Tengo el teléfono de la comuna.

El primer día que me llevó de visita me devoraban los nervios. Era la hora de cenar y estaba reunido casi todo el equipo.

Me presentó a los demás en un tono jovial:

–Hola, cabrones, he traído a mi amiguita. Saludad todos a Cassandra.

¿Su amiguita? Dios, ¿por qué lo había expresado así? Wilton era un tiarrón de veintitrés años.

Colgó el llavero en el perchero de pared, detrás de la puerta principal, y me hizo pasar.

Mia abandonó su puesto junto a los fogones y vino a darme un abrazo. Había oído

hablar muchísimo de mí; sabía cuánto me apreciaba Wilt y confiaba en que también nosotras nos haríamos buenas amigas.

—¿Cómo te llaman? ¿Sandy? —preguntó.

—Sí —mentí.

Me senté a la mesa entre Cliff Tobin, un chico larguirucho de Connecticut que estudiaba psicología en DePaul, y Dan Zuni, que asistía al Art Institute. Aunque se llamara así, me informó Mia, Dan no era un indio zuni sino de la tribu isleta de los pueblo. Dan, que era poco hablador, sonrió agradecido por la explicación.

Wilton llamaba a menudo «el adulto» a Taylor, su antiguo compañero de clase, porque ya parecía haber encontrado su camino en el mundo. Se tomaba en serio el plan de convertirse en periodista de investigación puntero.

Annabeth Riegel, la chica rica, en su momento aspiraba a ser arqueóloga. Pero había dejado los estudios, como Wilton y Taylor. Ahora iba a clase de arte dramático varias tardes a la semana, con la esperanza de que algún día la aceptasen en el Goodman Theatre.

El miembro de la comuna ausente aquella noche era Barry Mayhew. Se habló poco de él. De hecho, la mención de su nombre suscitó algunos aspavientos. Pero me dio la sensación de que su contribución a la vida comunal era de importancia vital y de carácter químico.

Entre la crema de apio con la que se inició la cena y la tarta de bayas con la que acabó, escuché suficientes detalles de las vidas de unos y otros para formarme una idea de cómo habían acabado juntos.

Annabeth necesitaba que le hicieran un retrato y recurrió a Dan Zuni, que era un fotógrafo de talento.

Cliff llegó a Chicago demasiado tarde para conseguir habitación en una residencia de estudiantes y puso un anuncio en el Food Coop, donde casualmente Mia estaba buscando algún aviso de «se vende sofá».

Taylor y Annabeth se conocieron en una fiesta y se pusieron a hablar de cine. El también andaba buscando alojamiento, le dijo. Al final de esa semana, ya se había instalado en la comuna.

Wilton y Mia, todavía un par de desconocidos, acudieron al 3 Penny Cinema la noche que ponían Chafed Elbows, un hit del cine underground. Wilton recogió el guante que se le había caído a Mia bajo la butaca. Sus miradas se cruzaron. Después del cine, mientras tomaban un té bancha en el café vegetariano del barrio, se comprometieron de por vida.

Por aquí un amigo, por allá un novio, una vida que encajaba en otra. La red friki, como la llamaba Wilton. «Siempre nos las arreglamos para encontrarnos unos a otros —decía—. En cuanto me topé con Cassandra, supe que era de los nuestros.»

Después de cenar, Mia se fue a clase de meditación. Yo me apunté con los demás a ir a un club cutre de Wells Street donde iba a haber una actuación especial de Otis Span. Nos pusimos hasta las cejas de vino tinto barato y, cuando terminó el último pase, fuimos caminando, sin parar de pasarnos porros, al aparcamiento donde Dan Zuni

guardaba su viejo cacharro. Aprovechando que Dan me iba a llevar a casa, todos se amontonaron en el coche y nos acompañaron hasta Hyde Park. Cuando Dan aparcó en la entrada de coches del edificio donde vivía con tío Woody y tía Ivy, no quería bajarme. Pero acabé por hacerlo y les dije adiós con la mano.

Esa noche no logré pegar ojo. Me sentía demasiado feliz. Encendí la radio sobre las tres de la mañana. Fue suficiente para que se me pinchara el globo. Número de víctimas mortales de la semana hasta el momento: 112. La cifra se me incrustó en la cabeza. Empecé a imaginarlos. Ciento doce chicos norteamericanos muertos, yaciendo uno detrás de otro. Extremidades cercenadas. Abdómenes desgarrados. Algunos sin cabeza. Carne. Y faltaba la carne del enemigo, los campesinos descalzos que nos estaban dando una buena patada en el culo.

Encendí un cigarrillo, me levanté de la cama y me acerqué a la ventana. Busqué en la oscuridad la casa donde vivían los padres de Wilton. Quizá los conocería algún día. Tal vez les caería bien y tendería un puente para que se reconciasen con Wilt.

Hablábamos mucho de Vietnam, Wilt y yo. Por mi parte, calculaba que por lo menos la mitad de los chicos del colegio pobre al que había asistido en el barrio de mi abuela habrían terminado en 'Nam. Wilton suponía que ninguno de sus compañeros de clase del Francis Parker estaba allí. Pero un hermano conocido suyo, Alvin, sí había estado en Vietnam. Alvin era increíble. Era un negro auténtico.

–Me alegro de no ser hombre –le dije en un susurro. Estábamos en una mesa redonda, escuchando hablar de la guerra a un veterinario que había perdido las piernas.

–Yo también –dijo, y me cogió de la mano–. Me alegro de que no seas un hombre.

3

No te puedes venir abajo. Eso me repetía mentalmente mientras veía a los policías entrando y saliendo de nuestras habitaciones.

Beth y Clea, que no querían tanto a Wilton como yo, estaban viniéndose abajo. No daban pie con bola. Por eso me vi obligada a tomar cartas en el asunto. Fui yo quien tuvo que llamar a la ambulancia para que se llevara al señor Fish. Fui yo quien tuvo que llamar a la policía por lo de Mia y Wilt. Fui yo quien tuvo que buscar el teléfono de la lavandería y decirles a Taylor y a Cliff que volvieran a casa.

Mi exhibición de sangre fría debió de surtir efecto. Igual que los polis uniformados que llegaron en primer lugar, el alto detective de la patrulla de homicidios me dirigía a mí todas las preguntas. Era rubio, con la cara picada y unos ojos azules que jamás parecían parpadear. Estaba haciendo el papel del Americano Tranquilo, fuerte y silencioso; metiendo las narices en nuestras cosas, juzgándonos. Me cayó como una patada.

Abrió la puerta del cuarto de Wilt y Mia con la mano enguantada.

–¿Es aquí donde dormían? –quiso saber.

–Todavía no me ha enseñado su placa –dije.

–¿Cómo?

–Esto no es la escena del crimen. Es una casa particular. Se supone que debe usted mostrar su identificación cuando está en casa de alguien... eso por no hablar de un mínimo respeto.

Se me quedó mirando de hito en hito, como si estuviera considerando devolverme el golpe.

–Me llamo Norris, James Norris. ¿Satisfecha?

No respondí.

–¿De qué conoce a la víctima?

–¿A cuál? Hay dos víctimas.

–A la chica.

–La conocí el verano pasado. Mia era una persona estupenda. Una buena persona, quiero decir.

El detective soltó un gruñido.

–¿Y él? ¿Qué relación tenía con él?

–Era mi amigo.

–¿Se acostaba con él?

–No. Estaba con Mia.

–¿Y qué? Todo el mundo se acuesta con todo el mundo. ¿No se trata de eso? Amor libre.

A Mia y a mí nos habían detenido hacía un par de meses en una concentración por una vivienda digna. Nos encerraron en el calabozo de mujeres de la cárcel del condado de Cook hasta que Nat reunió el dinero de la fianza. La mayoría de nuestras compañeras de celda eran prostitutas. Según ellas, la policía de Chicago no era ajena al amor libre. Pero me abstuve de señalarlo a Norris. Sólo le dije quedamente:

–Wilton era mi amigo.

–¿Estaba celosa?

–¿Cómo dice?

–¿Pretende decir que no estaba celosa? Su amigo se lo hacía con la chica blanca, ¿verdad? Menudo semental. Aquí tenía todo un harén. Pero con usted no se lo hacía. ¿Y está diciéndome que eso no la ponía furiosa?

–Han matado a mis amigos. Eso sí que me ha puesto furiosa.

–Ya veo, claro que estaba celosa. ¿Por qué no me cuenta lo que ha pasado? –en ese momento sacó de golpe su cuaderno de notas, blandiéndolo como un sable.

–Puedo dar cuenta de mis actos minuto a minuto desde la una de la tarde de ayer.

–Ahórreselo. La otra chica de color... ¿tenía relaciones sexuales con él?

–Caramba, es usted increíble. Creía que antes de ascenderlos a detectives les hacían pasar alguna prueba de inteligencia.

Estuvo a punto de echarme las manos encima. Pero no lo hizo. Me ordenó que saliera de la habitación.

El tropel de policías y técnicos nos iban apartando cada vez más del centro del piso.

Cliff y Taylor se habían colocado a ambos lados de Clea, que estaba temblando.

Hubo algo de revuelo para ver dónde montaba Norris la sala de interrogatorios. Se decidió por el mirador donde dormían Taylor y Barry Mayhew.

–Carajo –masculló Taylor.

–¿Qué pasa? –pregunté.

–Barry guarda ahí el material. ¿Y si se ponen a fisgar sus cosas?

–¿No necesitan una orden de registro para eso? –preguntó Cliff.

–Sí, Cliff –dijo Taylor–. Se andan con mucho cuidado en esos asuntos.

Dios. Lo que nos faltaba. Que nos llevaran al trullo el mismo día que habían asesinado brutalmente a dos amigos.

–Probablemente Barry aparecerá de un momento a otro –dije–. Cualquiera sabe cómo reaccionará.

–Nos delatará sin pensárselo dos veces –respondió Taylor–, supongo que les dirá que la droga es mía.

Norris nos fue haciendo pasar uno a uno. Cliff salió del mirador muy abatido, al borde de las lágrimas.

Aparté la vista de él, forzándome a mantenerme entera.

La policía llevaba horas en el piso. Se había hecho ya de noche, pero cuando me asomé por la ventana me alumbraron unas luces cegadoras. El canal informativo local había enviado una furgoneta con todo el equipo. La acera estaba atestada de gente. Reporteros, vecinos, mirones, médicos, policías de uniforme.

–Dios mío, Cliff, Jordan está ahí abajo. Mira.

–Debe de estar muerto de miedo. Voy a bajar a por él.

Pero no lo hizo. Los polis no le dejaron salir. Cliff empezó a dar vueltas por la habitación como un caballo desbocado. Debía de estar pensando, igual que yo, que esos yonquis infectos que decían ser los padres de Jordan no tendrían que dejarlo rondar por ahí de noche. Deseé que los dos se metieran una sobredosis y así Cliff pudiera criarlo.

La policía permitió a Clea marcharse a casa. Se puso el abrigo sin ánimo ni para mirarme.

–¿Te encuentras bien? –le pregunté.

Asintió con la cabeza.

–Sólo quiero salir de aquí.

Me cruzó por la cabeza un pensamiento que me avergonzó: ahora ya no creo que tenga que preocuparme de que venga a vivir con nosotros.

Annabeth salió del interrogatorio fumando como una loca. Le dio la espalda al policía que repasaba los números atrasados de *Rising Tide* que había en la mesa de centro y dijo en voz baja y apremiante:

–¿Dónde coño está Dan? Ese madero no para de hacer preguntas sobre quién vive aquí y da la impresión de que piensa que el culpable puede ser Dan.

Dios. Con tanto jaleo, me había olvidado de Dan Zuni. Miré a Cliff y repetí la pregunta:

–¿Dónde está Dan?

–Sacando fotos, supongo.

–¿Dónde?

–¿Quién sabe?

No era nada raro que Dan se largase por ahí a pasar unos días solo. Metía unas cuantas cosas en el maletero del coche y se iba al bosque a sacar fotos, a pensar –a meditar, como decía Mia– o a disfrutar del peyote que le había pasado algún amigo.

También era probable, claro está, que hubiese conocido a una chica y estuviera con ella. Dan era excéntrico por naturaleza, y un solitario, pero tenía una maravillosa melena sedosa, la piel bruñida y unos ojos negros fascinantes. Las mujeres se lo rifaban.

Los policías nos permitieron preparar té. Me sentí rara trajinando junto a los fogones. La cocina había sido el territorio de Mia. Y luego no pude probarlo. El detective Norris había reservado lo mejor para el final, por así decir. Me señaló doblando un dedo para que fuera al mirador.

Joder, ese tío me ponía enferma. Al principio había parecido que el sentimiento era mutuo, y después empeoró. Pero los modales de Norris se suavizaron un poco cuando me senté frente a él en el sofá cama.

No se dejó nada en el tintero al interrogarme sobre Wilt y Mia: ex parejas celosas, trapicheos de drogas, enemigos, pertenencia a pandillas, vínculos con la mafia, manías sexuales, cultos satánicos.

Supongo que mis respuestas coincidieron bastante con lo que le habían contado los demás. A medida que avanzaba el interrogatorio, incluso se dignó a responder un par de preguntas más.

–¿Le han quitado esas cuerdas a Wilt? ¿Ya no están aquí? Los cadáveres, quiero decir.

–No. Van camino del depósito.

–¿Cuánto tiempo pasaron ahí muertos? Tienen sistemas para averiguarlo, ¿verdad?

–No es fácil saberlo. Menudo cachondeo se van a traer los forenses con este caso. Ahí arriba no hay calefacción. Como hace tanto frío, es posible que los hayan matado ayer por la tarde o por la noche. ¿Por qué lo preguntas?

Me encogí de hombros.

–No lo sé, la verdad.

Pero sí lo sabía. Me había entrado una estúpida vena me–siánica. No podía evitar pensar que si me hubiese quedado en casa, si no hubiera decidido pasar la noche con Nat, podría haber evitado los asesinatos de alguna manera.

–¿Ya hemos terminado?

–Casi –se reclinó en su asiento y me ofreció un cigarrillo–. ¿Vas a la misma universidad que Wilton Mobley?

–No.

–¿Adónde vas?

–A Debs.

Me sonrió como si fuera el detective de la tele Gomer Pyle.

–Vaya. O sea ¿que te gustan los profes rojos?

La preguntita no venía a cuento para nada, pero entendí a qué se refería. La

Universidad Debs había sido fundada en los años treinta por un grupo de renegados, profesores socialistas hartos de la mentalidad tipo torre de marfil y de las cuotas raciales. Fue un semillero maravilloso, según dicen todos. Pero ahora, unos treinta años después, apenas se diferenciaba de cualquier otra universidad de nivel medio.

–No están nada mal –dije–. En todo caso, son mejores que los fascistas.

A medida que el interrogatorio languidecía, no pude dejar de pensar que prefería mil veces vérmelas con los maderos culomanteca que habían estado reventando cabezas en Lincoln Park que con un gilipollas como Norris. Por lo menos, normalmente tú corrías más deprisa que ellos.

Miércoles

1

Me quedé tumbada escuchando las voces de mis compañeros, reunidos en la cocina. En mi habitación hacía un frío polar. Me había olvidado de encender la estufa y había dormido, si a eso se puede llamar dormir, hecha un ovillo, tapándome la cabeza con las mantas. Antes o después tendría que levantarme, pero se me antojaba un esfuerzo enorme. Sentía un peso aplastante en el pecho y tenía los ojos pegados.

Al final me levanté y saqué del armario mis pantalones marineros de lana y un jersey de cuello alto de mucho abrigo. Me vestí despacio, concentrándome minuciosamente en cada cosa que hacía y tratando de mantener a raya el recuerdo de lo sucedido. Y no sólo eso, también lo que nos esperaba: investigaciones policiales; entierros; tener que enfrentarse no a una, sino a dos parejas de padres dolientes y angustiados. ¿Cómo íbamos a superarlo? ¿Hasta cuándo duraría mi numerito de aquí-estoy-yo-ya-soy-adulta?

Ni siquiera me molesté en lavarme los dientes. Entré en la cocina, todavía con aquella sensación de opresión.

Estaban tomando café, todos desaliñados y mugrientos. Nadie tenía mejor pinta que yo.

–Hay que salir a comprar el periódico –decía Taylor en ese momento.

–¿Para qué? ¿No recuerdas lo que ha pasado? –dije cáusticamente–. Wilt y Mia han muerto –sabía que no tenía motivos para ponerme así con Taylor–. Lo siento –añadí abruptamente; y con la disculpa se me escaparon las lágrimas.

Annabeth me pasó el brazo por los hombros y Cliff me sirvió un café. Cuando había llorado todo lo que tenía que llorar, Taylor dijo:

–Bueno ¿y ahora qué?

–Para empezar, alguien tiene que encontrar a Dan –opinó Annabeth–. La policía anda buscándolo, y cuanto más tiempo esté fuera, más se reforzará la impresión de que se ha dado a la fuga. Y Barry, lo mismo.

–Ya se enterará, ¿no? –dijo Cliff–. Debe de haber salido en los periódicos, digo yo, y en la tele.

Taylor soltó un bufido.

–Creo que te has olvidado de que Dan vive en el planeta Zuni. ¿Cuándo le has visto prestar atención a las noticias? Además, seguramente estará lejos de la civilización, cagando entre los arbustos.

Entonces tuve una visión de Dan. Tendido de espaldas, con sus pintillas de estar colgado, canturreando «Suzie Q».

Se me agolparon en la cabeza todos los interrogantes.

–¿Y si tratan de detenerlo y echa a correr? ¿Dispararán contra él? –pregunté–. ¿Y si cuando lo encuentren tiene encima un colocón? ¿Y si cree que no son reales?

–¿Por qué no nos lo tomamos con calma? –me tranquilizó Cliff–. Con el frío que hace no podrá pasar mucho tiempo al aire libre. Quizá haya ido a casa de algún conocido que vive en el campo, uno de sus profesores, por ejemplo. No le pasará nada.

Al oír una llave girando en la cerradura, todos a una contuvimos el aliento.

No era Dan.

Era Barry Mayhew. Con los ojos rojos, la perilla revuelta y temblando de rabia, tenía indiscutiblemente peor aspecto que ninguno de nosotros.

–¡Dadme algo! –estalló.

Le puse delante una taza de café y él la tiró de la mesa de un manotazo.

–¡Dadme algo de fumar, coño!

Taylor se lanzó hacia la hierba.

Barry se desplomó en una silla.

–Me cago en los hijos de la gran puta. Anoche iba caminando hacia casa, sin meterme con nadie, cuando de pronto me veo rodeado de maderos. Me empujaron a un *coche*, tíos. Como si fuera una mierda. Como a un *criminal*, tíos. Los muy capullos me tuvieron en la cosqui hasta las dos de la mañana. Hablando de asesinatos. Me dijeron que Wilton y Mia..., joder. ¿Qué coño ha pasado aquí?

Barry seguía descompuesto, pero a medida que fumaba sus facciones empezaron a relajarse. Al poco tiempo ya estaba contándonos su angustiada experiencia con auténtico placer de narrador de cuentos, convertido en el centro de atención, en medio del círculo que formamos a su alrededor.

–Había estado toda la noche de fiesta en Wacker Drive, en casa de unos ricachones a los que les pasaba tripis, una gente convencional de mierda, tíos. Cuando la poli los llamó para verificar su coartada, al principio se asustaron tanto que no querían decir que había estado con ellos. ¿Con quién cojones se creía la pasma que estaba tratando? ¿Con un hippy colgado que no se enteraba de nada? Un abogado conocido suyo los puso en el mayor de los ridículos; tuvieron que soltarlo, joder; si no les habría echado encima al mismísimo Kunstler².

»¿Y qué coño pasa con el puto teléfono, tíos?

–¿Qué teléfono? –preguntó Annabeth.

–He intentado llamaros cien veces, panda de gilipollas. La línea está jodida.

Levanté el auricular del teléfono de pared. En efecto, no había línea. Fui al cuarto de estar a echar un vistazo al otro teléfono. Estaba descolgado. Debía de haber recibido algún golpe en el alboroto de la noche anterior. Coloqué el auricular en su sitio.

Cuando regresé a la cocina, Barry estaba poniendo en circulación varios porros, sin parar de hablar.

–Tengo que buscarme un sitio para pasar una temporada –decía.

–¿Cómo que «un sitio para pasar una temporada»? ¿Nos dejas? –preguntó Taylor.

–Pues claro. ¿Piensas que voy a quedarme aquí para que me liquiden como a ellos?

Nos quedamos todos callados durante un instante, en parte por vergüenza ajena ante la falta de sensibilidad de Barry. Pero aquel silencio aturdido encerraba algo más. Aunque los asesinatos habían sido espeluznantes, a mí no se me había ocurrido temer por mi propia seguridad. No me entró el miedo hasta que Barry hizo aquel comentario fuera de tono.

Y no sólo me había entrado a mí. Lo veía en sus rostros paralizados; el de Beth, el de Cliff y el de Taylor. «Dios mío –pensaban todos en ese momento–, alguien se ha colado en nuestro edificio y ha asesinado a dos personas. No estamos a salvo.» Para que luego digan de los hippies colgados que no se enteran de nada.

Entonces me vino a la cabeza otra idea, algo que sin duda no se les había ocurrido a los demás... todavía. Si alguien quería borrarlos del mapa, cabía la posibilidad de que Mia y Wilt no hubieran sido las primeras víctimas. Tal vez se habían cargado ya a Dan Zuni. ¿Y si no había llegado al bosque o adondequiera que se dirigiese? Ni me atreví a dar voz a esa inquietud. Ya estábamos suficientemente acojonados.

No habrían pasado ni sesenta segundos desde que había puesto en su sitio el auricular y el teléfono ya estaba sonando. Cliff lo cogió, escuchó unos segundos y colgó.

–¿Quién era? –preguntó Annabeth.

–Un tipo del *Sun-Times*.

–Vuelve a descolgarlo –sugirió Annabeth.

Cómo no. Un periodista a la caza de una versión de primera mano sobre los escandalosos asesinatos de unos hippies. Mirad lo que os sucederá si permitís que vuestros hijos se conviertan en unos frikis enganchados a las drogas y al amor libre.

–Oye, Sandy, ¿te encuentras bien? –dijo Cliff, abrazándome–. Te veo muy rara.

–Estoy muerta de frío, nada más.

–Sí, tíos, esto es una nevera –terció Barry–. Y tengo tanta hambre que me comería una piedra. Joder, ojalá... –por lo menos, tuvo el detalle de no terminar la frase. *Ojalá estuviera aquí Mia*. Eso es lo que iba a decir. ¿Nos haces unos huevos revueltos, Mia? Ay, no, un momento... ha muerto–. ¿Qué pasa? No me miréis así. ¿Qué se supone que tenemos que hacer? –continuó–. ¿Morirnos de hambre? –se levantó de un salto y se frotó las manos–. Vamos a papear algo. En Chester's. Invito yo, como siempre.

–Tiene razón –dijo Annabeth–. Me siento como si llevara dos semanas sin probar bocado.

Nos arremolinamos a lo tonto, de pronto no soportábamos perdernos de vista unos a otros. Tardamos siglos en encontrar nuestros abrigo y bufandas. Luego, cuando abrí la puerta principal, me quedé auténticamente helada. Ví dos pares de ojos desorbitados. Un puño negro suspendido en el aire, a punto de llamar a la puerta. Reprimí un grito. Ante mí tenía a mi tía y a mi tío.

Algunos describirían a mi tía Ivy llamándola estirada. Es una mujer menuda con una figura esbelta y atractiva. O, más bien, era esbelta hasta hace unos meses, antes de que la hospitalizaran y estuviera a punto de morir. Ahora sencillamente está flaca. De todos modos, la tez hiperpálida, las mejillas hundidas y los perfectos labios rojos también le favorecen. Cerca ya de los sesenta y con mala salud, sigue siendo una mujer hermosa. Y la enfermedad tampoco ha menoscabado en absoluto sus impecables modales ni su modulado hablar.

–Maldita seas, Cassandra, no sé si darte un beso o deslomarte a palos.

No era el lenguaje habitual de Ivy.

–¿Te das cuenta de lo mal que nos lo has hecho pasar, hija? Esta mañana, al despertarme, me enteré por la radio de este desastre, y le dije a Woody: «Dios nos ampare, ¿no es ésa la dirección de Cass?». Luego nos pusimos a llamar y a llamar sin que nadie respondiera... ay, Señor, Cass. Ahí abajo hay una legión de policías dando vueltas. Pensé que estabas... ¿Te das cuenta de lo mal que lo hemos pasado? ¡Contéstame!

No pude, porque Woody se lanzó a dar su propia versión de te-das-cuenta-de-lo-mal-que-lo-hemos-pasado. Estaba plagada de amenazas y ultimátums y resonó por el pasillo como la voz iracunda de Dios.

Siempre había sospechado que mi autodidacta tío Woody, un hombre hecho a sí mismo, había participado en el negocio de la lotería ilegal en su juventud. Mi abuela tan sólo dejaba caer indirectas sobre el oscuro pasado del bien plantado marido de su hermana, Woody Lisle: puede que hubiera sido contrabandista de ron o tal vez jugador profesional; quizá fuera en su día el «socio» de Henry Waddell, famoso delincuente del South Side. En cualquier caso, erguido en el umbral y abroncándome con aquella voz imperiosa y empapada en whisky, me hacía sentir como un jugador de tres al cuarto que hubiera dejado una deuda pendiente y fuese tan incauto como para creer que iba a salirse con la suya.

–Entra ahora mismo en este puñetero piso y recoge tus puñeteros trastos, jovencita – fue el colofón de la diatriba de Woody.

Abrí la boca, pero no pude articular ni una palabra. Escondí el rostro entre las manos.

–Son tus parientes, imagino, ¿verdad, Sandy? –dijo Cliff.

Me eché a reír como una loca.

Cuando me serené, les hice pasar. Al final, los buenos modales de Ivy se impusieron. Saludó con fría cortesía a mis compañeros de piso a medida que se los presentaba. Por su parte, Woody apenas mantuvo las formas mientras miraba uno a uno a mis desaliñados amigos. Su cuerpo alto y delgado estaba tan tenso que parecía a punto de partirse en dos.

Por fin logré hilvanar unas cuantas palabras coherentes.

–Tenemos hambre. No hemos comido nada.

–¿Cómo dices? –Ivy se encolerizó de nuevo–. ¿Pretendes decirme que sois incapaces de preparar algo de comer entre los cinco?

–No, no. No pretendía decir eso. Es que... da igual. Sentaos un minuto, por favor. ¿Me

hacéis ese favor?

Dejé instalados a mis tíos en la sala y dije a mis compañeros que se fueran sin mí.

–¿Es tu viejo? –me preguntó Barry mientras salía.

–Algo así.

–Vaya tipo impecable. Lleva unos zapatos enrolladísimos.

No me había fijado en cómo iba calzado Woody. Ni falta que me hacía: sabía que siempre usaba zapatos ingleses. Les sacaba brillo todas las noches antes de irse a la cama. Para él era una especie de ritual obsesivo.

Antes de reunirme con Ivy y Woody, los estuve observando un rato desde el vestíbulo. Mezclado con el miedo y el cabreo que tenían, percibí su disgusto por lo descuidada que estaba la sala. No era así, desde luego, como había imaginado su primera visita. Nada que ver con ofrecerles un jerez y unas galletas de almendra hechas por Mia y presentarles a mi amigo Wilton. Respiré hondo y entré.

–No digáis nada –les advertí, dándoles un susto de muerte.

–Cassandra... –empezó Woody.

–No digas nada –bramé–. No voy a marcharme de aquí hasta que se descubra quién ha matado a Wilton y a Mia. No voy a dejar tirados a mis amigos. Y no voy a volver con vosotros.

–Claro que vas a volver con nosotros –dijo mi tía.

–No, Ivy. Ni lo sueñes.

Ivy contuvo a Woody posando una mano en su pierna. Estaba a punto de abalanzarse sobre mí.

–Mirad, es que no lo entendéis –dije–. Wilton lo era todo para mí.

–¿Por qué no íbamos a entenderlo, Cass? –dijo mi tía–. Tú lo eres todo para nosotros.

–No es lo mismo.

–Quieres decir que era el hombre con el que vivías –intervino Woody con irritación.

–Sí. No. Es decir, mi amor por él era distinto. Más o menos como el que siento por las demás personas que viven aquí, pero más intenso.

–No sería más intenso que el amor que te inspira tu familia, Cassandra –dijo Woody–. No se quiere más a los desconocidos que a la propia familia.

Traté de escoger mis palabras con cuidado.

–Vale, tienes razón. En cierto modo. Pero con otras personas, con los desconocidos, si quieres llamarlos así, puedo disfrutar de una intimidad que no es como la de la familia. Tienen algo que a vosotros os falta. Estamos metidos en el mismo rollo.

–Nadie dice que no puedas conservar tu amistad con ellos, Cass. Lo cual no significa que tengáis que compartir casa –terció Ivy–. Puedes mantenerte igual de unida a... estas personas... viviendo en tu casa.

–Estoy en mi casa, Ivy.

–No, tesoro, no.

–No me estáis entendiendo, ¿verdad? Me he ido de vuestra casa y ahora mi casa es ésta.

–En tu maravillosa casa se han cometido asesinatos –gritó Woody–. Con nosotros

estabas a salvo hija... con los de tu sangre. No te faltaba de nada. Pero tuviste que largarte con esta gente. Tú no eres como estos chavales blancos, Cassandra. A ellos se lo han servido todo en bandeja desde la cuna y, a pesar de todo, llevan esta vida absurda. Ya ves adónde les ha conducido. Quedarte aquí después de que hayan asesinado a alguien es una locura.

–Deja de llamarlo «alguien», maldita sea. Tenía nombre.

Entonces, Woody se levantó y dedicó unos segundos a arreglarse la raya del pantalón. Después me taladró con una de sus miradas escalofriantes.

–No voy a aguantar más disparates, Cassandra. Haz el equipaje.

Imagino que todo aquel asunto había acabado por desquiciarme. La mitad de lo que me puse a decirles a gritos eran incoherencias.

–Me estáis volviendo loca. Asfixiándome. Sois los dos unos tiranos de mierda. No me respetáis, no me escucháis y sólo me queréis si hago lo que me decís. ¿De qué vais? ¿Os creéis policías o qué? ¿Creéis que me importan un pimiento vuestra estúpida asociación de vecinos y vuestros corruptos amigos lameculos de los blancos? Los odio y odio vuestro asqueroso modo de vida.

–Recoge tus cosas, niña.

–Vete al infierno, Woody. No voy a moverme de aquí hasta que vea que a Wilt y a Mia se les ha hecho justicia de algún modo. Déjame en paz, cojones.

El galante Woody Lisle se inclinó para ayudar a su esposa a levantarse.

–Si fueras un hombre, Cass –dijo–, te mataría.

A continuación se llevó de allí a la boquiabierta Ivy. Mi tía se deslizó vaporosamente por la puerta como un viejo pañuelo de seda.

3

Tenía un careto que daba miedo. Me soné la nariz, me quité de un restregón las huellas del ataque histérico de llanto e hincó el diente al sándwich de huevo frito que me había traído Cliff.

–No llores, Sandy. Si tú te quedas, yo también.

–Gracias.

–Acabo de llamar a mi casa –dijo–. Mi madre ha reaccionado igual que tu familia –me puso a la altura de la boca un gran vaso de papel lleno de batido de chocolate para que bebiera por la pajita–. Taylor dice que ahora mismo la policía no me dejaría irme a casa ni aunque quisiera.

–Tu madre vive en Connecticut, ¿verdad? –Sí.

–Yo creía que en Connecticut vivía la gente de mucha pasta. Pero Wilt me dijo que no eras rico. Me dijo que tu madre era de clase obrera y que te crió ella sola.

–Es verdad. Bueno, no exactamente. Mi hermano también contribuyó lo suyo a criarme.

–Le querías mucho, ¿verdad?

–Sí, mucho.

Me di cuenta demasiado tarde de que había sido una estupidez preguntar por el hermano de Cliff, Cary, al que habían matado en Vietnam el año anterior. Todavía muy afectado por la pérdida, Cliff a veces veía las noticias sobre la guerra del informativo vespertino asqueado y como hipnotizado, hasta que no podía soportarlo más. Entonces se levantaba y se iba. Mia había comentado en un par de ocasiones que lo había oído llorar en su cuarto.

Queriendo cambiar de tema como fuera, pregunté:

–¿Se ha ido Barry?

–No. ¿Adónde va a ir? No hay quien lo aguante.

–¿Has visto a Jordan?

–Todavía no. Me encantaría traerlo aquí, pero no me parece prudente.

–Ya, mejor déjalo estar.

–Voy a pasarme por casa de Crash y Bev para ver si está bien. La policía ha estado allí, haciéndole preguntas.

–Sobre nosotros.

–Sí. Y esos gilipollas se han mosqueado con el niño por haberles metido a los maderos en casa. Como si la pasma no supiera que son unos capullos de yonquis.

Cliff continuaba sujetándome el batido, como si estuviera inválida. Estaba apurando las últimas gotas cuando Taylor entró a decirme que me llamaba Nat Joffrey.

Supuse que Nat estaría preocupado por mí.

–No estoy –dije. Y convirtiendo en verdad aquella mentira, anuncié a Cliff–: Te acompaño. Vamos –y cogí el bolso y el abrigo.

Odiaba a Nat. Sabía que no tenía derecho, pero durante apenas cinco segundos me permití odiarlo.

Desesperada por salir, abrí de golpe la puerta principal. No se me ocurre nada que hubiera podido detener mi avance salvo lo que avisté por el rabillo del ojo. El símbolo de la paz de plata enganchado al gigantesco llavero de Wilton. Estaba en uno de los colgadores del perchero. Lo cogí con un ademán brusco y seguí adelante.

Bajé los escalones de dos en dos y de tres en tres, dejando a Cliff rezagado.

Sabía cómo se habría desarrollado la condenada conversación con Nat. Antes enterrada viva que soportar en aquellos momentos su solicitud paternal. El mensaje de fondo de cualquier cosa que me hubiera dicho habría sido: «Ya te lo advertí». Y si De Lawd hubiese osado insinuar que de alguna manera Wilton se había buscado la espantosa violencia que había sufrido, habría ido a buscarlo y le habría estampado cualquier cosa en su peluda cabeza.

–¿Por qué llaman Crash³ al padre de Jordan?

–No lo sé –repuso Cliff–. Supongo que él mismo escogió ese apodo porque le pareció cojonudo.

–¿Sabes una cosa? –dije–. Son unos padres espantosos, es verdad, y Jordan preferiría estar contigo que viviendo con ellos. Pero debe de contarles cosas alguna vez, ¿no?

–¿Contarles qué?

–Lo que ve en la comuna. Ha visto a Barry cargado de material, ¿verdad? Y puede que también lo haya visto con un fajo de billetes. ¿Crees que les habrá contado a Crash y a Bev ese tipo de cosas?

–¿Están detrás de lo que les ha pasado a Mia y a Wilt? ¿Es eso lo que piensas? ¿Que se colaron aquí, ataron a Wilt, trataron de sonsacarle donde estaba el gran fajo de billetes?

–Mira, Cliff. Tú siempre estás diciendo que son unos capullos de yonquis... dejémoslo ahí.

–Sí, vale, pero son demasiado idiotas como para hacer algo así. Y están demasiado colgados.

–Quizá. Pero ¿y si le sacan información al chaval y, a cambio de dinero, les dan el soplo a otros drogatas que estén en mejores condiciones que ellos? A lo mejor pasan la voz sobre los pisos donde es fácil colarse, quién tiene una remesa de pastillas, o de hierba, o de lo que sea.

Cliff sacudió la cabeza.

–Me parece que no, Sandy. No veo yo a Jordan contándoos gran cosa. Está muy espabilado para su edad. Y, además, ni siquiera a mí me habla apenas. ¿No ves que al chaval lo tienen hecho polvo?

Tocar el timbre del piso de Crash y Bev no habría servido de nada. Probablemente llevaba años sin funcionar. Lo que había que hacer era plantarse en la acera y llamarlos a voces hasta que uno de los dos te oía y se asomaba a la ventana. Entonces te tiraban la llave metida en un calcetín mugriento.

Fue Jordan quien abrió la ventana y miró hacia abajo. Tenía los ojos como platos, despavoridos.

Cliff se precipitó escaleras arriba.

–¿Qué pasa? –preguntó tan pronto como el chiquillo abrió la puerta.

Bev, su madre, estaba tumbada en el sofá, tiritando, con la mirada perdida, los labios agrietados e irritados. Intentó decir algo, pero sólo emitió gruñidos.

–¡Coño! –exclamé–, ¿se habrá metido una sobredosis?

–No creo –Cliff le puso la mano en la frente–. Está enferma, eso sí. Arde de fiebre.

Y apesta, pensé mientras la tapaba hasta los hombros con la tiesa manta del ejército que estaba a los pies del sofá.

–Hace un frío que pela –dije.

–Jordan, ve a buscar cerillas –ordenó Cliff–. Mira a ver si funciona la caldera, Sandy.

–Espero que hayan pagado la factura del gas –comenté.

Encendí la caldera y luego encontré una caja de caldo instantáneo que se podría

tristemente en uno de los repugnantes armaritos. Herví agua y regresé hacia el sofá con la bebida caliente.

En ese momento, Bev logró incorporarse un poco. Tenía los ojos apagados, pero incluso entre las ruinas de su cara demacrada se adivinaba lo guapa que debía de haber sido en su día. El caldo de pollo no le interesaba nada, estaba claro, pero le faltaban fuerzas para levantar el brazo y apartar la taza de sus labios.

Retiré la taza un instante y me sobresalté cuando dijo:

–Sigues intentando curarme, ¿eh?

Ni la menor idea de a qué se refería. Empezó a dejarse caer de nuevo hacia el almohadón del sofá, con un temblor en la mirada.

–¿Le ha pasado algo a tu madre, Jordan? –preguntó Cliff–. ¿Cuánto tiempo lleva enferma?

El chico estaba en un rincón de la sala, de espaldas a la pared. Se limitó a sacudir la cabeza.

–¿Dónde está Crash? –dijo Cliff.

–No lo sé. Ha salido.

–Se la ve fatal, Cliff –dije–. ¿Qué vas a hacer?

–...chica encantadora... –mascullaba Bev–. Sois los únicos que nos ayudáis, tú y tu novio indio. Es un tío estupendo.

Cliff y yo cruzamos una mirada.

–Indio. ¿Se referirá a Dan?

–Debe de estar delirando –dijo Cliff–. Te ha confundido con Mia.

Volví a levantar la cabeza de Bev, pesada y somnolienta. Fue entonces cuando advertí que el tufo que desprendía la manta no era un olor corporal común y corriente. La retiré y vi el asiento del sofá empapado de sangre.

–Llama a una ambulancia, Cliff. Está desangrándose.

El conductor de la ambulancia nos explicó que Bev había tenido un aborto espontáneo. La malnutrición y lo que parecía una neumonía –por no hablar del consumo de heroína– no favorecían precisamente un embarazo saludable. Llegado el momento de meter la camilla en el vehículo de urgencias, Jordan estaba histérico. Cuando se presentaron los empleados de servicios sociales del condado e informaron a Cliff de que iban a hacerse cargo de Jordan hasta que regresara su padre, fue Cliff quien tuvo su arranque de histeria.

¿No es maravillosa la vida adulta? Sangre y muerte. Justo lo que yo esperaba cuando dejé a Ivy y Woody para montármelo por mi cuenta.

Conseguí tranquilizar lo suficiente a Cliff como para regresar a casa. Pero no subí con él. Aquel día ya no quería saber nada más de mis compañeros. Ni quería saber nada más de poner al mal tiempo buena cara y hacerme cargo de las cosas. Juro que si hubiese encontrado heroína en aquel piso, seguramente me la habría metido en el cuerpo.

Eché a correr por la avenida, zigzagueando entre las mortíferas placas de hielo. Con el cuello del abrigo desabrochado. Sin gorro ni guantes. El frío me caló hasta los huesos. El

dolor y la ofuscación me zarandeaban. No, no iba a engancharme a la heroína. Pero sí necesitaba una copa.

5

Adornado con ristras de luces en una esquina solitaria de Willow Street, el Tap Root era el bar de nuestro barrio. Se trataba de una antigua cervecería alemana con jardín que congregaba a una variopinta clientela de pensionistas blancos borrachuzos, músicos de folk y de blues de otros bares del North Side, universitarios, periodistas, Wobblies entrados en años de la sede de la IWW⁴ de Lincoln Avenue, y hasta a unos cuantos turistas que sabían del garito por las guías turísticas y quizá confiaban en toparse con Studs Terkel⁵.

En el Tap Root servían las mejores salchichas con chucrut del mundo. Wilt y yo habíamos almorzado allí muchas veces, y mientras comíamos, siempre me arrancaba la misma promesa: «No se lo digas a Mia, por lo que más quieras. No podría soportar otro de sus sermones sobre los conservantes».

Aquel día, la clientela no era tan variopinta. Todos parecían viejos. Viejos y solitarios. Ocupé un taburete en la barra y pedí una cerveza bitter. El concierto de Louis Armstrong que sonaba en la rockola se fundió con una fantasía de Jo Stafford. No me disgustaba escuchar aquella música pasada de moda; curiosamente, resultaba reconfortante.

Nadie me molestó mientras vaciaba una jarra tras otra. Me estaba emborrachando y era agradable. Casi bastaba para borrar todos los recuerdos. Por favor, Dios mío, ahora mismo ni un recuerdo más. Ni lo buenos, como el de recorrer estrepitosamente Lincoln Avenue en una motocicleta prestada, bien pegadita a Wilt. Ni ciertamente los malos, como verlo en aquella silla, o mis botas chapoteando en la sangre de Mia.

–Cass.

Al oír mi nombre me volví, sabiendo de antemano quién lo había pronunciado.

Ivy. Quise saludarla por su nombre, pero se me trabó la lengua.

Después ella me cogió la mano y me miró, con la benevolencia habitual en sus ojos.

Entonces las palabras salieron por sí solas:

–Lo siento.

–No te preocupes más de eso.

–¿Qué haces aquí?

–He venido a buscarte, Cass. Tus amigos me han dicho que casi con toda seguridad te encontraría aquí. Woody ya se ha serenado, hija. Todos nos hemos portado mal. Pero lo superaremos, ¿verdad?

Me estaba balanceando sobre el taburete. Me enderecé y traté de hablar con autoridad.

–Que me haya calmado no significa que haya cambiado de idea. No podéis seguir mangoneándome.

–Perfecto. Ahora, deja de beber y vayamos al grano.

La miré frunciendo el ceño. ¿A qué se refería?
–¿Iba en serio eso de que querías encontrar a quién había matado a tu amigo?
–Por supuesto que sí.
–¿Y el resto también?
–¿Qué es el resto?
–Dijiste que estarías dispuesta a volver a casa una vez que se hubieran resuelto los asesinatos.
–¿Lo dije?
–No con esas palabras. Pero dijiste que te lo pensarías.
–¿Ah, sí?
–Lo diste a entender, Cassandra.
Fue superior a mis fuerzas: tuve que reírme.
–¿Y bien? –dijo Ivy–. ¿Estás dispuesta a hacer un trato con nosotros? ¿Podemos llegar a un acuerdo? Cuando se haya hecho justicia, dejarás de vivir con...
–Con *estas personas*, ¿no es eso?
–¿De qué te ríes, Cassandra?
–Justicia –repetí. Y, a continuación, eructé.
–¿Me estás escuchando, hija?
–Sí, cómo no.
–Woody quiere que te comprometas a pensar en regresar a casa una vez que averigües lo que le pasó a tu amigo.
–Sí, claro. ¿Y a qué se compromete Woody a cambio?
–Te va a ayudar a conseguirlo.
«*La justicia no existe. Ni tampoco la verdad, ni la belleza –había dicho Wilton. ¿Fue quizá en este mismo bar donde lo dijo?–. Si lográsemos aceptarlo, Sandy, probablemente seríamos unos negros mucho más felices.*»

Jueves

1

Mi habitación estaba en penumbra y cargada de humo de cigarrillos. Aunque hacía tiempo que había amanecido, no era fácil ver la luz. Las noticias que emitía la radio de mi despertador eran igual de sombrías y tenebrosas.

El número de muertos de lo que llevábamos de semana: 80. Eso sólo en «nuestro» bando. No había cifras de cuántos eran los enemigos incinerados. Se tenía en perspectiva una tregua de Navidad y Bob Hope iba camino de Saigón.

Otros titulares: Dos niños y su madre, dependiente de las ayudas sociales, asfixiados. Mézclase a personas pobres con falta de calefacción y un horno de gas defectuoso, y el resultado es la muerte. Un conductor borracho había atropellado y matado a cuatro adolescentes en la autopista. Y en el reducto de clase obrera donde el alcalde Daley había nacido y residía hasta el día de hoy, habían encontrado muerto por un disparo a un hombre negro de veintiocho años identificado como Larry Dean. La policía decía no tener aún indicios sobre el caso.

Bueno, todo eso marcaba el adecuado tono fúnebre para el día.

Fui de un lado a otro sigilosamente, tratando de no despertar a nadie. Pero antes de salir de casa, me asomé con cuidado a verlos dormir a todos: Taylor y Barry, Beth, Cliff. Hasta entré de puntillas en la habitación de Dan, esperando contra toda esperanza ver su preciosa melena esparcida sobre la almohada en el colchón. Dejé volar la imaginación y, por un instante, me permití fantasear. Si pudiera convertirme en el Hada Buena, una hadita rechoncha vestida de gasa, agitaría mi varita mágica y haría desaparecer todos los horrores de los dos últimos días. Incluso dejaría que la cutre de Bev conservase a su bebé.

2

Tuve la suerte de encontrar asiento. La mayoría de los pasajeros del autobús número 11 se dirigían al trabajo y no parecían especialmente felices por ello. Muy comprensible. ¿A quién le apetecía alimentar el fuego del capitalismo tomando notas taquigráficas o distribuyendo el correo interno de la oficina en un cuchitril sin ventilación del Loop?

Por mi parte, yo me dirigía a un lugar igual de odioso. Woody me había concertado una cita con su amigo de la policía, Jack Klaus, que quizá pudiese explicarme cómo se estaba desarrollando la investigación de los asesinatos. Aunque Klaus resultara ser una buena fuente de información, no me caía muy bien. El autobús avanzaba a trancas y barrancas, y yo miraba por la ventanilla.

¿Dónde coño está Dan?, así de claro lo había expresado Annabeth.

Buena pregunta.

Es curiosa la memoria. Yo estaba siempre evocando aquel fin de semana que pasamos en la casa de campo de Wisconsin de la familia de Annabeth poniéndonos hasta las cejas de todo, lo bonito que fue, lo cerca que me sentí de mis amigos, cuánto nos divertimos.

Entonces, ¿por qué no paraban de asaltarme sentimientos ambiguos de aquel fin de semana? Ahora debía pensar si en aquellos momentos Dan Zuni había dejado entrever que tenía problemas. No recordaba nada especialmente raro en la forma de actuar de Dan durante ese par de días. Ni tampoco había sucedido nada malo, ¿o sí? Tal vez los fascinantes viajes alucinógenos de los que había disfrutado estaban aniquilando mis neuronas a un ritmo más rápido que el del rock-and-roll.

Preparé un cuenco enorme de palomitas de maíz y me lo llevé al vetusto cuarto de estar de la casa. Pensaba hojear revistas viejas y quizá leer el ejemplar de El fauno de mármol que había visto en la estantería de esa estancia. Pero Dan me sobresaltó al levantarse inesperadamente del sofá.

—¡Ahí No sabía que estabas aquí. ¿Prefieres estar solo?

Me sonrió.

—Qué va. Pasa. Vamos a rajar un rato.

Me hacía muchísima gracia que Dan usara palabras como rajar.

—¿Son palomitas eso que tienes ahí?

—Sí. Acabo de hacerlas.

—Genial. Me muero por tomar palomitas. Y mira... tenemos cerveza.

—¿Estás colocado, Dan?

—Pues sí. ¿Y tú? —Sí.

Nos ventilamos las palomitas en un pispás. Al cabo de un rato, me pareció oírle canturrear bajito a la vez que golpeaba como un tam-tam el brazo del sofá.

—¿Qué estás cantando? ¿Los Creedence otra vez?

—No. ¿Recuerdas esa canción tan hortera, «Oso Veloz»?

Aquello era un fogonazo de la infancia.

—Sí. Oso Veloz y Palomita Blanca —material de las listas de éxitos de las emisoras de radio AM—. Eran algo así como Romeo y Julieta a lo indio. Y se suicidaban al final de la canción.

Dan se rió entre dientes.

—Mi padre tenía un puesto importante en el BIA⁶. Un puñetero puesto importante y burocrático. Nos mandó a mi hermano y a mí a un colegio privado de Tucson muy finolis. Los chicos blancos me llamaban Oso Veloz. Dios mío, qué panda de ignorantes. A mí me hacía gracia. Pero Bobby, mi hermano, no soportaba aquellas

estupideces. No sólo eran los chicos. A Bobby casi todo se le hacía un drama. Siempre estaba suplicándole a nuestro padre que nos dejara volver a casa.

—¿Y os dejó?

Dan negó con la cabeza.

—Bueno, al final, cuando ya era demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir?

—Bobby se suicidó. Después, mi padre nos dejó volver a casa.

—Madre mía, Dan. No sabía que te hubieran pasado esas cosas.

—Sí. El bueno de Bobby. Planeábamos escaparnos a Nueva York. Habría sido divertido.

En ese momento, Dan se sentó a mi lado en el suelo. Lió un porro, lenta y meticulosamente, y me lo ofreció para que lo encendiera.

—Wilt me contó que no te hablas con tu padre.

Hizo un gesto de asentimiento.

—Así es. Wilt y yo tenemos mucho en común. Supongo que todos hemos pasado por malos rollos familiares. Como que mataran al hermano de Cliff. Tú tienes una relación muy jodida con tus padres, ¿verdad?

—Yo no la llamaría jodida. Ni siquiera eso. No sé dónde están. Me criaron la hermana de mi abuela y su marido. Son bastante mayores, pero geniales.

—A mí también. O sea que, como tenía tantos problemas con mi padre, mi abuelo se hizo cargo de mí. Es una persona estupenda. Hay personas mayores con las que mola muchísimo estar. El único problema es que está empeñado en que haga la ceremonia kiva.

—¿Qué es eso?

—Tienes que meterte en una cueva, rezar, danzar y un montón de gilipolleces más. Mi abuelo dice que no seré un hombre de verdad hasta que lo haga.

—¿Piensas hacerlo algún día?

—Supongo que sí —dijo encogiéndose de hombros.

Fumamos en silencio durante unos minutos hasta que me entró una risita tonta.

—Esta hierba está buenísima. ¿De dónde ha salido? ¿Barry?

—Sí, El Gran Padre Blanco de las Malas Hierbas.

— Barry Perro Veloz —dije.

—Sí, Barry Lobo Aullador.

—Barry Mimi Chilladora.

Rompimos a reír y a dar gritos. Después nos quedamos callados un rato. Santo Dios, qué guapo es, pensé mientras lo veía estirarse en la alfombra de trapo ante la chimenea en desuso. El canuto se había apagado y lo encendí de nuevo.

—¿En qué piensas, Sandy?

—Yo qué sé.

—Tenías una expresión fantástica. Así como triste. ¿Me dejas que te saque unas instantáneas?

—Instantáneas. ¿Quieres hacerme fotos?

–Sí.

–Ni de coña.

–¿Por qué?

–No soy fotogénica. No... doy para mucho.

–Tonterías. Vamos, posa para mí.

–Olvídalo. ¿Por qué no fotografías a Mia? Ella es muy guapa.

–Ya lo he hecho. Tengo fotos de Mia a montones.

Empezó a tirarme del calcetín y a hacerme cosquillas en la planta del pie, torturándome para que aceptase que me fotografiara. Estaba perdida, porque tengo muchísimas cosquillas, y no tardé en rendirme.

Me quedé tumbada, recobrando al aliento, y Dan me cogió de la mano. Durante una fracción de segundo pensé que iba a besarme y me puse rígida. Ni en sueños había pensado jamás que me acostaría con un tío tan bueno. Pero no me besó. En lugar de eso, me ayudó a levantarme.

–Vamos a aprovechar la luz antes de que se haga tarde –dijo.

3

A Jack Klaus no lo detestaba como al detective Norris. Pero tampoco es que me cayera muy bien. Klaus era otro madero blanco, detective también, y por insólito que pareciese, teníamos unas cuantas cosas en común... una especie de pasado compartido.

Para ser precisos, era el tío Woody con quien Klaus compartía un pasado. No sabía qué tipo de favores se debían mutuamente, ni cómo habían llegado a conocerse. Pero estaba claro que Woody confiaba en él y que lo suyo venía de largo. Mi tío había recurrido a Klaus para que le ayudase a desentrañar un par de siniestros asesinatos cometidos en el South Side en los que mi familia se había visto involucrada. Y, desde luego, Klaus no nos falló. Nos proporcionó información vital de los archivos de la policía de Chicago y nos ahorró muchos problemas a Woody y a mí. Cuando se despejó la situación, lo aclamaron como a un héroe. Obtuvo un gran prestigio por resolver los crímenes y el correspondiente ascenso fulgurante.

Esto se reflejaba en sus nuevos aposentos de Taylor Street. Klaus, a quien Woody doblaba la edad, había recibido una sinecura en la Unidad de Grandes Delitos. Cuando entré en su despacho estaba sentado tras el escritorio, de madera rubia. Al verme, concluyó apresuradamente una conversación telefónica y hasta se levantó a saludarme.

–Me alegro de volver a verte, Cass.

Yo había recibido una buena educación. Por lo general valoraba ese tipo de detalles corteses. Pero no le devolví el saludo.

Klaus siempre nos había tratado con respeto a Ivy, a Woody y a mí. Y ahora había tenido la amabilidad de informarse a fondo sobre los asesinatos de Wilton y Mia sin que le correspondiera. Pero yo no lograba motivarme para ser amable con él.

Se notaba que había prosperado desde la última vez que nos habíamos visto, había que reconocerlo. Los modelos de Robert Hall y el pelo cortado a escuadra habían desaparecido. Llevaba un buen traje de chaqueta hecho a medida –rayas de presidiario, llamaba Nat a la ropa convencional– y el pelo a la moda, un poco largo, rozándole el cuello de la impoluta camisa blanca. De lo más estiloso. Como si fuera uno de los actores de *The Name of the Game*. Un largo cigarrillo color café reposaba en el borde del cenicero de latón que tenía a mano.

Saqué mi paquete de Multifilters y encendí uno.

–Tengo entendido que eran amigos tuyos –dijo–. ¿Lo has encajado bien?

–Supongo que sí.

–Es muy duro pasar por algo así.

–Lo es.

Esperó a que me expusiera. Pero no dije nada.

–Probablemente sabes que no tengo jurisdicción sobre este caso. Lo único que puedo hacer es fisgonear y pedir que me mantengan informado.

–Muy bien.

–La investigación está en sus inicios. A pesar de todo, he logrado averiguar algunas cosas. Pensaba ir a desayunar contigo, si te apetece, y aprovechar para contártelas.

–No.

–¿No?

–No, gracias, quería decir. No quiero que deje de trabajar por mí. ¿No podemos hablar aquí mismo?

Se encogió de hombros.

–Sí, claro.

Pidió café por el interfono. Nos lo trajeron al cabo de unos minutos junto con una bandeja de bollos.

–De momento no tienen mucho en qué apoyarse. Los inquilinos anteriores habían dejado montones de huellas y de trastos viejos en el piso. Todos tus compañeros y tú también habíais estado allí cuando se quedó vacío... y el portero que sufrió el infarto. Con esto se complican mucho las cosas. Y ya sabes que no han determinado con exactitud a qué hora murieron. Pero antes de que te explique lo que sé, permíteme que te pregunte una cosa, Cass.

–¿Qué?

–¿Tú qué crees que sucedió? ¿Alguna idea sobre quién puede haberlos matado? ¿Quizá pasaban drogas? Si timaron a un proveedor, o mosquearon a un tipo peligroso. Algo así.

Conque *mosquear*, ¿eh? Eres el agente de narcóticos más puesto al día de la ciudad, tío.

–¿Es lo que piensa la policía?

–Se comenta esa posibilidad –respondió.

Sacudí la cabeza.

–Para nada. Wilt y Mia no se dedicaban a eso.

–Entendido.

Me ofreció insistentemente una caracola con mermelada de cereza y la rechacé.

–Desde los alborotos, las cosas están muy tensas por vuestros pagos. Incluso ahora, me refiero –dijo–. Estamos presenciando mucha violencia en ese barrio. Tiroteos, secuestros, atracos. ¿Tus amigos y tú os lleváis bien con... con todo el mundo?

–No sé a qué se refiere.

–¿Conocía tu amigo Wilton a algún hermano de las viviendas de protección oficial? ¿Iban a verlo a casa alguna vez?

–No.

–Me gustaría saber si algún hermano se metía con tus amigos.

–¿Por qué se iba a meter con ellos?

–Por vivir como vivís... como vivíais. A fin de cuentas, Wilton tenía una novia que no era de su raza.

Tardé un instante en responder. Sus preguntas estaban plagadas de insinuaciones, todas ellas faltas de imaginación y estúpidas. Y probablemente la más estúpida era que los chavales negros se podían indignar porque uno de los suyos se fuera a la cama con una blanca.

–Wilton conocía a muchísima gente –dijo–. Por lo que yo sé, a nadie le importaba que estuviera con Mia. Al menos, no porque fuera blanca.

–Era guapa, según dicen. ¿No estaban un poco celosos de Wilton los demás chicos del piso?

Lo había expresado con discreción. Seguro que había oído algo sobre la rivalidad entre Barry y Wilt. Por eso me dejó de piedra al añadir:

–¿De verdad no has oído nunca a Zuni amenazando a tu amigo Wilton?

–¿Dan? Pero ¿qué dice?

–No es más que una especulación.

–Mire, están ustedes perdiendo el tiempo al sospechar de Dan –dijo–. Admiraba muchísimo a Mia y a Wilt y, además, Dan no mataría ni a una pulga que le estuviera picando.

Asintió y volvió a encender su cigarrillo color café, que se había apagado.

–En serio. Dan aparecerá cualquier día de estos y podrá explicarlo todo sin problemas.

–Hum.

–Además, ¿se le ha ocurrido a Norris que quizá también le hayan hecho algo a Dan? Quizá lo secuestraron o lo que fuera cuando salió de casa aquella mañana. Si tienen ustedes un mínimo de sagacidad, empezarán a buscarlo como otra de las posibles víctimas.

–Buen razonamiento. ¿Alguna otra idea?

Era mi oportunidad de cachondearme un poco de él.

–A alguna gente que vive «por nuestros pagos», como usted dice, no le gustan los frikis. Son tíos blancos a los que tampoco les gustan los negros. He oído decir que andan robando por los pisos. Y, según dicen, han violado a un par de chicas.

Se tomó un momento para pensar sobre eso.

–No me parece probable. Los matones de esa clase, si hubieran estado vigilando el

piso, habrían esperado a que estuvieseis todos en casa, y habrían esperado a pillaros a todos donde vivís, no en un piso vacío. No, parece un asunto mucho más personal. En este asesinato había mucha rabia. Alguien se la tenía jurada a Wilton Mobley.

Una respuesta razonable, por mucho que me hubiese desagradado oírla.

–En cualquier caso –continuó–, se rumorea que no hay indicios de que a Mia Boone la violaran.

–Me alegro –dije. Era un flaco consuelo.

–Te has sorprendido mucho cuando he comentado que Dan Zuni quizá estuviera celoso de tu amigo.

–Como le he dicho antes, no es verdad.

Klaus destapó otro vaso de café.

–Cass, me ofrecí a tu tío para hacer todo lo que pudiera por él. Por ti. Y me ofrecí de corazón. Woody me prometió que tú colaborarías con todos tus medios para ayudarnos a descubrir al autor del crimen. ¿Es verdad?

–¿Usted que cree?

–Entonces, ¿por qué no me cuentas todo lo que sabes sobre el tal Zuni?

Traté de adivinar sus segundas intenciones. ¿Por qué demonios estaba tan convencido de que Dan tenía algo que ver con los asesinatos? ¿A qué tipo de táctica policial estaba recurriendo?

–¿Me has oído, Cass?

–Le he oído. Pero lo que dice no tiene sentido.

–¿Entonces no estás enterada de que Zuni y Mia Boone habían vivido juntos? ¿No sabías que hace un par de años estuvo embarazada de él? ¿Y abortó?

Me sumí en un estupor sin palabras.

–Hasta sus padres lo saben. Una hermana de Mia Boone todavía vive con ellos. Mia se lo confió todo, haciéndola jurar que no se lo diría a nadie. Pero después del asesinato, la chica se lo contó con pelos y señales a sus padres. Y por lo que ellos explicaron a Norris, el tal Zuni se quedó destrozado cuando Mia lo dejó. Nadie comprende cómo logró recuperarse hasta el punto de compartir casa con ella, viendo cómo se lo montaba con otro tío. Bastaría para que cualquier hombre enloqueciera de celos, ¿no crees?

Continué mirándole fijamente a la boca aun después de que dejase de hablar.

–¿Entiendes ahora por dónde voy, Cass? O quieres ayudarnos con lo investigación o no. Andarse con secretos con nosotros no funciona.

–No estaba enterada.

Frunció los labios.

–Mire, ya se lo he dicho. No tenía ni idea. Pero ¿sabe una cosa? No soy yo la que se anda con secretos, tratando de pegársela a alguien. Es usted. No me está ayudando a mí, está ayudándose a sí mismo. Está portándose como...

–Estoy portándome como un policía. Sin más. Pues bien, asunto aclarado. Si dices que no lo sabías, es que no lo sabías.

Volvió a ofrecerme la bandeja de bollos y yo volví a rechazarla. Recordé la única ocasión en que había estado en casa de Jack Klaus, aquella tarde en que había

escamoteado los archivos policiales sobre un antiguo asesinato no resuelto para enseñarnos a Woody y a mí. Klaus se pasó toda la tarde intentando que comiera un trozo de tarta de Sara Lee. Como una especie de demoníaca tía solterona.

Con la cabeza inclinada, ahora Klaus hojeaba los papeles guardados en la carpeta de manila que había sobre su escritorio.

–Por lo menos, tú estás libre de sospecha –dijo al cabo de un minuto–. Pasaste toda la noche con un tal Nathaniel Joffrey, según creo.

No dije nada.

–Jim Norris me comentó que tienes la lengua larga pero eres muy lista y observadora. Y tanto que sí, le dije.

–Si Norris me dijera que hacía un sol espléndido, me iría corriendo a comprar un paraguas. ¿Es amigo suyo ese elemento?

–Cumple con su trabajo. Y probablemente tendrás que volver a hablar con él, vete haciéndote a la idea. No es necesario que te caiga bien.

–Qué peso me quita de encima.

Volvió a inclinarse sobre los papeles.

–Se han verificado las coartadas de Cliff Tobin y de Beth Riegel. El tal Barry Mayhew también puede demostrar dónde estaba. Pero a lo mejor se ha buscado otro tipo de problemas. Estuvo en una especie de orgía a base de LSD. ¿Qué me cuentas de él?

–¿No le sonsacó la policía lo que querían saber? Lo tuvieron en la comisaría toda la noche, ¿verdad?

–Sí. Pero tú compartes casa con él. Quería saber tu impresión.

–Ya me lo imagino. Porque soy tan lista y observadora. Quiere que delate a Barry. Pues no pienso hacerlo. Aunque sea un gilipollas.

–Repasemos la situación, Cass. Si vas a echar una mano con la investigación, tienes que contar lo que sabes.

–No soy su soplona a sueldo, tío. Me da igual lo que haya hecho por Woody.

Suspiró, exasperado.

–Oye, Cass. Tengo más de treinta años y soy policía; como soy un hombre, no confías en mí para nada. Pero acepta un consejo, ¿vale? Aprende a controlar ese genio tuyo.

–Me marchó –me levanté.

–Sólo un par de...

–No tengo que pedirle permiso para irme, ¿verdad? O sea ¿no me puede obligar a quedarme?

–No puedo obligarte a nada.

–Estupendo. Me voy.

Suspiró.

–Por cierto, detective Klaus.

–No te pongas así. Llámame Jack.

–Por cierto, detective Klaus, sólo para que lo sepa en el futuro: que un blanco llame «hermano» a una persona negra así como así no queda nada bien.

Ví cómo enrojecía hasta la raíz del cabello y, después, me arranqué del abrigo el

distintivo de plástico de las visitas y salí pisando fuerte.

4

Allá donde mirase no había más que edificios relacionados con la burocracia municipal. Los tribunales. La cárcel del condado. Tal vez incluso la cámara de comercio. Me moría por alejarme de aquella arquitectura fascista. Pero como no tenía un gran sentido de la orientación, al cabo de quince minutos me di cuenta de que estaba caminando en círculos. Tratando de llegar a la estación del metro, acabé no sé cómo en Chinatown.

El cabrón de Jack Klaus.

Así que, en su opinión, yo tenía muy mal genio. Pues aún no me conocía.

¿Debía creer lo que había dicho sobre Dan y Mia? No quería creerlo, pero en mi fuero interno sabía que era verdad. ¿Habría estado enterado Wilt? ¿Por qué no me lo había contado?

Empecé a andar golpeando el suelo con los pies.

El miedo a que los maderos descubrieran al pobre Dan y le tendieran un cerco me asaltó con fuerza redoblada. Sería una espeluznante escena de vaqueros contra indios. La muerte de Tonto⁷, en serio.

El sol había cobrado de pronto bastante fuerza, lo cual significaba: gigantesca marea de lodo. Tenía los pies empapados. En cuanto avisté un autobús con un número y un destino que me sonaban vagamente conocidos, me subí a él de un salto. Mi idea era ir hasta el South Side, y allá donde me apease quizá pudiera coger un taxi pirata para ir a Hyde Park, a casa de Ivy y Woody.

Me bastó un cuarto de hora para darme cuenta de que había acertado. Ví la Skip's Tavern, que no quedaba lejos de Forest Street, de la casa de mi abuela. Me bajé del autobús y empecé a buscar un taxi. En la acera de enfrente estaba Champ's, una tasca legendaria especializada en costillas y pollo. Al parecer seguía siendo un gran negocio. No paraban de entrar clientes.

Incluso reconocí a uno de ellos, por su chaqueta de cuero. Barry Mayhew. Nuestro compañero de piso pasota, que no había fregado el suelo del cuarto de baño ni descongelado el refrigerador ni una sola vez.

Me costó un momento convencerme de que no estaba soñando. Hasta usé el borde de la bufanda para darles una pasada rápida a las gafas. Era Barry, sin duda. ¿Qué cuernos estaba haciendo en lo que llamábamos a regañadientes el gueto?

No se me ocurría ninguna respuesta. Ni tampoco entendía por qué su presencia en el barrio me parecía ominosa en lugar de simplemente desconcertante. Estás reaccionando como una idiota, me dije. Probablemente no había a este lado de Charleston una carne de cerdo a la barbacoa mejor que la de Champ's. Barry no era ni mucho menos el único blanco que atravesaba la ciudad de punta a punta para probarla. Además, yo vivía en el mismo piso que él, joder. Tenía todos los motivos del mundo para cruzar a saludarlo.

Ni de coña. Me metí en la Skip's Tavern y fui derecha a la ventana para mantener vigilada la puerta de Champ's. Pedí una Miller y reanudé la guardia.

Al rato salió Barry llevando una bolsa de la compra con una mancha de grasa en el costado. Marchando una de comida afroamericana del sur. Avanzó a buen paso por la acera. Lo vi forcejear un instante con la puerta de un Volvo oxidado que reconocí como el cacharro de Dan Zuni.

Eso tampoco lo estaba soñando. Era sin la menor duda el coche de Dan. Me había llevado en él una docena de veces.

Maldita sea. Algo iba rematadamente mal. Había un despliegue policial para buscar a Dan y su coche. Si ellos no habían encontrado el Volvo, ¿cómo es que lo tenía Barry? Puede que Barry hubiera sabido desde el principio dónde estaba Dan. Quizá lo tenía escondido en algún lugar. Y ahora... ¿qué estaba haciendo? ¿Llevádole una ración de costillas para almorzar?

El propio Dan podía estar en el coche, por qué no. Acurrucado bajo una manta en el asiento trasero. Tal vez con una barba postiza.

Eché un dólar sobre la barra y me lancé a la calle. Demasiado tarde. Barry ya se había ido.

Habría que dejar para otro momento la confrontación con Woody. Corrí a la parada del elevador de la esquina de la calle Cuarenta y Tres con Indiana, ansiosa por volver a casa.

Era un trayecto largo, y encima había que hacer traspaso en el Loop. Emplé el tiempo para tratar de dar una explicación racional a lo que había visto. Me tenía perpleja.

¿Qué debía hacer? ¿Debía contarles a Taylor, Cliff y Annabeth que había visto a Barry en el Volvo? ¿O con eso pondría en peligro a Dan? Cabía la posibilidad de que los demás ya lo supieran, de que yo fuese la única que no estaba en el secreto.

Qué va, me había entrado la paranoia. ¿O no?

Crucé a toda pastilla la estación de Jackson Street hacia la salida de Adams. Había que salir a la superficie y luego cambiar a la línea de Ravenswood. Tenía la cabeza en otra parte. No sé cuántas veces me habría dirigido la palabra el joven negro que caminaba a mi lado antes de que me diera cuenta. En ese momento estaba gritándome en las narices:

–Maldita sea. He dicho «Hola, hermana».

Lo miré con asombro.

–Las hermanas que vais a la zona norte sois unas pijas de mierda –dijo mientras daba media vuelta y se alejaba en otra dirección.

Me quedé parada como una boba, observándolo hasta que desapareció al doblar una esquina. Por lo visto, me había vuelto tan experta en poner a mi gente en contra mía que ni siquiera era necesario que hiciese nada: mi mera existencia bastaba para encabronarlos.

Recuerdo una vez en que estaba hablando con Wilton, quejándome amargamente, imagino, de alguna humillación sufrida hacía siglos en el patio del colegio de primaria Champlain. Quién sabe si los chicos se habían burlado de mis feos zapatos marrones o de mi estilo espástico de correr detrás de la pelota de voleibol. El caso es que cuando Wilt se rió de mis desdichas, le dirigí una mirada al estilo *Tú también, Bruto*.

–Cassandra –me dijo–, los negros lo tienen muy crudo. Necesitan alguien de quien

reírse.

–Para eso ya tienen a los blancos, ¿no?

–Además de los blancos, quiero decir. ¿Entiendes el papel que desempeñamos los negros asimilados como tú y yo? Les servimos para que se sientan superiores a alguien. Y no les falta razón, Sandy. Son mejores que nosotros.

5

Cerca de nuestro edificio estaba aparcado un coche de la policía, con un agente repantingado detrás del volante. No le hice ni caso. Iba lanzada hacia el portal como un misil teledirigido: mi vejiga estaba a punto de explotar.

Pero a continuación vi a Nat, mirándome muy preocupado con su cara bondadosa. Supongo que me correspondía correr a refugiarme en sus brazos. Pero no pensaba pasar por ahí. Había estado esquivándolo desde los asesinatos. Levanté las manos con las palmas hacia fuera en un gesto de: *¡Detente!*

–Lárgate, Nat –dije.

–¿Estás chalada, Cassandra? ¿Por qué no quieres hablar conmigo?

–Vete.

–¿Que me vaya? ¿Por quién me tomas, por un perro del que pretendes librarte?

No respondí.

–¿Soy tu puñetero perro, Cassandra? –ni rastro de la paternal solicitud de De Lawd, sólo veneno.

–No quiero verte, ¿entiendes?

–¿Y por qué?

Porque Wilton ha muerto y tú estás vivo. Evidentemente, no podía decirle eso. Me lancé a hablar apresuradamente para expulsar de mi cabeza aquel pensamiento irracional y vergonzoso.

–No voy a entrar en detalles, Nat. Déjame en paz y ya está. Necesito subir a casa.

–Voy contigo.

–¡No!

Habíamos despertado el interés del policía, que bajó la ventanilla del asiento del copiloto. Sonreí en esa dirección para tratar de demostrarle que todo iba bien y bajé la voz.

–No vas a venir conmigo, Nat. Márchate a casa.

Sin prestar atención al policía, avanzó hacia mí.

–Chiquilla estúpida. No tienes ni puñetera idea –el habitual sonsonete zalamero se había evaporado de su voz, en la que se adivinaba un trasfondo terriblemente siniestro.

–¿Ni idea de qué? –pregunté.

Avanzó un paso más y extendió los brazos. Yo reulé un par de pasos. Volvió a acercarse a mí. Eché una mirada al policía, que en ese momento estiraba el brazo hacia

la manilla de la puerta. Pero antes de que pudiera abrirla o de que Nat me pusiera las manos encima, giré sobre los talones y eché a correr. Poco importaba en qué dirección.

Por la forma en que Nat me llamó por mi nombre, me pareció que había acertado al salir corriendo. Sonaba como si quisiera estrangularme.

6

Me apoyé sobre el timbre de la puerta, apretándolo tanto que no sé cómo no rompí el maldito invento. *Por favor, Owen, rogué. Ojalá estés en casa.*

Se había mudado recientemente a ese piso de Menomonee, el ático de un edificio elegante con un montón de artísticas rejas negras de hierro y un pequeño balcón. Era más bonito que el que tenía antes, y quedaba varias manzanas más cerca de la comuna. Sin embargo, estaba situado en la periferia de Old Town, una zona cara, centrada en el turismo y ruidosa; plástico era la palabra que servía para definirla a todos los efectos.

Toqué el timbre durante un rato más largo, con más fuerza. *Sé que no te has ido a casa por Navidad, Owen. No soportas a tu padre.*

El profesor Owen Kittridge era uno de los pocos motivos que me quedaban para continuar estudiando. Lo cual constituía una auténtica anomalía, dado que ningún profesor faltaba tanto a clase como él. La mitad del tiempo se lo pasaba en casa con resaca. Supongo que su alta alcurnia era la razón principal por la que el departamento de literatura inglesa no lo despedía. No muchos estudiantes destacados de Yale terminan en la plantilla de una institución tan insignificante como la Universidad Debs. Los miembros de la junta directiva debieron de frotarse las manos cuando aceptó el puesto. Una razón más de que conservara su trabajo: en una época en que tantos profes jóvenes estaban desertando a nuestro bando en el enfrentamiento de los estudiantes con la docencia, Owen pertenecía a la minoría de resistentes.

Era un buen hombre con conciencia, pero más o menos apolítico, o quizá *suprapolítico* lo definiría mejor. No te lo encontrabas en las mesas redondas sobre Vietnam, pero nunca se olvidaba de enviar alimentos y café a las fuerzas ocupantes de algún despacho oficial. No participaba en los piquetes, pero jamás escatimaba cincuenta dólares cuando la comisión encargada de reunir una fianza llamaba a su puerta.

Tampoco te bajaba la nota por faltas de asistencia. Ni se acostaba con las alumnas. Lo que sí hacía con regularidad era fumar canutos con ellas... al menos, con una. Conmigo.

Owen, un blanco acaudalado del sur, educado por un padre patricio que guardaba las distancias y socorrido por una rolliza niñera negra que vivía en la casa; de educación clásica y clásica belleza; no tan mayor como Nat, aunque me sacaba doce años largos; lánguido; viajado; cómodo con su físico.

Yo, una negra del norte; impaciente y rara vez en reposo; siempre a la defensiva; de pinta extraña; nacida en la pobreza en el prototípico suburbio urbano; nunca altamente considerada en ninguna parte; amargada por lo que no había conseguido; a oscuras sobre

buena parte de mi pasado –tantos y tantos secretos familiares–, que no obstante me obsesionaba.

Pero las amistades intensas e insólitas son uno de los puntos fuertes de mi vida. Owen y yo hicimos amistad desde que aterricé en su primera clase de prueba como profesor novato.

Oí pisadas –amortiguadas, Owen con sus absurdas zapatillas a lo Fred Astaire—, sí, se aproximaba cada vez más a la puerta principal. La abrió con un periódico en la mano y las gafas encasquetadas en la cabeza.

A mí no me la pegaba. No había estado leyendo el periódico; había estado durmiendo en su butaca, descabezando un sueñecito después de un par de vodkas, o cuatro.

–Llevo días tratando de dar contigo –dijo–. ¿Dónde te has metido?

–Me estoy haciendo pis, Owen. No puedo más.

–Pasa.

En casa de Owen nunca había nada de comer. Un inútil en la cocina... ésa era otra de las muchas cosas que teníamos en común. Prácticamente lo máximo que podía hacer era un té Lipton. Me senté en el divino desbarajuste de su cuarto de estar con la taza caliente entre las manos y le informé de lo que había sucedido, disculpándome por no haberme puesto en contacto con él antes.

–No le veo el puñetero sentido a nada de todo esto –dije al final de mi relato–. No sé qué hacer.

–Coge el teléfono. Haz las paces con el detective Klaus y cuéntale lo que has visto esta tarde.

–Todavía no puedo hacerlo. Antes tengo que enterarme de lo que se traen entre manos Barry y Dan. Delato a Barry y la policía los localiza a él y a Dan. Ya conoces a la pasma de Chicago. Serían capaces de entrar a saco, disparando, sin preguntar nada. ¿Imaginas lo fatal y lo culpable que me sentiría?

–¿Y lo fatal que te sentirías si tienen algo que ver con los asesinatos y los dejas escapar?

–Eso no es posible.

–¿Cómo lo sabes? Déjasele a la policía, por favor.

–Precisamente ahí está el problema. La policía. Hay algo fuera de lugar. No es normal que estén tan obsesionados con Dan como sospechoso. Y no es normal que aún no hayan dado con él. Como tampoco lo es que sea Barry quien se juegue el cuello escondiendo a Dan. Yo qué sé, Owen. No me parece bien contárselo a ellos antes de comentarlo con Taylor, Beth y Cliff.

–Tu lealtad hacia tus compañeros de piso es admirable. Pero no eres detective. Ve a casa de tus tíos y allí podrás empezar el proceso del duelo como haría cualquiera que acaba de perder a un amigo íntimo.

–Soy leal a Wilton. No pararé hasta que descubra lo que ha sucedido. Después me sobrará tiempo para el duelo.

–Ya lo has empezado, amiga mía –dijo Owen. Luego se levantó para prepararse una copa.

Como a mí no me apetecía otra, me trajo un agua con gas. La sujeté sobre mi regazo, sin hablar más. Owen se sentó a mi lado en el sofá y posó delicadamente la palma de la mano en mi frente.

–Necesitas que te cuiden.

–Se me pasará. A ti también te soy leal, ¿sabes, Owen?

Sonrió.

–No creas que no se nota.

Estuvimos largo rato en silencio.

–¿Es bonito Londres? –pregunté.

–Sí. A mí me gustó mucho.

–Cómo me gustaría estar ahí en estos momentos, Dios mío. Preferiría estar en cualquier otro sitio, haciendo lo que fuera, antes que estar pensando en que Wilton ha muerto.

–Podríamos ir al cine. Estoy dispuesto a ver cualquier cosa, sólo que no me obligues a volver a ver *Bonny and Clyde*.

Me recosté contra él.

–Un amigo es un milagro. ¿Recuerdas que lo dijiste una vez?

–¿De verdad lo dije? Supongo que sí.

–Tengo miedo, Owen.

–Ya lo sé. ¿Por qué no te acuestas un rato?

Me apreté más contra su corazón.

–¿Contigo, quieres decir?

No respondió.

–Sentirse a salvo durante un rato –dije–. La proximidad, el olvido. Quizá tú también lo necesitas.

No respondió.

Me enderecé y me aparté, demasiado avergonzada para mirarlo.

–Imagino que no es lo que querías decir.

–No. Pero...

–No te preocupes. No tendría que habértelo propuesto. Soy la cosa más tonta que existe. Si te atrajera lo más mínimo, hace mucho que me lo habrías dicho.

–No, qué va. Cuánto me gustaría poder explicarlo. No es fácil hablar de esto.

–Y que tú lo digas. Lo siento. Por un instante olvidé que no soy más que la pequeña metepatas Cassandra con sus piernas grandotas.

–Vas a ser una mujer espléndida. Ahora mismo tal vez no lo veas. Pero espera un poco.

–Cuando me haga mayor, quieres decir.

–Algo así. Cuando te hagas mayor, como tú dices, serás la reina de la ciudad.

–¿De qué ciudad?

–De la ciudad de alguien. Pero si ya vas por ahí rompiendo corazones.

–Nunca he roto el corazón a nadie.

–¿Conque no, eh? ¿Por qué no hablas de eso con Nat? ¿O ya has olvidado lo que me

has contado hace diez minutos?

–Vale, me estoy portando fatal con él.

–Y no te da muchos remordimientos, ¿a que no?

–Ahora sí que me voy a tomar una cerveza, si tienes. Y ya que hemos sacado el tema... o sea, ya que me he puesto en ridículo, voy a aprovechar para hacerte una pregunta. Y zanjamos el tema.

–¿Qué pregunta?

–¿Eres gay?

–¿Cómo dices?

–No pretendo ofenderte. Pero ¿lo eres, Owen? Annabeth creía que ya me había acostado contigo, y cuando le dije que nunca nos habíamos enrollado, me comentó que tal vez sería porque eres... en fin, gay.

–No soy homosexual. A veces ni siquiera sé si soy sexual. Más o menos decidí que mi tío Jude tenía razón con aquello de que lo más sensato es reservarse para uno mismo.

–¿Qué significa eso? ¿Nunca tuvo relaciones sexuales?

–No que se sepa.

–¿Y así quieres ser tú? ¿Estás chalado?

Se rió.

–¿También era un borracho tu tío Jude?

–Sí, por supuesto.

–¿Sabes lo que pienso? Que estás tirándote el rollo, Owen. Seguro que si Jane Hayer te lo pusiera tan fácil como yo, te irías a la cama con ella.

Al oír mencionar a su compañera de cabello rizado y largas piernas, la profe especializada en los poetas románticos, que siempre se las arreglaba para sentarse cerca de él en las meriendas del profesorado, Owen desvió la vista.

Con eso se delató.

–Joder –exclamé–. Mi estupidez no tiene límites. Ya te la has tirado, ¿verdad?

–Déjalo estar.

–Sí, claro que te la has tirado.

–Para ya. Mira, Cassandra, puede que estés yendo demasiado deprisa. Que tu transición de ratón de biblioteca a hippy deslenguada se haya producido demasiado deprisa.

Y no es en absoluto apropiada, como habría dicho mi tía Ivy. Demasiado deprisa. No le podía negar a Owen su pizca de razón. Si hasta prácticamente anteayer era tímida y reservada, hoy me había vuelto descarada y agresiva. Y hasta yo misma debía reconocer que a veces rechinaba. A veces parecía que no era yo quien se ponía a liar canutos muy ufana y a preparar la pipa de agua comunitaria como una profesional mientras soltaba tacos a diestro y siniestro. La Cassandra de antes ya no valía. Hasta ahí estaba segura. Pero a veces no controlaba al personaje con quien la estaba reemplazando.

Y ahora había cometido la torpeza de hacerle proposiciones a mi querido amigo. Él me había rechazado y yo me había puesto borde. ¿Qué atrocidad haría a continuación? ¿Perseguirlo por la sala como una vieja verde de las tiras cómicas de Dagwood? Owen

había hecho bien al ponerme en mi sitio. Ay, Señor, me moría de vergüenza.

Mi amigo trató de retenerme, pero no me habría quedado ni en sueños. Corrí escaleras abajo sin mirar ni una vez hacia atrás. En la vida me había sentido tan desgarrada y torpona.

Había acudido allí a refugiarme y a tratar de no pensar más en los asesinatos y todo lo que me tenía abrumada, aunque sólo fuera durante una hora. Pero, por lo visto, no iba a tener un descanso.

Ni el menor descanso.

7

Trastornada por la escena con Owen, me detuve en el café de Lincoln Avenue y pedí una hamburguesa con queso, acompañada de aros de cebolla y doble ración de patatas fritas. Lo de convertirme en una tía buena iba a tenerlo difícil. Pero me perdoné aquella orgía de grasa. Tenía un hambre de lobo. Por la mañana, antes de ir a ver a Jack Klaus, había tratado de tomarme un cuenco de muesli casero preparado por Mia, pero se me atragantó.

Volvía a hacer un frío glacial y yo había perdido la bufanda en alguna parte. Sentía la nieve en polvo que se me colaba por el cuello del abrigo como gélidos cristales molidos. Continué avanzando a buen paso por las calles oscuras. A medida que me aproximaba a casa me ponía más alerta. Temía que Nat estuviera esperando para pillarme por sorpresa otra vez. Además de fijarme en la cara de todos los hombres con los que me cruzaba por la acera, incluso empecé a mirar con desconfianza los coches que circulaban lentamente por la resbaladiza calzada. En un par de ocasiones tuve la impresión de que un sedán de color oscuro me iba siguiendo. Me había entrado la paranoia de nuevo. Qué idiotez. Nat no tenía coche.

Los habitantes de Chicago no se pueden permitir ser blandengues con el frío polar. Las personas que entraban y salían de las tiendas del barrio iban abrigadas con parkas con capucha y bufandas de dos metros, sin dejar de hacer los recados de las vacaciones por culpa del mal tiempo. Lo consideraré una suerte... había mucha gente por todas partes.

El año anterior, unos quince minutos después del lanzamiento de *Sargent Pepper*, por todas las esquinas del North Side brotaron como hongos tiendas psicodélicas. En este barrio, si se te acaba el papel de fumar o a media noche se te antoja alguna chuchería o un ejemplar del *Bhagavad Gita*, nunca hay que ir muy lejos para resolverlo.

La tienda psicodélica es también el lugar donde vas a buscar lo que acaba de publicar Kurt Vonnegut o a apuntarte a un curso de cocina macrobiótica, a comprar una baraja del tarot o una foto enmarcada del camarada Mao. Los genios que concibieron esta idea entendieron a la perfección el mercado juvenil. Dieron con un sistema fantástico de promover la venta de productos en el sector anticonsumista.

La concurrida tienda donde trabajaban Annabeth y Clea se llamaba El Abalorio, porque

el dueño era un lector voraz de Hermann Hesse. El Abalorio había ampliado mucho el inventario estándar de incienso de sándalo y papel de fumar Top. Ahora ofrecía también abrigos de piel de segunda mano, ponchos guatemaltecos, café en grano de África, el último LP de Dylan y también lo último de Dylan Thomas, edredones estampados de la India, bolsas de paja de México, pendientes de cobre hechos a mano, hebillas de cinturón de turquesas. Cuando los hippies buenos morían, en lugar de ir al cielo aterrizaban en Lincoln Avenue.

Un cartel del grupo Buffalo Springfield decoraba la pared tras el mostrador donde Annabeth, recién ascendida a encargada, estaba separando blusas de algodón cien por cien en tres pilas: pequeñas, medianas, grandes. Trabajaba con movimientos espasmódicos, robóticos, mordiéndose el labio inferior.

Lo que sonaba por los altavoces no era precisamente Buffalo Springfield, sino Ravi Shankar. Annabeth parecía absorta en la música. Tardó un rato en advertir mi presencia.

–Sandy. No te había visto.

–Ya me he dado cuenta. No se te ve muy...

–Ya –dijo–, no muy en forma. A ti tampoco.

–Me he pasado por aquí para entrar en calor.

Me puso en la mejilla sus delicados dedos y luego me cogió la mano y me la frotó.

–Jo, estás congelada.

Annabeth era la típica tía buena. Los hombres se agolpaban alrededor de Mia, atraídos por esa esbelta encarnación de la Madre Tierra. Pero Annabeth, con sus mini minis y sus largos pendientes, era el tipo de chica que ponía cardíacos a los hombres. De hecho, llamarla chica no parecía adecuado. Las tías buenas eran mujeres, no chicas.

Nos quedamos un rato en silencio.

–¿Sigues estando zombi? –me preguntó al fin.

–No sé ni dónde estoy.

–Lo mismo te digo.

Pateé el suelo varias veces, tratando de desentumecerme los pies.

–¿Dónde está Clea? –pregunté.

–Ha dejado el trabajo. Se ha quedado tan descolocada por lo que ha pasado, que no quiere ver la comuna ni en pintura, ni siquiera esta parte de la ciudad. Es comprensible.

Esperé mientras atendía a un cliente.

–Yo tampoco quería venir a trabajar hoy –dijo–. Lo único que me apetecía era quedarme en casa.

Solté un bufido.

–Ya, a salvo en nuestro edificio, donde nunca pasa nada malo.

Hizo una mueca.

–Eres igual que él, Sandy: capaz de bromear incluso en los momentos más terribles.

Igual que él. Se refería a Wilton, evidentemente. En otros tiempos habría reventado de orgullo si me hubieran dicho eso. Ahora me dolía.

–Pero no te falta razón –continuó Beth–. Ahora da miedo estar en casa. ¿Qué podemos hacer?

–Yo qué sé. Todas las alternativas son una mierda.

Annabeth cogió uno de los rasposos ponchos de lana y se envolvió en él.

–Hablando de mierda...

–¿Qué?

El detective Norris, con la tez enrojecida, se dirigía hacia nosotras.

–¿Contentas con el frío, chicas?

No respondimos.

–¿Qué tal va el negocio?

–Más o menos igual que la última vez que se dejó caer por aquí –respondió Annabeth–. Estoy muy liada. Y no, no he sabido nada de Dan Zuni.

Norris se volvió hacia mí.

–¿Y tú?

Prácticamente fue como si me estuviera leyendo el pensamiento. Nada más verlo avanzando a zancadas hacia nosotras, me vinieron a la cabeza Barry en el Volvo y mi suposición de que quizá él supiera perfectamente dónde estaba Dan. Ni siquiera había decidido si debía contárselo a Annabeth, y mucho menos a la policía.

Justo entonces nos interrumpió otro cliente. Beth me dejó sola con Norris, maldita sea, y yo no era capaz de mirarle a los ojos.

–¿Me has oído? –me apremió.

–Sí, sí, le he oído. Como ya les dije, no sé dónde está. No lo tenemos escondido en el sótano ni nada por el estilo. Mire, ¿no sería mejor que investigara el asunto como es debido y tratase de encontrar a quien mató a Wilton y a Mia en lugar de estar acosándonos así?

–Vaya, ¿cómo no se me habrá ocurrido? –sacó su paquete de tabaco, encendió un cigarrillo y dejó vagar la mirada por el local–. ¿Así que aquí es donde matan el tiempo las encantadoras hippies?

–Oiga, se lo he dicho en serio, ¿vale? Está tratando a Dan como si fuera el enemigo público número uno y en realidad no ha tenido nada que ver con los asesinatos. Pero se lo advierto... no le haga daño cuando lo encuentre. Si no, se arrepentirá.

–¿Así que con amenazas? –dijo cabreado–. ¿Crees que tu familia tiene tanta influencia en el Departamento de Policía de esta ciudad?

–No le estoy amenazando, detective. Sólo le pido que reflexione.

–De acuerdo. Si dices que no lo hizo, es que no lo hizo –noté que de pronto tenía una sonrisita en los labios–. Hay que ver el tipazo que tiene tu compañera de piso –el muy cerdo estaba comiéndose con los ojos a Annabeth, que volvía hacia donde estábamos.

–Me voy a casa –le dije a Beth, y luego, dirigiéndome a Norris–, a no ser que tenga usted algo más que decirnos.

Tomó una profunda bocanada del aire cargado de humo de marihuana y de incienso.

–No. Siempre y cuando recordéis que no podéis salir de la ciudad hasta que yo os lo diga. Ya podéis terminar vuestro guateque, chicas.

–Ja, ja –exclamó Beth en cuanto se fue.

–Estoy derrotada, Beth –dije–. Me marchó.

–¿No te importa volver sola a casa?
–No, para nada. Además, al parecer sigue habiendo agentes uniformados por todas partes. Supongo que me salvarían si alguien tratase de raptarme.
–¿Estás segura? Taylor va a venir a recogerme esta noche. No me apetecía nada cerrar yo sola. Podrías quedarte por aquí hasta que llegue.
En ese momento me salió sin pensarlo:
–Mira, Beth, no podía decir nada mientras estaba aquí Norris, pero... o sea, ni siquiera sé si debería decir algo, punto.
–¿Sobre qué?
–Nada. Ven a casa con Taylor y allí podremos hablar.
–Me estás asustando.
–Tranquila. Enseguida nos vemos. Me largo. Estoy hecha polvo.
Me dejó alejarme unos pasos antes de decirme a voces:
–Me olvidaba. ¿Sabes quién más ha estado aquí, preguntando por ti?
–Nat.
–Sí. ¿Has tenido una escena con él?
Me limité a negar con la cabeza.
–Qué rara estás. ¿Qué te pasa, Sandy?
–Nada. Todo. Ya lo he dicho antes, todo es una mierda.

8

Llegué a casa sin haberme topado con Nat. Y para entonces ya empezaba a apoderarse de mí la vergüenza; sabía que debía llamarlo para disculparme por haberlo tratado así.

En cualquier caso, antes de abrir el portal tuve la precaución de mirar a mi alrededor. Y subí las escaleras volviendo la vista continuamente.

Con todo y con eso, bajé la guardia unos segundos antes de lo debido. Al llegar a nuestro rellano, me quité un guante y lo metí a presión en el bolsillo de mi abrigo, y eso le dio al tipo tiempo suficiente para lanzarse sobre mí como un buitre hambriento.

En cuanto abrí la puerta del piso, me atacó por la espalda. Me arrastró al interior y cerró de un portazo. Sin darme tiempo a gritar, una mano enguantada me metió en la boca una mordaza de lana. Traté de soltarme retorciéndome, pero desistí enseguida, sabiendo que el brazo se me partiría como un espagueti rancio. Al cabo de un instante tenía las manos atadas a la espalda. El sujeto aquel actuó con maestría. Cuando me cedieron las piernas, me enderezó de un tirón. Sentía su ropa resbaladiza contra mi cuerpo, y percibía el olor de la nieve que le había caído encima. Me giró la cabeza de golpe y se me incrustaron en la cara los dientes metálicos de la cremallera de su cazadora.

Entonces pensé algo demencial: *Si voy a morir, por lo menos averiguaré quién mató a Wilton.* Porque, sin duda, el mismo hijo de puta que había asesinado a Mia y a Wilt

estaba a punto de liquidarme. Quizá le vería la cara antes de que lo hiciera. Date prisa, hijo de puta. Al menos, que sea rápido.

A continuación me tiró al suelo del armario del vestíbulo.

–Estate callada –dijo. Y lo susurró de tal forma que esas dos palabras me parecieron las más espantosas del mundo. Echó el cerrojo.

Estremeciéndome y retorciéndome, lo oí deambular por el piso.

Cuando haya muerto, me dije, Jack Klaus y toda esa panda tendrán que mover el culo para descubrir al asesino. Woody los obligará a atraparlo. Y, tan cierto como que me llamo Cassandra, no será el huesudo Dan Zuni con sus muñecas de chica. Para nada. Me iba a matar un tiarrón fuerte, mira por donde.

Entonces oí sonidos metálicos en la cocina, cajones abriéndose y cerrándose de golpe. Cuchillos. Lo peor de lo peor. Ay, Señor, me iba a rebanar el gaznate. Empecé a sollozar, a rezar y a rogar por mi vida, y toda esa elocuencia se ahogaba en la mordaza empapada de saliva.

Después resonó al otro lado de la puerta un ruido atronador.

Cerca. Lo tenía muy cerca. El cerrojo se abrió. El pomo de la puerta giró apenas. Una rebanada de luz. Qué bien actuaba el hijo de la gran puta. Era teatral a tope. Terror máximo.

Empezaron a mojarseme las mallas de pis. Qué falta de dignidad dejar este mundo meándote encima. Pero no podía evitarlo. Había hablado de montones de cosas con Owen, con Wilton y con otras personas cuya inteligencia me merecía el mayor respeto. Pero nunca de cómo morir bien. Preparaos. Preparaos, gentes. La letra de esa canción de Curtis Mayfield cobró todo su sentido en aquel momento.

Luego las cosas cambiaron radicalmente. Y fue un cambio hermoso. Se hizo el silencio. Nada más que silencio. Dios mío, se había ido.

Esperé un minuto más, sin otra compañía que los latidos de mi corazón, y luego empecé a revolverme y a dar sacudidas con todas mis fuerzas. Salí del armario y, valiéndome del pomo, traté de deshacer el nudo de la cuerda que me rodeaba las muñecas. Vi mi mochila en el suelo del cuarto de estar. Estaba rajada de arriba abajo, y todas mis cosas desperdigadas: el cuadernito, mis caramelos Life Savers, la barra de labios, el monedero.

Durante por lo menos diez minutos sudé tinta china tratando de soltarme, hasta que oí voces en el pasillo. Dejé de forcejear y me senté a esperar, con la boca llena de hilos.

Jordan, un niño por lo general tan carente de curiosidad, me miraba de hito en hito, perplejo. Un segundo después apareció Cliff, chorreando nieve, con la cara roja y una Coca-Cola en la mano.

Daba la impresión de que los dos iban a pasar toda la noche mirándome con la boca abierta. Qué coño, tenía que despabilarlos. Coceé como una mula y no le partí el tobillo a Cliff de milagro.

Ya había pasado todo. Cliff tenía la cara blanca como la nieve. Estaba muerto de miedo, pero como era el único hombre presente, se hizo cargo de la situación. El remiso caballero andante tenía que cuidar a una doncella empapada en orines y a un niño semiautista y desnutrido.

Lo primero que hizo después de desatarme fue atrancar la puerta principal con una silla. Luego dejó a Jordan con su bolsa de patatas fritas Jays en el cuarto de estar. Entró en mi habitación, sin llamar antes, me pilló medio desnuda y, asustado, me preguntó:

—¿Te ha violado, Sandy?

Sacudí la cabeza.

—¿Qué te ha hecho?

Abrí la boca y la cerré sin haber contestado.

—Nada —dije al fin.

—¿Cómo?

—Me ha convertido en un pingajo patético y llorón. Pero no me ha hecho nada —grité.

—Joder.

—Pues sí.

—¿Y no has llegado a verlo?

—Bestia asquerosa —vociferé—. No, no lo he visto.

Era extraño, cuanto más bajaba él la voz, más la subía yo.

—¿Qué se ha llevado? —le chillé al pobre Cliff.

—¿Llevado?

Me desprendí de él y fui corriendo al cuarto de estar, a la cocina, al cuarto de Annabeth, al mirador. Todo en su sitio: los estéreos, la media docena de radio-despertadores del piso, el reloj de pulsera de Taylor, la maquinilla de afeitarse eléctrica de Barry, el dinero para gastos de la casa en su tiesto. Ni siquiera me había robado la cartera, la encontré bajo la mesa de centro.

Con Cliff pegado a mis talones, abrí la puerta de la que había sido la habitación de Wilton y Mia. Aquello era un caos. Cajones volcados, libros tirados, la alfombra del revés.

La escena me puso los pelos de punta de nuevo. Pero al menos ahora las cosas cobraban sentido. Ahora lo comprendía. Vi que en realidad no había estado en peligro. Quienquiera que fuera aquel tipo, necesitaba entrar en el piso y luego neutralizarme para buscar algo... algo concreto. Ni idea de lo que podía ser. En todo caso, algo relacionado con Wilton y Mia. El tío incluso estaba enterado de cuál había sido su habitación. Y se había llevado algo que ni siquiera sabíamos que teníamos. Algo que había pertenecido a Wilton, o tal vez a Mia, o al propio ladrón, también cabía esa posibilidad.

Pensé en el sigilo con que se había marchado el intruso, muy discretamente, en cómo había descerrado el cerrojo de la puerta del armario y la había entreabierto para que yo pudiera respirar y salir. Casi como disculpándose. Lo cual significaba que había encontrado lo que buscaba. Perdona las molestias.

Volvía a sentir mi cuerpo. Los dedos de las manos, los dedos de los pies, todo en su sitio. Respiraba de nuevo libremente. Era un alivio haber descubierto que aquel sujeto

tenía un objetivo cuando me aterrorizó. También me reconfortaba que no hubiera sido Nat Joffrey quien me había tratado así, aunque me avergonzaba haber llegado siquiera a pensarlo. Sí, por un instante, al principio de la agresión, creí que Nat, el pacifista profesional, estaba tan enfurecido como para violarme o incluso matarme.

Cliff puso el pijama al niño y lo dejó instalado en su habitación.

—¿Qué hace aquí Jordan, por cierto? —pregunté—. Creía que se lo habían llevado los de servicios sociales del condado.

—Se lo llevaron. Pero Crash lo sacó anoche. Esta mañana le dijo a Jordan que iba un momento a la tienda y no ha sabido más de él. Dios sabe cuándo volverá Bev a su casa. No se me ha ocurrido otra cosa.

—¿Está flipado por lo que me ha pasado?

—Después de vivir diez años con esos gilipollas, Jordan ya no flipa por nada. Sólo necesita dormir un poco.

—Quería comentarte otra cosa, Cliff. ¿Dijo Barry adónde iba cuando salió de casa hoy?

—No creo.

—¿Y no lo has visto desde entonces?

—No.

—No sé qué líos se trae. O es algo bueno, valeroso, o algo asqueroso.

Empezando por mi conversación con Jack Klaus, le conté a Cliff todo lo que había sucedido aquel día singular. Omití la humillación sufrida en casa de Owen. Pero, por lo demás, no me dejé nada en el tintero.

—¿Has llamado al poli ese, a Norris? ¿O al que fuiste a ver por la mañana?

—No, ni pienso hacerlo.

—¿Por qué no? Un demente te ha maniatado, joder. Es un secuestro o algo parecido.

—No voy a llamarlos, Cliff. Te he dicho que el tío encontró lo que buscaba y no volverá. Además, la policía nos está jugando una mala pasada. No sé de qué se trata, pero no confío en ellos. Están intentando incriminar a Dan, y Klaus les sirve de tapadera.

Cliff se quedó un rato en silencio. Se le veía abatido y como derrotado.

—¿Qué va a ser de Jordan, tú qué crees? —preguntó finalmente.

—¿De quién? —su irrelevante pregunta me enfureció—. ¿Cómo quieres que lo sepa?

—Yo lo sé. Lo va a tener crudísimo. Su vida será una mierda. Probablemente acabará matando a hachazos a su madre adoptiva.

—¿Así que Jordan es el mayor problema que tenemos en la vida ahora mismo?

Cliff se fue rehaciendo poco a poco.

—Lo siento. Intento mantenerme centrado, pero no puedo. Estoy hecho polvo. Supongo que no tengo tanta entereza como tú.

—¿Yo? ¿Llamas estar entera a este desastre? No bromees, Cliff.

—No bromeo. Eres la más joven de todos y, sin embargo, estás llevándote todos los palos.

—Quiero saber por qué ha muerto Wilton. Lo necesito.

—Claro, claro. Te entiendo, te lo juro. Pero además estás consiguiendo que los demás no nos vengamos abajo.

–Estoy ocupando el lugar de Mia, quieres decir.

–No. No eres como ella, lo haces a tu manera. La cuestión es... En todo caso, se acabó.

–¿El qué?

–La comuna.

–¿Por qué? ¿Porque a lo mejor me voy a vivir con mis viejos? ¿Y qué? Vosotros estabais viviendo juntos antes de que yo llegara. Ya encontraréis a otras personas.

Cliff sacudió la cabeza.

–Aquí no va a quedarse nadie, Sandy. En cuanto la policía resuelva los asesinatos, nos separaremos. Lo sé.

–Podéis alquilar otro piso.

–No. Taylor se ha echado una novia. Probablemente se irá a vivir con ella. Los padres de Beth están forrados. La instalarán en un apartamento de algún barrio elegante, lo que ellos querían que hiciera desde el principio.

–¿Y tú, qué?

–Yo me iré a mi casa, supongo. Tengo ganas, la verdad.

–¿No vas a volver a la universidad?

–Podría ir a alguna de Connecticut. Yo qué sé. Me da igual.

–No seas idiota. Podrían llamarte a hacer el servicio militar. ¿Quieres ir a Vietnam, tío? Se encogió de hombros.

–Cary fue. A él lo mataron allí y a mí me pasará lo mismo. ¿Qué más da?

–Vamos, Cliff, reacciona.

–¿Recuerdas lo contentos que estábamos de vivir todos juntos? La puta panda. Nos llevábamos bien. Nos respetábamos. Queríamos hacer las cosas como hay que hacerlas, pasando de las chorradas de los hippies. Llevar una buena vida. Eso solía decir Wilton, el mundo se cambia llevando una buena vida. ¿Te acuerdas?

–Me acuerdo.

–Bueno, qué coño, habrá que dejarlo para el próximo mundo.

Tanta angustia y cinismo resultaban patéticos viniendo de un niño grande con un jersey de renos verdes. Cliff sacó de su bolsillo trasero un pañuelo en estado lamentable y me dio la espalda para sonarse la nariz.

–¿Te apetece fumar? –pregunté.

–No.

–¿Y un té calentito?

–Tampoco.

–Entonces prepárame uno a mí.

Mientras Cliff estaba en la cocina, llené la bañera, me quité la pestilente ropa y tiré a la basura las mallas.

Me asomé por la puerta del baño y lo vi sentado mansamente en la cocina, mirando el hervidor humeante.

¿Y ahora qué, Dios mío?

Al cabo de un momento entró como una tromba, trayéndome un tazón amarillo.

–Perdóname, me he pasado. Después de lo que has tenido que soportar, no debería... Dios mío, soy un imbécil.

–Cliff, estás en el cuarto de baño conmigo. Y no llevo ropa encima.

Dejó el tazón sobre la tapa del inodoro y, prácticamente con el mismo ademán, me rodeó con los brazos. Me retiró el pelo de la frente y acercó mi cara a la suya.

–¿De dónde has salido, Sandy? ¿Cómo puedes ser tan maravillosa?

Me quedé sin saber qué decir. Noté algo en lo que nunca me había fijado antes. Los párpados de Cliff. Eran tan delicados que se diría que un leve soplo habría bastado para que salieran flotando por el aire, igual que esa flor silvestre que es como una pelusa.

Me besó, prolongó el beso.

Empecé a colaborar. Me abrazó con más fuerza y sentí la lana húmeda de su jersey contra mis pechos desnudos.

–¿Nunca has pensado en mí de esta manera? –dijo.

–No.

–Ya me lo imagino.

Y su chistosa cara también me pareció más tierna de lo que recordaba, sobre todo el bulto en la punta de la nariz.

Nos besamos de nuevo.

–Yo sí –dijo–. Muchísimo. Tenía unas ganas locas de estar contigo.

–Espera, Cliff, que apesto.

–No, no me hagas esperar.

¿Íbamos a hacerlo sobre la marcha, de pie? ¿Nos iríamos a mi habitación? ¿O trataríamos de encajar nuestros recios cuerpos jóvenes en la bañera?

Metí los pies en el agua caliente y él se quitó apresuradamente el jersey y la camiseta térmica. Cogió la esponja y empezó a enjabonarme mientras yo le desabrochaba los vaqueros.

Cuando tenía las manos en el último botón y los pantalones empezaban a resbalársele del culo, oímos una escandalera. Annabeth y Taylor estaban aporreando histéricamente la puerta atrancada.

Salí de la bañera derramando agua, me puse un albornoz –no sé de quién sería–, y me precipité a abrirles. Sabía que, con todo lo que había pasado, estarían pensando en lo peor.

10

Taylor llevaba en las manos una pizza gigantesca. En cuanto comprobó que todo iba bien, empezó a echar la bronca a Cliff por haber montado una barricada en la puerta.

–Deja de meterte con él –intervino Annabeth–. Yo creo que levantar una fortaleza es una idea puñeteramente buena. Vamos a por platos, Sandy. Detesto la pizza fría.

Pero no me moví en dirección al aparador.

–¿Qué pasa? ¿Por qué pones esa cara?

–Ha entrado alguien en casa –dije.

Taylor depositó cuidadosamente la caja de la pizza sin apartar de mí la vista.

–Ha entrado alguien. Esta noche. Me ha agredido.

Annabeth me miraba muy seria.

–¿De qué hablas? Cliff, ¿de qué habla?

–Me han atacado. Después de irme de la tienda. Me ató.

Annabeth gimió.

Mientras yo lo explicaba, mi amiga escuchaba y comprendía todo, pero a la vez sacudía la cabeza, negando las palabras que yo iba pronunciando.

Taylor cruzó el pasillo y abrió la puerta de la devastada habitación de Wilt y Mia.

–Joder –dijo despacio–, esto es un puto caos.

Beth se recobró lo suficiente como para preguntar:

–¿Por qué está tardando tanto la policía? ¿Dónde está Norris?

Miré rápidamente a Cliff, que se apartó de mí.

–No he llamado a la policía. No pienso llamarla.

Y yo que creía que Cliff había sido rápido al lanzarse sobre mí en el cuarto de baño. Beth se me echó encima sin darme tiempo ni a parpadear, y sin mostrar el menor interés en mis teorías sobre el intruso y sobre por qué estaba convencida de que no regresaría. Me agarró por el cuello del albornoz y me zarandeó como si fuera una máquina expendedora que regalara chicles.

–Llámalos ahora. Llámalos ahora o lo haré yo.

–Y una mierda, Beth. No te ha pasado a ti, ¿a que no? ¿Qué vas a decirles? ¿Cómo vas a demostrarlo?

Me soltó y descolgó el teléfono de la cocina. Se lo arranqué de la mano.

–¡Estás como una puta regadera! –chilló–. Quieres que nos maten a todos.

No creo que pretendiera clavarme así las uñas en la mejilla. En todo caso, fue ese dolor agudo el que me puso en acción. La empujé y tropezó con la pata de una silla. Luego se enderezó e inmediatamente vino de nuevo a por mí. «¡Gilipollas! –gritaba–. ¡Creída estúpida!» Tenía buenos músculos pese a su esbeltez.

No soy pendenciera. Aunque esté más o menos fornida, sigo peleándome como una niña. La agarré del pelo. Después empezamos a abofetearnos mutuamente. Buf, fue de lo más sórdido.

Taylor y Cliff nos separaron con los mismos modos que aplican los árbitros a esas mujeronas enormes del Roller Derby. Resoplé y resollé en mi esquina de la habitación, con las delanteras colgando por fuera del albornoz desgarrado.

–Eh, vosotros dos –dijo airadamente Annabeth a los hombres–, ¿no podéis hacer algo con ella?

Pero, por lo visto, sabían que era mejor no intervenir. Se limitaban a observarnos, listos para deshacer la melé si es que volvía a formarse.

Al final, Annabeth recobró la calma.

–Sandy –dijo sosegadamente–, se te han fundido los plomos. Tienes los cables

cruzados. ¿Me oyes? Te han quitado a Wilton y eso te ha trastornado. No es culpa tuya, ¿sabes? Pero necesitas ayuda.

Sabía que necesitaba ayuda. Y también para qué la necesitaba.

–¿Es así como le habla tu madre a la doncella que tiene en Kenilworth? –dije.

Entonces levantó las manos.

–De acuerdo. Haz lo que quieras. Pero yo no estoy dispuesta a morir. Si no me asesinan mientras duermo, mañana me voy a mi casa.

–¿Conque sí, eh? ¿Qué va a decir tu amigo Norris sobre eso? Nos dijo...

Me dedicó una sacudida de melena de niña rica.

–Me importa un culo lo que diga Norris. Si no le gusta, que lo discuta con mi padre.

La miramos mientras entraba en su habitación como un torbellino y daba un portazo a sus espaldas.

Ni en mis fantasías más calenturientas habría concebido una escena como la que acababa de tener lugar. Beth Riegel y yo peleándonos como cavernícolas de una película de serie B. Otra amiga tachada de la lista.

¿Y cómo iba a hacer las paces con Owen después de lo que había sucedido antes? No me sentía con fuerzas para volver a mirarlo a la cara, pero perderlo como amigo sería el golpe que me faltaba.

Cuando me desplomé en la silla de la cocina, tragándome las lágrimas y sujetando la parte delantera del estúpido albornoz, el agotamiento me cayó encima como un mazazo. Estaba convencida de que no me había equivocado: el intruso tenía lo que quería y no volvería. Nadie se había propuesto exterminar esta comuna de desventurados hippies. Aunque se demostrase que no tenía razón, en aquel momento estaba tan desfondada que me daba igual. Mátame, pensé. Adelante. Pero déjame descansar.

Taylor y Cliff hablaban entre sí y sus voces me llegaban amortiguadas, como si estuvieran llamándome desde la cima de una montaña. Me levanté como pude de la silla y me arrastré hasta mi habitación.

¿Estaba en lo cierto Cliff? ¿Era inminente el fin? ¿Había terminado nuestro pequeño experimento democrático de llevar una buena vida? Libertad, felicidad, comunidad, todo se había ido al traste tan deprisa.

Despierta en la cama, contemplaba el techo que Mia había pintado de un azul aterciopelado y decorado con estrellas plateadas. Ese precioso cielo falso fue su regalo de bienvenida cuando me uní a la comuna.

La imaginé subida a la escalera haciendo todo eso por mí. Puede que Wilt la hubiese ayudado, a su manera, de pie junto a la escalera, sujetándola con una mano y fumándose un canuto con la otra. Se me partía el corazón.

–Cuando sales por ahí con Mia, ¿te miran alguna vez los negros como si fueras un bicho? ¿Como si les repelieras? –le pregunté.

–Sí –dijo–, es como si les estuvieras leyendo el pensamiento. Algo así: «¿Cómo los puedes soportar? ¿Cómo puedes estar con una de los suyos, después de lo que nos han hecho?».

–¿Y cómo podemos? –dije.

Finalmente, me venció el cansancio.

Cliff interrumpió un sueño muy intenso, que no era agradable, meciéndome delicadamente. Estaba soñando con Bev, la madre de Jordan. Le rogaba a Barry, que iba disfrazado como un hombre medicina de un western malo, que diera a su bebé enfermo alguna poción milagrosa.

El rostro de Cliff se perfiló sobre mí cuando abrí los ojos.

–¿Qué pasa?

–Beth ha llamado a la policía –dijo.

–Mierda. ¿Están aquí?

–Todavía no.

–¡Maldita sea, no tenía derecho!

La presión de su mano en mi hombro ralentizó mis movimientos.

–Un momento, Sandy. Ya sé que estás cabreadísima. Pero yo creo que Beth ha hecho lo correcto. Un tipo entrando aquí por la fuerza de esa forma... no es como para tomárselo a broma.

–¿Quién se lo toma a broma? Yo no bromeo, Cliff. Os he dicho que no pretendía hacerme daño. Vino buscando algo.

–Aun así, anoche Barry no durmió en casa. Tienes que decir a Norris que lo viste en el Volvo. Esta puta situación está volviéndose demasiado extraña.

–Eso no lo puedo remediar, Cliff. ¿Por qué no se lo dices tú a Norris, o no se lo dices? Lo que quieras. Pero déjame levantarme, por favor.

–Espera, te lo suplico. ¿No lo entiendes? No quiero que salgas. No quiero que te pase nada más.

Ahora tenía la mano en el cuello de mi camión. Se inclinó para besarme, pero lo detuve.

–¿Qué es esto? ¿Una continuación de lo que dijiste anoche? ¿Lo decías en serio?

–Sí.

–Y estás fantaseando sobre qué... ¿Jordan, tú y yo en una cabaña del bosque o algo así? ¿Vas a llevarnos a Connecticut y tendremos una barca?

Desvió la vista, incapaz de negarlo. Y lo más curioso es que, una vez que lo había dicho, en teoría el panorama no era tan terrible. Nunca había montado en barca.

–¿Por qué yo? –pregunté–. ¿Por qué no te has fijado en Beth... o en Clea? ¿O en alguien de la facultad?

–¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Quiero estar contigo.

–De acuerdo. Pero habrá que dejarlo para más adelante –me levanté de la cama–. Me largo.

–Madre mía, Sandy. Es la una de la mañana. ¿Adónde vas?

–A casa, supongo. O sea a casa de Ivy y Woody. Cogeré un taxi.

–Voy contigo.

-No, Cliff. Ahora sal de aquí y déjame vestirme.

Viernes

1

Woody estaba preparándose sus famosas tortitas de manzana. Lo cual, considerando cómo habían ido las cosas la última vez que nos habíamos visto, era todo un detalle por su parte. No habíamos hablado desde que les puse a parir a él y a Ivy en la comuna el día después de los asesinatos.

Ivy seguía durmiendo. Los había despertado a la una y media de la mañana, sin ofrecer ninguna explicación de por qué había escogido esa hora intempestiva para ir a visitarlos. Mañana os lo explicaré todo, les dije, y los tres caímos como fardos en nuestras respectivas camas.

Cuando me desperté en mi antigua habitación sobre las nueve de la mañana, me llegó olor a salchichas y a café. Seguí a mi nariz hasta la cocina y me encontré a mi tío, ya vestido, arremangado, tamizando harina sobre un viejo cuenco de loza.

No sabía por dónde empezar, cómo disculparme. Tras un minuto de titubeos, desistí de dar con las palabras; me temblaban los labios y me contuve para no berrear como un bebé.

Woody dejó la cuchara de palo, vino hacia mí y me estrechó entre sus brazos.

–Siempre serás mi niña –declaró, y puede que incluso tuviera los ojos un poco húmedos.

–Pero sigues pensando que estoy haciendo el idiota –dije después de enjugarme las lágrimas– al implicarme hasta las orejas en esto del asesinato, ¿verdad?

–Me gustaría que no lo hicieras, Cass. Pero veo que de todas formas lo vas a hacer. Así que tengo que apoyarte.

Las tortitas no me defraudaron: eran una delicia, tal como las recordaba. Lo cierto es que Woody cocinaba mejor que Ivy, quien contaba con ayuda para las tareas de la casa varios días a la semana. Pero los relajados domingos y festivos, el tío Woody solía preparar alguna de sus especialidades: tortitas, o bistec a la pimienta, o su sensacional pato con salsa dulce.

Después de haber llenado el estómago, nos quedamos sentados junto a la mesa de la cocina con nuestros cafés. Woody encendió un cigarrillo con su amado Zippo.

–Jack me ha dicho que fuiste a verlo.

–Sí, fui a verlo –confié en que Klaus no hubiera ido a llorarle a Woody y a contarle lo grosera que había sido y que me había largado de su despacho hecha una furia.

–Dice que están saliendo a la luz algunas cosas sobre la pareja de jóvenes. Detalles sobre sus muertes. No son agradables, Cass.

–No esperaba que lo fueran.

–Dice que al chico lo torturaron antes de matarlo –torturado. Jack Klaus tenía razón: era algo *personal*, pensé–. Pero a la chica parece que la mataron en el acto. El detective de homicidios opina que seguramente entró allí por casualidad en plena faena.

Tragué saliva, negándome a visualizar la escena.

–Cass, ¿no te dice el sentido común que alguien pretendía sonsacarle a este chico algo que no estaba dispuesto a decir? –preguntó.

Asentí con la cabeza.

–Debía de estar guardando un secreto importante.

–Wilt no tenía secretos.

–¿Estás segura?

Vacilé antes de responder. Estaba pensando en lo que me había revelado Klaus el día anterior, la antigua relación entre Mia Boone y Dan Zuni. Eso era un secreto, ¿verdad? Pero no sabía si Wilt había estado en el ajo.

Casi como si me hubiera leído el pensamiento, Woody dijo:

–Le tenías mucho afecto a ese chico, Cass. Pero debes plantearte algunas preguntas espinosas. Dices que lo conocías muy bien. Pero ¿es cierto? ¿A qué se dedicaba cuando no estaba contigo? ¿Con quién se relacionaba? ¿Qué sabes de sus amigos?

–Sus amigos eran mis amigos. Vivíamos todos juntos.

–No me refiero a ellos. Tu amigo vivió en Chicago toda su vida antes de ir a la universidad, ¿verdad?

–Sí.

–¿Se metió en algún lío cuando estaba fuera?

–Nunca me contó nada de eso. Y Taylor tampoco. Estudiaron juntos. Seguro que la policía ya se lo ha preguntado.

–Tal vez tenía enemigos en esta ciudad, personas de las que tú no sabes nada.

–Me cuesta creer que Wilton tuviera enemigos.

–No seas infantil. Todo el mundo tiene enemigos. Los chavales hacen cosas que no quieren que nadie sepa. Sobre todo los chavales negros en estos tiempos.

–Mira, Woody, Wilt no era un delincuente. Sus padres tienen dinero y lo arrojaron durante toda su vida. Fue al colegio Lab y al Francis Parker. Su padre es Oscar Mobley, uno de los abogados más importantes y ricos de la ciudad.

–No hace falta que me digas quién es Oscar Mobley, hija. Soy yo quién te lo podría explicar. Y te voy a decir una cosa: es una suerte que sea un buen abogado, porque así pudo librar a tu amigo de sus problemas con la justicia.

–¿Qué problemas?

–Problemas de drogas. A Wilton Mobley lo detuvieron por vender droga a sus compañeros de clase.

–Vaya.

–No lo sabías, ¿verdad?

–No. Pero ¿qué importa? Vender un poquito de hierba no es un crimen espantoso. Conozco a montones de personas que lo hacen.

–¿Conque sí, eh?

–Quiero decir que seguro que no era un gran... Wilton no tenía mucha pasta. Su madre le pasaba algo de vez en cuando. Y a veces trabajaba en una tienda de bicicletas. Los que venden a gran escala se forran.

–Ya veo que estás bien informada.

–Vamos, Woody, no te lo tomes a la tremenda. Sólo quería decir que... mogollón de gente fuma marihuana. Gente respetable. Probablemente Wilton regalaba tanta como la que vendía. Y, además, no es lo mismo que la heroína. Pero si en algunos lugares ni siquiera es ilegal.

No había forma de arreglarlo. Yo sola me había metido en un gran marrón. Para el caso, ya podía poner las cartas boca arriba y decir que era consumidora habitual de porros.

–¿No ves adónde quiero ir a parar, Cass? No lo conocías tan bien como creías. No sabías, por ejemplo, que la chica blanca con la que vivía había estado con el chaval que está desaparecido.

–Veo que Jack Klaus te ha estado calentando la oreja.

–Sí. ¿No es lo que querías? ¿Alguien que pudiera contarnos las cosas desde dentro con franqueza?

–¿Con franqueza? ¿Tú crees que está siendo franco conmigo? No confío en él, Woody.

–Es una lástima, porque necesitas su ayuda.

–No sé si es el tipo de ayuda que me hace falta.

–Pues yo sí. Si te crees capaz de conseguir algo sin él, estás chalada. Si no llega a ser por Jack, el agente de homicidios te habría detenido por negarte a cooperar. El tal Norris piensa que quizá no le contaste todo lo que sabías.

Lo había expresado con mucha delicadeza.

Me puse en tensión. Norris iba a pillarse el rebote del siglo cuando llegara al piso y oyera la versión de tercera mano sobre el tipo que había entrado por la fuerza y me había atacado. Lo más seguro es que ya estuviera buscándome. Cliff era el único al que había dicho adónde iba. Y él no iba a delatarme.

Al tío Woody tampoco le iba a hacer ninguna ilusión que estuviera ocultándole esa información. Ya le hablaría del asalto al piso a su debido tiempo. Si se enteraba ahora, removería cielo y tierra para sacarme de la comuna y hacerme regresar a Hyde Park.

–Bueno, Woody, aparte de Klaus, todo el mundo parece empeñado en culpar a Wilton de lo que les ha pasado a él y a Mia. Es una demencia. Tanto da que hubiera sido el mismísimo Al Capone. Eso no justifica que lo asesinaran. ¿O te parece que es otra de mis ideas infantiles?

–No –fue lo que dijo. *¿Por qué no puedes volver a tener once años?*, fue lo que decía su expresión–. Vamos a rebobinar un poco, Cass. Hemos dejado pendiente un asunto.

–La droga, quieres decir. Mira, Woody...

–No, no es eso. Antes te he preguntado por los amigos de Wilton, los que no vivían con vosotros.

–De sus amigos de antes no sé nada, te lo juro. Salvo de uno llamado Alvin.

–Muy bien. ¿Quién es ese Alvin?

–No sabría decírtelo. Wilt solía hablar de él cuando le daba por fustigarse a sí mismo. Prácticamente lo idolatraba. «Alvin es un tío duro.» «Alvin es un auténtico negro.» «Alvin sabe lo que realmente se cuece en este país.» Cosas así.

–Pero ¿tú no lo conociste personalmente?

–No.

–De manera que el tal Alvin es un negro joven, un tío duro que se las sabe todas, ¿eh? Da la impresión de que pudo ser quien inició a tu amigo en el negocio de las drogas.

–Deja de inventar cosas. Ese tío no es un camello. Estuvo en Vietnam.

–Bueno, puede que no esté enredado en las drogas, pero sí puede ser uno de *ésos*.

Ésos. Sabía a qué se refería.

–Dios mío, Woody, no me largues uno de tus sermones sobre los nacionalistas negros, por favor.

Me dirigió una mirada torva, pero no dijo nada más. Quizá estaba siguiendo el consejo que Ivy solía darme: cuando notes que te estás acalorando, respira hondo varias veces y no digas una palabra hasta que te tranquilices.

–¿No sabes el apellido de Alvin? –preguntó sin que se le alterase la voz.

–Me parece que Wilt no lo mencionó. O tal vez sí, pero no lo recuerdo.

–Muy bien, jovencita –empezó a recoger la mesa–. Te das cuenta de que tienes un deber que cumplir, ¿verdad? –dijo–. No será agradable, pero es lo correcto. Si querías a Wilton Mobley tanto como dices.

–¿A qué te refieres?

–Debes ir a visitar a su familia. ¿Cuándo pensabas hacerlo?

Tenía razón. Toda la razón del mundo.

–Iré ahora mismo.

–Me has dicho que el chico estaba enfadado con su padre.

–Al revés. Ellos estaban enfadados con él. Estaban tratando de convencerlo para que volviera a Antioch.

Me preparé para una dosis de comentarios cáusticos: «Fíjate, su padre se gasta el dinero ganado con el sudor de su frente en dar una educación al chico para que tenga oportunidades en la vida. Y el muy imbécil tiene la desfachatez de pasárselo por los pies. Sí, ése es el gran problema de nuestros tiempos. A los jóvenes no os gusta que os digan lo que debéis hacer. Siempre tenéis que saliros con la vuestra. Sois más listos que nadie. Nosotros no tenemos ni puñetera idea de nada».

Woody pasó unos minutos fumando en silencio. Después dijo:

–Bueno, pues ve a ver a sus padres. Te llevará Sim.

–¿Quién?

Woody casi siempre tenía a su servicio un... bueno, llamarlo chófer sería el colmo de lo

pretencioso, me refería a un conductor. El anterior había estado muchos años con él. Lo llamábamos Hero⁸ y era sobrino de Woody. Hero había tenido problemas para dar y tomar; entre otros, una drogadicción larga y destructiva, pero logró hacer honor a su apodo con creces. El final lo sorprendió una noche en la calle, cuando dos hombres que nos atacaron a Woody y a mí lo mataron. Hero murió salvándonos.

–Te presento a Sim, Cass –dijo Woody–. Últimamente me ayuda con mis cosas.

El mismo tipo de ayuda que antes le proporcionaba Hero, supuse: acompañar a Woody cuando iba a atender sus asuntos, conocidos o confidenciales, por toda la ciudad. O sencillamente esperarlo en el Lincoln mientras Woody comía con sus amigos. Y si para el trabajo se requerían músculos, Sim parecía el tipo adecuado para desempeñarlo. A diferencia del desnutrido tío Hero, era un hombretón.

–Hola, Sim –dije mientras me instalaba en el asiento trasero.

Sim llevaba una chaqueta de ante beige y una camisa amarilla. Sus manos oscuras, apoyadas en el volante, eran inmensas y bien proporcionadas, como las de un jugador de baloncesto. Se volvió y me miró detenidamente, como si estuviera memorizando mi cara o algo así.

–¿Qué tal te va?

Woody se dispuso a cerrar la puerta de mi lado.

–¿Tú no vienes? –pregunté.

Sacudió la cabeza.

–Nada me apetece menos que ver a una madre que acaba de perder a su hijo. Hay pocas cosas peores en el mundo.

Sabía de qué hablaba. La tía Ivy había tenido dos abortos espontáneos y había dado a luz a un bebé muerto antes de que desistieran de tener hijos.

–Cuando hables con sus padres –dijo Woody–, piensa bien lo que estás haciendo, hija.

–¿A qué te refieres?

–Me refiero a que estás en mejores condiciones que la policía para hablar con los Mobley. Ellos no podrán. Primero, porque no sabrían cómo hacerlo. Segundo, porque no les importa como a ti. Pero debes tener cuidado para no herir sus sentimientos. Comprender por lo que están pasando. Si surge la oportunidad de que arrojen luz sobre el asesinato, hazles hablar. Era su hijo. Tendrían que ser capaces de contarte cómo era. Y si llegas a descubrir que en realidad no lo conocían mucho mejor que tú, pues bien, que así sea. Eso también significaría algo. ¿Comprendes?

–Creo que sí. Más o menos estás diciéndome lo mismo que me dijo Jack Klaus. O quiero que salga a la luz la verdad o no. Tengo que encontrar la forma de mirar a Wilt con frialdad. De ser severa con él y conmigo misma.

–Así se habla.

¿En serio? Confié en que no todo se quedara en palabras.

Hyde Park es una de las escasísimas comunidades de la ciudad que la gente se complace en describir como «integradas».

Verdadero y falso. En efecto, la influyente Universidad de Chicago es la principal explicación de la variedad de colores y etnias que hay en las calles. Los alumnos y el profesorado proceden del mundo entero. Pocas cejas se enarcan ante las parejas mixtas que pasean a sus bebés café con leche. Y hace mucho que personas negras de sólida fortuna establecieron una cabecera de playa en la zona. A pesar de todo, a los negros que no están relacionados con la vida universitaria, e incluso a algunos que lo están, se les suele impedir el acceso a las viviendas más apetecibles. ¿Y el agente inmobiliario que fue tan amable cuando te enseñó el luminoso apartamento de dos dormitorios? Harías el tonto si te sentaras junto al teléfono a esperar a que te devolviera la llamada.

Los padres de Wilton no sólo residían en Hyde Park desde hacía mucho tiempo, además habían cruzado la Línea Maginot del barrio, el pequeño enclave de Madison Park. Vivían en una calle tan chic que muchos de los anuncios inmobiliarios que había en sus preciosas manzanas arboladas declaraban sin rubor: SÓLO MÉDICOS Y PROFESORES. NO SE ADMITEN OTRAS SOLICITUDES. Mis tíos abuelos disfrutaban de una posición desahogada, pero nunca habían vivido como los Mobley, y aunque Ivy había coincidido con Hope Mobley en un par de ocasiones, no formaba parte de su exclusivo círculo.

Sim encontró espacio para aparcar cerca de la esquina de la calle. Me apeé del Lincoln y caminé hacia la casa cubierta de musgo donde se había criado Wilton. Antes de llamar al timbre, me concedí un minuto para prepararme. Iba a entrar en una casa de luto donde las emociones estarían a flor de piel. Hasta entonces había logrado mantenerme entera, pero corría el peligro de venirme abajo cuando estuviera cara a cara con los dolientes padres.

Una mujer menuda y sin atractivos, vestida de tela de gabardina marrón, me abrió la puerta. Wilt debía de haber salido a su padre, pensé al principio. Luego lo capté: es la doncella. Le dije cómo me llamaba y pregunté si los Mobley tendrían un momento para verme.

Al instante apareció Hope, sin dar tiempo a la doncella a que anunciara mi visita. Como había previsto, era una mujer alta, esbelta y muy bien peinada. De hecho, todas mis previsiones parecían confirmarse. Tal como imaginaba, llevaba un elegante vestido negro de lana y se la veía destrozada, desconsolada.

Lo que no esperaba yo es que tropezara con la alfombra persa del vestíbulo. Se cayó en plancha, y luego se quedó allí sentada. Todo esto sin cambiar de expresión.

Wilton me había contado que en su casa se bebía mucho desde que él recordaba. Imaginé que su madre debía de estar ahogando sus penas en alcohol. Corrí hacia ella y me agaché para ayudar a la doncella a ayudar a la señora. Pero en su aliento no había trazas deladoras de que hubiera bebido.

Oí un *no* pronunciado de manera cortante y absolutamente taxativa.

Oscar Mobley, quien había vociferado esa palabra, apareció de pronto al pie de la escalera. Era considerablemente más bajo que su esposa, pero arrojaba una larga sombra

vestido con su severo traje oscuro. Su voz encerraba la misma autoridad sobrecogedora con la que a veces hablaba el tío Woody. Pero si mirabas a Woody a los ojos cuando se sulfuraba, el fuego que despedían te abrasaba. Y eso no sucedía con el señor Mobley. Sus ojos eran de frío cristal. Me vino a la cabeza el título de una película que me había llevado a ver Owen en una ocasión, *Dies Irae*. El señor Mobley tenía ojos de [Dies Irae](#).

Me aparté mientras él levantaba a su esposa y se la llevaba.

La mujer de marrón me condujo a una maravillosa estancia con chimenea y sofás de cuero naranja oscuro. En un extremo había una consola gigantesca con un equipo de música Grundig. Centenares de LP llenaban la estantería incorporada al mueble a la altura de la rodilla. Leontyne Price, Beethoven y Duke Ellington estaban más que bien representados. En aquel momento no sonaba ninguna música, como es natural. Y tampoco se oía ningún otro sonido, ni allí ni en el resto de la casa. Ni ruidos, ni luces encendidas, aunque sí un tenue olor vagamente familiar. Había un florero inmenso con tulipanes blancos, pero no olían a nada. Ah, sí, ahora lo comprendía. Aquella delicada fragancia era un producto para abrillantar los muebles... cera.

El señor Mobley debía de estar tan destrozado e inconsolable como su mujer. Sólo que lo demostraba a su manera. Ni una señal de torpeza. Movimientos estudiados. Un gesto brusco de la cabeza y una ligera inclinación del cuerpo a modo de saludo. Qué curioso; la primera vez, había hecho su entrada diciendo *no*. Esta vez dijo: «¿Sí?».

No malgastó ni una palabra. Sin embargo, cuando le dije quién era, su vocabulario se amplió en el acto. Antes he dicho que tenía unos ojos fríos. Digamos más bien glaciales... árticos... polares.

—Ya veo —dijo Oscar Mobley—, es usted de esa pandilla de cretinos con quienes Wilton decidió tirar su vida a la basura.

El odio con que lo dijo me recordó un incidente en el que no había pensando desde hacía años. La primera vez que me permitieron coger el elevador yo sola, me perdí en un abrir y cerrar de ojos y aparecí en el quinto pino, cerca de Western Avenue. Dos chicas blancas me miraban con insolencia y se reían de mí ocultándose tras sus manos. Una de ellas no paraba de lanzarme ojeadas y luego se tapaba la nariz como si estuviera oliendo algo repugnante.

Supongo que ahora reaccioné como aquella vez ante esas dos guarras. La amargura, la trémula humillación se transformaron poco a poco en una rabia impotente. Deseaba devolver el golpe y, a la vez, que me tragara la tierra.

Carraspeé.

—Wilton no tiró su vida a ninguna parte, señor Mobley. Se la arrebataron.

—¿Tienes la osadía de ser impertinente conmigo? En momentos como éstos.

Debía medir mis palabras, ser respetuosa. Lo sabía. Aun cuando el señor Mobley dijera cosas sin sentido y me mirase como si quisiera degollarme.

—Me parece que no me ha interpretado bien. Sólo pretendía decir que la policía opina que quien lo haya hecho tenía motivos para ir a por Wilton. No se trataba de cómo vivía, ni de dónde o con quién vivía. Yo soy de la misma opinión. Pero ahora eso da igual. Sólo quería decirle cuánto lo siento. Y ofrecerme a ayudarles en el servicio religioso si les

viene bien.

–¿El servicio religioso? No vas a asistir a ningún servicio religioso.

–¿No puedo ir? ¿Por qué?

–No participarás en nada de esto. Quédate en el norte de la ciudad con esos gamberros.

Dios mío. Así que aquel torso ensangrentado y amarrado a una silla sería la última imagen que me quedaría de Wilt. Qué horror, me dolió tanto que casi tuve que doblarme en dos.

–Está bien –dije–. Olvídense del funeral. Pero ¿no quiere por lo menos que le hable de cuánto apreciábamos todos a Wilt?

–No quiero oír ni una puñetera palabra. ¿Qué me vas a contar? ¿Las montañas de marihuana que fumabais en esas fiestas degeneradas que celebraba Wilt? ¿Vuestras actividades delictivas? Sé todo lo que necesito saber de vosotros. Pensáis que la justicia se impondrá por la fuerza de las armas. Preferís hacer el tonto en lugar de arrimar el hombro. Queréis echar por tierra todo lo que levantamos con sangre y lágrimas.

Sangre y lágrimas. ¿De dónde procedía aquella florida retórica? Sus maneras oscilaban entre las de un húsar entrechocando los talones y las de un predicador de pueblo. Debía de llevar esperando mucho tiempo para soltar aquel rollo a alguien.

Me sentía como una olla a presión, a punto de estallar de rabia.

–Señor Mobley, no sé de qué me está hablando.

–Y un cuerno. Haraganes andrajosos, viviendo en el North Side con la peor clase de gandules blancos decadentes. No tenéis la menor decencia, ni más moral que el ganado. Dios sabe de dónde habéis salido.

Muy bien. Hasta ahí habíamos llegado.

–Yo he salido de un lugar donde me enseñaron a comportarme con un mínimo de amabilidad y buenos modales.

–Eso salta a la vista –dijo Hope Mobley, entrando en la sala–. Discúlpame por haberte hecho esperar. Siéntate, por favor.

Mobley se volvió hacia ella, furioso por aquel ofrecimiento, pero su mujer se limitó a sacudir la cabeza.

–Tu forma de proceder no mejora nada las cosas, Oscar. Vete a algún otro sitio. Vete arriba.

–En esta casa no queríamos ni ver a Wilton –bramó el marido–. ¿Por qué voy a tener que recibir a una amiga suya?

Su mujer volvió a mover la cabeza.

–Ve arriba –dijo suavemente– y no te dejes ver. Te sentirás mejor.

La señora Mobley bajó la mirada y aguardó a que saliera.

Wilt decía a veces que su padre era un cretino presuntuoso. Entendí muy bien por qué; lo cual no me impedía compadecer a ese hombre severo con el corazón destrozado.

–¿Me disculparás...? Perdona, ¿cómo has dicho que te llamabas? –preguntó Hope.

–Cassandra.

–¿Me disculparás, Cassandra, si no te ofrezco nada para tomar?

–Cómo no.

–Sí, se nota que has recibido una buena educación. Sabía que lo comprenderías.

–Sí, señora, lo comprendo.

En mis antiguas fantasías me veía derritiendo a los Mobley con mi simpatía y consiguiendo que hicieran las paces con Wilt. Iba a defender nuestras opciones: sí, queríamos librarnos de su supervisión y de sus valores morales; sí, estábamos hartos de la educación de alto coste que ellos respaldaban; sí, nos gustaba la idea de que nuestra familia fueran las personas a quienes escogiésemos y no las que nos impusiera la biología. Pero nada de eso significaba que no nos inspirasen respeto su generación y los sacrificios que habían hecho, la sangre y las lágrimas, por así decir. Iba a expresarme con la mayor elocuencia, a lucirme como nunca, la encantadora amigueta de Wilt, una niña tan bien educada.

–Sé que estoy molestándoles, señora Mobley. Tan sólo quería presentarles mis condolencias.

No es de extrañar que mascullara esas palabras. Estaba mintiendo. Al menos un poco. Sí, quería expresarles mi apoyo, pero a la vez buscaba información. Confiaba en que a la señora Mobley le quedaran ánimos para transmitírmela.

Repitió lo que le había dicho: «Condolencias». Y sonó como una melancólica pieza musical, algo de Scott Joplin.

–¿Se siente con fuerzas para escucharme un rato? –pregunté—. Después me iré.

–¿De qué se trata?

–Su marido me ha hablado de fiestas salvajes y de delincuentes. Como si Wilt hubiera estado haciendo algo malo y hubiese debido contar con la posibilidad de salir malparado. ¿Qué sabe su marido que yo no sepa?

–¿Qué importancia puede tener ya?

–La tiene. Comprendo que esté tan afectada como para no querer pensar en esas cosas ahora. Pero a mí me importa.

Me miró con detenimiento, quizá viéndome por primera vez.

–¿Conocías a la chica con la que vivía?

–Mia. Sí.

Vaciló y yo me precipité a añadir:

–Era una buena persona. Wilt estaba feliz con ella. Créame.

–Bueno, es un consuelo. De acuerdo, te voy a contar de qué estaba despotricando Oscar, por si te sirve de algo. Mi padre tenía una casa en Kent, Michigan –dijo—. Está junto al lago. Solíamos veranear allí. Cuando murió mi padre, heredé la propiedad. No hemos ido por allí muy a menudo, al menos durante estos últimos años. Un hombre del pueblo se encarga de ir a echarle un vistazo de tanto en tanto. Hace algún tiempo, mi marido recibió una llamada suya. Se había fijado en que de vez en cuando había coches aparcados en la finca. Daba la impresión de que alguien la estaba usando con frecuencia y quería saber si aún tenía que entrar para revisar las tuberías.

»Como es natural, no sabíamos de qué nos estaba hablando. En un principio pensamos que nos estaban robando. Pero Oscar habló con Wilton y logró que reconociera que

había sido él quien había estado usando la casa. Llevaba allí a sus amigos para... bueno, puedo imaginarme para qué. Doy por hecho que tú no eras una de las invitadas.

—Por supuesto que no —dije. Ni nadie que yo conociera.

—Oscar montó en cólera. Wilton prometió no volver a hacerlo. Pero cuando Oscar fue a comprobar si había cumplido su palabra, encontró pruebas de que nos había mentado. Era evidente que allí había habido alguien. Oscar perdió la paciencia. Le dijo a Wilton que si volvía a ir a la casa una sola vez sin su permiso, haría que lo detuvieran.

—¿No es eso demasiado duro?

—He dicho que encontró «pruebas» porque fue la palabra que empleó Oscar. Y no se refería solamente a platos sucios ni a restos de unos cuantos cigarrillos de marihuana.

—¿Qué más encontró?

—No lo sé. No quiso comentarlo conmigo. Sólo sé que Wilton y él se pelearon como animales salvajes por ese motivo. Yo supuse que las aguas volverían a su cauce igual que cuando tuvieron problemas en el pasado.

—¿Qué problemas? ¿Venderles hierba a sus compañeros de instituto?

—Sí. Oscar tuvo que rescatar a Wilton. Pero el asunto de la casa de mi familia era completamente distinto. Sólo sé que mi marido ha estado desbarrando estas dos últimas semanas, diciendo cosas que yo no entendía.

—¿Cómo qué?

—Que era la última vez que libraba a Wilton de caer al abismo. Que su conducta estaba poniendo en peligro su trabajo de abogado y su reputación. Llegó incluso a decir que si Wilton no cambiaba de forma de actuar, lo...

—Lo mataría —apunté.

—Exacto. Lo mataría. Lo dijo como cualquier padre lo ha dicho alguna vez. Sólo que ahora... en fin, ahora lo lleva clavado en el corazón. Ya has visto cómo le ha afectado. Y a mí.

—¿No tiene alguna idea de sobre qué discutieron? ¿De lo que encontró en la casa el señor Mobley?

—No. Se niega a contármelo.

Pues no te digo las posibilidades que había de que me lo contara a mí.

—¿Se le ocurre algo más? ¿Enfrentamientos con otras personas en el pasado? ¿Le ha amenazado alguien alguna vez? ¿Alguna posibilidad de que su muerte esté relacionada con los asuntos de su marido, o incluso con los suyos?

—No, nada de eso.

—¿Está su marido presionando a la policía para que descubra quién mató a Wilt?

—Sí, Oscar está tratando de apretar las clavijas a unos y a otros. Una manera más de apaciguar sus remordimientos. Aunque dudo que haya asustado a nadie. Está derrotado. Ha sido necesario esto para derrotarlo.

—Imagino que su marido no está acostumbrado a que lo derroten.

Torció los labios espasmódicamente.

—No —dijo—, claro que no.

Caramba. Con todo lo que me había contado Wilt sobre lo desgraciados que eran en su

casa, seguro que se había quedado cortísimo.

Hope me acompañó a la puerta poco después.

–Una cosa más –dije–. Dos, en realidad. ¿Tenía Wilton un amigo llamado Alvin? ¿O ha mencionado su marido ese nombre?

–No. ¿Quién es?

–No estoy segura. Por último: parece que pronto dejaremos el piso. Si quiere, me encargo de que les envíen las cosas de Wilt.

–Te lo agradezco mucho. A mí también me gustaría darte algo para que lo recordaras. Tengo fotos preciosas de hace años. Pero no creo que a Oscar le sentara bien.

–No tiene importancia.

No me gustó que esa frase quedara suspendida entre nosotras. No quería que fuese lo último que le dijera. Quería decirle que no necesitaba fotos de Wilton, que antes me moriría que olvidarlo. Mientras trataba de idear una manera bonita de expresarlo, la puerta se cerró tras de mí.

Observando de cerca el musgo denso y cuajado de hielo que cubría la fachada, descubrí unas minúsculas lucecitas navideñas entretejidas con el verdor. Pero, naturalmente, ahora las tenían apagadas.

Volví al coche. Viendo que tardaba en montarme, Sim clavó la mirada en mí, a la espera, sin decir nada.

Estaba pensando en el apacible pueblo de Kent. Una de esas poblaciones elitistas, como Martha's Vineyard, donde a principios de siglo habían establecido un enclave algunos negros adinerados. Las casas fueron transmitiéndose de generación en generación.

Pruebas. Lo que Oscar Mobley había encontrado en la casa, fuera lo que fuese, le había hecho entrar en barrena, estaba claro. Y en cuanto a los supuestos amigos de Wilton que se corrían juergas allí, ¿quiénes eran? De la comuna no había invitado a nadie, eso seguro, ni siquiera a Mia. Sin embargo, no me sentía sencillamente discriminada; me sentía traicionada. Un secreto más del que no me había hecho partícipe.

Qué duro. Tenía que digerirlo. Había dicho que estaba dispuesta a afrontar la verdad, sin importar lo que saliese a la luz. Y aunque en su momento no lo hubiera dicho de corazón, ahora sí era cierto.

Jack Klaus había insinuado que Wilton tal vez hubiera tangado a algún contacto del mundo de las drogas. Eso no colaba. Pero sabía quién podía haber hecho algo así: Barry Mayhew.

Oscar Mobley había descubierto que algo olía a podrido en la casa de Kent, y no sólo eran los platos sucios. Pero puede que quienes iban por allí no estuvieran de fiesta. Quizá estaban tramando algo. *Una vida mejor mediante la química*. Mi querida generación se había tomado a pecho ese eslogan. Buscabas un lugar remoto y ponías a trabajar a un par de estudiantes de química brillantes. Se podía ganar una fortuna. Era una posibilidad más. Aquello también sonaba a Barry. Tal vez había sido el miembro de la comuna que sí había sido invitado a Kent.

Abrí la puerta del coche. No la trasera, la del lado del copiloto. Sim no hizo preguntas, excepto:

—¿Adónde vamos?

3

El sol de invierno se reflejaba en los edificios de viviendas de lujo de Lake Shore Drive. Para no ponerme demasiado sentimental, diré que a veces el puñetero lago Michigan puede emocionarte muchísimo. Pero esa majestuosa extensión de agua no es acogedora. Interminable, de un azul helado, tiene un aspecto implacable, funesto.

—El lago es increíble, ¿verdad? —dije—. ¿Te sientas alguna vez a mirarlo?

—No.

Yo contemplaba el agua; Sim, la carretera.

—¿Conoces la Skip's Tavern, en Indiana? —pregunté mientras pasábamos de largo la salida de la calle Veinticinco.

—Ajá.

—¿Te apetece tomar una copa conmigo en Skip's?

—No lo veo claro.

—Por Woody, quieres decir. Te permite descansar de vez en cuando, ¿no?

—Sí, hago mis descansos. Pero no para beber.

—Entonces comamos. Podríamos ir a Champ's y pides algo de comer. Invito yo. ¿Te gustan las costillas que preparan?

—No están mal.

Encontré espacio para aparcar en Forest Street. Me perseguía el cenizo.

Cuando Sim se apeó del coche, dio la impresión de que iba saliendo por partes. Un pecho inmenso, muslos como columnas, pies tamaño canoa dentro de unas botas marrón oscuro.

—¿Ves la manzana siguiente? —le dije—. Yo nací allí. O muy cerca. El caso es que viví allí, con mi abuela.

Asintió con la cabeza.

En la mesa de formica que conseguimos, Sim se empapeló la almidonada pechera amarilla con servilletas y atacó animosamente las costillas. Me maravilló lo remilgado que era comiendo: ni una gota, ni una salpicadura de salsa de barbacoa en su ropa. Yo pedí un budín de plátano, dos o tres millones de calorías como mucho.

No me preguntó en ningún momento por qué tenía tanto interés en invitarle a comer. Imagino que sabía que algo andaba buscando. Mientras él comía, me levanté y fui a hablar con la camarera y con el cocinero encargado de las frituras. Sim tampoco me preguntó por qué lo hice.

—¿Cuánto tiempo llevas con mi tío? —dije al volver a la mesa.

—Desde julio.

–¿Te gusta trabajar para él?
 Emitió un gruñido.
 –Sim. ¿De qué nombre viene? ¿Simmons?
 –Mi madre me puso Simpson.
 –Sim, ¿te importa que te haga unas preguntas personales?
 Parpadeó unas cuantas veces, pero no respondió. A pesar de eso, insistí:
 –¿Tomas alguna droga?
 –¿Tengo pinta de yonqui?
 –No hablo de eso. Me refiero a la hierba, el chocolate, la coca.
 –¿Para qué lo quieres saber?
 –Tengo mis razones. Y no te preocupes, no le diré nada a Woody.
 –Me gusta ponerme. ¿A quién no?
 –Cuando compras algo, ¿te lo pasa alguien de por aquí?
 –¿Quieres pillar? Para eso no hacía falta que me invitaras a unas costillas.
 –No necesito... –me interrumpí—. En realidad, sí. Eso es lo que quiero: pillar. ¿Puedes presentarme a tu camello?
 Había acabado metódicamente las costillas antes de pasar a las patatas fritas. Ahora estaba dando cuenta de ellas mientras se lo pensaba.
 –¿Y si se entera tu tío? Adiós a mi trabajo.
 –No se enterará. Me hago responsable de todo.
 –Vale.
 –¿Puedo hacerte otra pregunta? Has estado en la cárcel, ¿verdad?
 Se estaba limpiando la cara con una toallita húmeda de papel, que se veía minúscula en su manaza.
 –¿Dices que te criaste por aquí? –Sí.
 –Los de este barrio sois unos cabrones metomentodo.

4

Caminábamos rodeando los montones de nieve sucia. –Tu camello –dije–, ¿es un chaval que trapichea en la calle? –No compro a chavales.
 –Bueno, no te cabrees. Así que tu camello está un poco más arriba en la cadena. ¿Trabaja para un tío que se llama Henry Waddell?
 Ahora no fue una de sus típicas miradas impasibles la que me dirigió.
 –¿Trabaja para él? –repetí.
 –Cuando se vende algo en el South Side, Henry Waddell anda por medio casi siempre.
 –Eso significa que sí. Tu camello trabaja para Waddell. Aun cuando sea indirectamente.
 –¿Aun cuando qué?
 –Digo que puede que tu camello no reciba directamente órdenes de Henry Waddell,

pero al final Waddell termina sacando tajada.

–Y que tú lo digas. Pero ¿cómo lo sabes?

–No soy tan tonta como parezco, Sim.

–¿Quién ha dicho que eres tonta?

–No estoy tan fuera de onda, entonces. No soy lo que parezco. Me has tomado por una negrita universitaria que vive en la zona norte y no se entera de las movidas que hay aquí, en el sur. Pero en realidad conozco personalmente al famoso señor Waddell.

–Sí, claro, te creo.

–Es verdad, lo conozco.

No era momento para entrar en detalles, pero ese mismo año había conocido al jefe del narcotráfico del South Side. Waddell se presentó de improviso en el hospital donde estaba ingresada mi tía Ivy, al borde de la muerte. En un abrir y cerrar de ojos, Woody y él empezaron a desollarse mutuamente. Estaba claro que se odiaban, y enseguida se vio que su enemistad se remontaba a épocas muy anteriores a mi nacimiento. No dejé en paz a Woody hasta que me contó algunas cosas sobre Waddell: que era un hombre sin moral y muy bien situado en el hampa. Pero de su relación personal, una historia que no debía de tener desperdicio, no dijo ni mu. Ivy desempeñaba algún papel en ella, eso seguro. ¿Un triángulo amoroso? ¿Secretos llevados a Chicago desde algún lugar del sur? No tenía ni idea.

–Ya te hablaré de Waddell en otro momento –dije–. Ahora dime cómo se llama tu camello.

–Jones.

–Vaya, qué nombre tan raro. Muy original.

Sim se detuvo y estiró el brazo para que yo hiciera lo propio.

–A este tío no vayas a hablarle así –me advirtió.

–¿Cómo?

–Diciendo su nombre a gritos o cualquier gilipollez. No le va a hacer ninguna gracia.

Fue una amonestación oportuna.

–De acuerdo.

Jones tenía su centro de operaciones en la trastienda de una barbería. Los cuatro sillones estaban ocupados. Tres peinados afro y un rapado al cero en marcha.

Esperé en la barbería, hojeando un prehistórico número de la revista *Life*, y dejé que los cuatro barberos me dieran un repaso visual mientras Sim iba a la trastienda a pillar. Yo no sólo quería que me comprase hierba; en realidad, no quería la hierba para nada. Lo que necesitaba era la dirección de Henry Waddell.

Mientras esperaba a Sim, estuve dándole vueltas por enésima vez a mi destino sexual. Cuando me gustaba un hombre, yo no le gustaba a él. Pero los tíos en los que ni me fijaba se obsesionaban conmigo. En la barbería había ocho hombres. Los más jóvenes me habían echado un vistazo rápido y se habían olvidado de mí. Los mayores y hechos polvo me devoraban con los ojos. Temí que uno de los viejos verdes con bata de barbero hiciera a su cliente una autopista por en medio del pelo con la máquina de afeitar.

Entonces apareció Sim en el umbral y me llamó por señas.

El sentido del humor no parecía ser el punto fuerte de Jones, desde luego. Pero se rió cuando le pregunté si podía indicarnos cómo ir a la casa de Waddell. La risa cesó cuando dejé caer el nombre de mi tío Woody. Finalmente se avino a llamar a Waddell y me pasó el teléfono. Le dije al jefe de voz ronca que le agradecería mucho que me dedicara unos minutos.

No, dijo él. Al revés. Él me agradecería que yo le dedicara unos minutos.

5

La casa estaba en la calle Ciento Siete, junto a la avenida St. Lawrence. Una mansión con dos mortíferos pastores alemanes muy bien cuidados tras la verja del jardín delantero. Dejé a Sim fumándose un Newport en el Lincoln.

Waddell me cogió del brazo y me condujo a través de un enorme salón donde todos los sofás, sillas y lámparas, de color azul turquesa, estaban cubiertos con plástico transparente. La estancia parecía congelada en el tiempo y, como correspondía, era fría. El aire helado se nos metió hasta los huesos mientras la cruzábamos.

–Esto es un auténtico placer –dijo Waddell–. Ahora que me he hecho viejo, no recibo muchas visitas de jóvenes guapas.

Me reí con coquetería, como si me tomara en serio el piropo.

Ví a un joven en la cocina. Tenías las cartas de un solitario desplegadas sobre la mesa y un revólver negro a cinco centímetros del as de diamantes. Waddell no nos presentó.

Nos sentamos en una sala espaciosa al fondo de la casa. Daba la impresión de estar más habitada y tenía la calefacción en marcha. Waddell me ofreció una copa de una botella de cristal tallado de cuyo cuello colgaba una cadenita con una etiqueta de plata: WHISKY. Había otras idénticas que contenían bourbon, ginebra y demás surtido. Dije que tomaría lo mismo que bebiera él.

Waddell se quedó de piedra al enterarse que vivía en el piso de hippies del North Side donde habían matado a dos chicos.

–¿Qué haces en un sitio así? ¿Te deja Woody vivir ahí?

–Nunca le ha gustado.

–Lo que me extraña es que no te haya sacado a rastras.

–Le falta un pelo para hacerlo –dije–. Pero hemos hecho un trato. Le he prometido que me iré en cuanto averigüe... en cuanto la policía averigüe quién los mató. Lo que pasa es que van muy desencaminados. Están tratando de inculpar a uno de nuestros compañeros de piso. Y yo estoy tratando de resolverlo de otra forma. No sé nada más. Ya se demostrará si estoy en lo cierto o me equivoco.

–¿Por qué? ¿Por qué estás haciéndoles el trabajo?

–Porque el chico al que mataron significaba mucho para mí.

–¿Era tu novio?

–No. Pero me parecía un tío genial.

Me parecía. Lo había dicho en pasado. Comprendí de pronto cuánto me había distanciado de Wilton en pocos días. Quizá fuera porque al fin había asimilado que estaba muerto y lo había perdido para siempre. Pero creo que había algo más. Aceptar su muerte suponía reconocer cuánto se había alejado de mí. Y lo que me había llamado la atención en aquel momento era cuantísimo me había alejado yo de él. Qué curioso que de todos los amigos y desconocidos con los que había hablado, tuviera que ser Henry Waddell quien diera pie a esa reflexión.

—Además hay otro motivo por el que les estoy haciendo el trabajo, como usted dice. La policía nos está mareando. Están jugando a algo.

—¿Qué quieres decir? ¿No están esforzándose realmente en encontrar a quien mató al chico?

—No sé qué quiero decir exactamente. Sólo sé que están en ese plan. Por eso he venido a verlo.

Abrió los ojos como platos.

—¿Qué demonios tengo yo que ver con todo esto?

—Bueno, ya sabe que vivíamos en grupo. Teníamos una comuna.

—Sí. De negros y blancos, ¿verdad?

—Eso es. Uno de los chicos es el sospechoso detrás del que anda la pasma... Dan. Luego hay un tío mayor que nosotros. Se llama Barry Mayhew. Es blanco. Tengo motivos para pensar que pasa mucho tiempo en el South Side, en nuestro viejo barrio. Y es que le gusta la comida de Champ's. Es cliente habitual. Pero también creo que la mercancía que vende se la compra a alguien del barrio. En estos tiempos, hay mucho mercado para esa mercancía. Todo el mundo la consume.

—Mercancía —dijo—. Hum —encendió un puro, tomándose mucho más tiempo del necesario.

No esperé a que hablara.

—No me interprete mal, por favor —continuó—. No he venido a inmiscuirme en sus negocios ni a implicarle de ninguna manera. Sólo que he llegado al convencimiento de que Barry Mayhew tiene algo que ver con los asesinatos. No, déjeme decirlo de otra forma. Ni loca imaginaría a Barry torturando y matando a alguien. Al menos, no con sus propias manos. Por otra parte, tiene una coartada para el momento en que se cometieron los asesinatos. Pero creo que sabe más cosas que el resto de nosotros... sobre los asesinatos y sobre Dan, e incluso puede que sobre lo que la policía se trae realmente entre manos.

Se reclinó en su butaca y dio una dilatada calada al puro.

—Parece que andas sobre una buena pista. Sí señor, a Woody no podía salirle una chica tonta. Pero ¿qué tiene que ver todo esto conmigo?

—¿Puede decirme, querría decirme si conoce a Barry Mayhew? ¿Le compraba la mercancía a alguien relacionado con usted? ¿Y estaba también metido en el negocio Wilton Mobley? No le pido nada más.

—Me gustaría echarle un cable. Por respeto a tu tía y a tu tío. Pero lo único que puedo contarte es cómo funcionan estas cosas según las veo yo.

–Con eso me basta.

–En el negocio del que me hablas, hay un gran jefe y, por debajo de él, montones de subalternos. El mandamás siempre tiene muchas cosas en la cabeza: tratos que cerrar, personas influyentes a las que ir a ver, engranajes que hay que ajustar por toda la ciudad. El mandamás controla mucha pasta y todo el mundo quiere llevarse algo. Y el jefe no se puede permitir ser demasiado egoísta. Para recibir, tiene que dar.

»Pero el trabajo pesado se lo deja a los subalternos de la compañía. Una especie de intermediarios que tienen su propia clientela. Un chaval blanco que hace negocios en la zona norte probablemente venderá esa porquería de laboratorio que te altera la mente. Pero es muy posible que tenga un proveedor de otras sustancias en el South Side.

»¿Y sabes qué más puede suceder? Que el chaval blanco llegue a creerse que es mucho más listo de lo que es. Que se deje llevar por la codicia y trate de pegársela a alguien. O incluso que trate de salir de algún atolladero con la policía pringando a uno de los intermediarios. Todo es posible, ¿sabes?

–O sea que el gran jefe no conocería a un pelagatos como Barry Mayhew –concluí–. ¿Es eso lo que me está diciendo?

–Puede que lo haya oído nombrar alguna vez, pero sería incapaz de distinguirlo de cualquier otro fulano. Y con respecto a ese Wilton, el amigo tuyo al que mataron, lo más probable es que el jefe no haya sabido nada de él hasta que vio en las noticias que lo habían matado junto a una chica blanca en Armitage. Si crees que hacía negocios con la compañía, ya puedes ir olvidándote de eso.

–Comprendo. Todo lo que me ha dicho es muy razonable, señor Waddell.

–Hum. Suponía que lo ibas a comprender –levantó mi vaso de whisky con soda, que seguía lleno–. Por lo visto, no tienes mucha sed.

–Estoy bien. Me lo voy tomando poco a poco.

Riéndose entre dientes, me dijo:

–Y, ahora, confíesalo. Seguro que Woody no tiene ni idea de que estás aquí. ¿Estoy en lo cierto?

–Sí.

–Ya lo sabía yo. Tal como quedaron las cosas entre nosotros, si se enterase de que he recibido en casa a su chica, probablemente te dejaría medio muerta de una paliza y amenazaría con matarme.

–Quizá. Pero no lo veo muy asustado.

Le vi retorcerse de risa y, de pronto, ponerse pensativo, moviendo la cabeza.

–Sí –dijo–, nuestro querido Woody se quedaría noqueado si supiera que te he facilitado informaciones que él no puede darte.

–¿Qué pasó entre Woody y usted? –pregunté entonces.

–¿De quién pretendes burlarte, hija? Si Woody quisiera que lo supieses, ya te lo habría contado.

Había llegado el momento de irme. Le di las gracias a Waddell y me levanté. Vi que me miraba más o menos como me habían mirado los carcamales de los barberos.

–¿Sabes que te pareces un poco a tu madre? –dijo.

–¿Qué?

–He dicho que tienes un aire a tu madre. Era una mujer magnífica, te lo digo yo.

Ese comentario me dejó pasmada.

–¿Conocía a mi madre?

–Pues claro que la conocía. Y a tu tío Hero, el que murió. Y conocía a tu abuela Rosetta. Sé montones de cosas de tu familia.

Puso una expresión con la que pretendía intrigarme. Y lo consiguió.

–Pues entonces me lleva ventaja –dije–. Cuénteme algo más que sepa de ellos.

Se limitó a reírse, y su boca se abrió como una herida.

–Pásate a verme en cualquier momento –dijo–. Ya te he dicho que me encanta la compañía femenina.

6

Cuando quieres encontrar seis pares de calcetines por un dólar con cincuenta, o comprar un mazo de bolígrafos Bic por poco más, hay que ir al mercadillo de Maxwell Street. La gente pobre de todos los rincones de la ciudad acudía allí en masa para regatear con los vendedores callejeros y llevarse prendas de bebé, sujetadores con defectos de fábrica, falsos relojes suizos o cortinas de ducha. A los negros se les caía la baba con las salchichas polacas y los perritos calientes de los puestos del mercadillo. Maxwell Street no era más que el nombre fino de ese bazar de un siglo de antigüedad. Yo crecí oyéndolo llamar la ciudad judía. No sé quién acuñaría ese grosero ejemplo de antisemitismo, pero era un nombre que venía de antiguo y todo el mundo lo empleaba.

Tras sólo unos segundos de deliberación, hice la llamada. Me extrañó un poco que Jack Klaus me citara en Maxwell Street. Entonces me explicó que iba a tomar un bocado en Harry's, la estrella más rutilante de la galaxia de delicatessens de ese barrio.

Lo encontré limpiándose una mancha de mostaza de la comisura de la boca. En su plato había un descomunal sándwich de carne de vaca ahumada y una patata rellena y rebozada que habría bastado para dar de comer a toda la Legión Extranjera.

–Siéntate. ¿Tienes hambre? –preguntó.

–No. Necesito hablar con usted. ¿Está comiendo solo?

–Como casi siempre. A veces pesa un poco la soledad. Si mal no recuerdo, una vez rechazaste una invitación mía.

–Hoy se le ve de buen humor, detective Klaus. Está travieso.

–Ah, olvidaba que contigo hay que tomárselo todo muy en serio. ¿Tienes alguna emergencia?

–Quería usted que le hablara de Barry Mayhew. Bueno, ahora tengo algo que contarle sobre él.

–Conque ahora estás dispuesta a delatarlo, ¿es eso?

También estaba dispuesta a pegarle un bofetón a Jack Klaus. Pero reprimí el impulso y

pregunté si podía tomarme una gaseosa.

–Barry no ha vuelto por casa desde ayer por la mañana. No sé dónde está ni qué ha sido de él. Pero creo que ha encontrado a Dan Zuni, y me temo que los dos pueden estar en grave peligro.

–¿Ah, sí?

–Sí. Ayer por la tarde vi a Barry, poco después de hablar con usted. Iba conduciendo el Volvo de Dan.

–Muy interesante –dijo Klaus, moviendo la cabeza con gravedad.

–¿Ha oído lo que le he dicho? Iba al volante del Volvo de Dan. Creía que estaban buscando ese coche.

–Continúa.

–Tenía usted razón; vende hierba, y alguna que otra cosa. Se cree muy listo y le gusta tratar a los demás como si fueran gilipollas. Pero ahora me parece que se ha pasado de la raya, anda con una gente muy poco recomendable. A veces Barry resulta cargante, pero no quiero que le pase nada. En cualquier caso, estoy mucho más preocupada por Dan.

–No lo dudo.

–¿No lo duda? ¿Qué demonios es esto? No está escuchando lo que le digo, ¿verdad?

–Claro que sí. Ya puedes dejar de preocuparte por Dan Zuni.

El corazón me dio un vuelco. Pensaba que aquel cerdo sádico iba a decirme que ya no tenía que preocuparme por Dan porque había muerto.

–El señor Zuni está sano y salvo. Lo hemos cuidado bien.

–¿Que lo han cuidado?

–Estaba detenido desde la noche de los asesinatos. Pero lo han soltado hace unas horas.

–Es usted un hijo de puta –se me saltaron las lágrimas–. ¿Dónde está?

–No lo sé. Pero ya es un hombre libre.

Se me escapó un sollozo. Imagino que eso le llegó al corazón, si es que lo tenía.

–No te lo podía decir, Cass. No podía. Además, había razones para detenerlo.

–¿Qué razones? ¿De quién?

No respondió.

–Bolas de la policía. Ésas eran las razones, ¿verdad? Dios mío, ya sabía yo que estaban actuando de una forma absurda.

–Yo no tengo nada que ver con cómo se está llevando el caso. Lo único que podía hacer era protegerte un poco, hasta donde tú me dejaras. Aún no estoy en condiciones de contarte por qué se hicieron así las cosas.

–Oh, no se preocupe. Estoy convencida de que tenía motivos de peso para meter en la cárcel a un hombre sabiendo que no había hecho nada malo.

–Oye, ya te lo he dicho. No fue decisión mía.

–Vale, no lo hizo usted personalmente. Fue ese cerdo de Norris quien lo decidió. Pero sabía que Dan era inocente, ¿verdad?

–Quizá.

–Y ahora lo han soltado porque *no les quedaba otra*. Es evidente. Debe de haberse

cumplido el plazo legal de retener a un sospechoso, incluso a un sospechoso de asesinato, ¿no?

–Sí.

–¿Y qué hay de Barry? ¿Cómo encaja en toda esta mierda?

–Lo único que sé de Mayhew es que le iba a caer una condena importante por narcotráfico. Los de narcóticos llevan algún tiempo utilizándolo.

–Quiere decir que es un soplón.

–Eso es.

–¿Y de quién da chivatazos? ¿O a quién se los da?

–A mí no.

–Ya, ya. Usted está completamente al margen. Tiene las manos limpias. Caray, hay que ver cómo es. ¿Cómo coño se aguanta a sí mismo?

–Corta el rollo, Cassandra. Estoy harto de que me hables así. Hago mi trabajo y trato de cumplir con las personas con las que estoy en deuda. Como Woody. Tú y tus amigos frikis odiáis a la policía. Mira qué lástima. Pero ¿sabes qué? No vas a avergonzarme por hacer lo que hago. ¿Entendido? Sólo he intentado mantenerte a salvo. Y así me lo agradeces.

Solté una risotada.

–¿Dónde está la maldita gracia?

–Ay, Klaus, la próxima vez que vaya a protegerme, no se olvide de advertírmelo, haga el favor. Contrataré a un guardaespaldas. Si hubiera dependido de usted, ya estaría bajo tierra.

–¿Qué habéis hecho para sentir os tan superiores? Ah, sí, vais a parar la guerra. ¿Cómo pensáis lograrlo?

–Que le den por culo –me levanté como un rayo, y estuve a punto de volcar la silla.

–Te mereces unos buenos azotes, Cassandra.

–¿Ha oído lo que le he dicho, Jack? Que le den por culo.

7

–¿Lo sabías?

–Woody no es duro de oído –intervino Ivy–. Te sugiero que bajes la voz.

La bajé hasta un chillido ligeramente más discreto.

–Dime la verdad, Woody. ¿Sabías que ya habían cogido a Dan?

–No, hija. No sabía que lo habían cogido. Y como vuelvas a llamarme mentiroso, te vas a arrepentir en el acto.

–No te he llamado mentiroso –al menos, no literalmente. Sólo había dicho que no le creía.

Mi tía me sujetó por los hombros.

–Cassandra, estás demasiado excitada. Siéntate un momento a pensar. Acaban de

decirte que tu amigo está a salvo y, además, que lo han dejado en libertad. Es lo que querías, ¿no?

Me calmé un poco, pero me negué a sentarme.

–Es lo que quería, claro que sí. Pero no resuelve nada, Ivy. No despeja ninguna de mis dudas. La policía no está tomándose en serio esta investigación, no sé qué despropósitos está tramando. Y con esto volvemos a estar como al principio.

–No, no estás como al principio –dijo Woody–. Has hablado con la familia de Wilton. Acabas de llegar corriendo para contarnos lo que te ha dicho su madre. Esta mañana no disponías de toda esta información.

Tenía razón, debía reconocerlo. Y su gesto triunfal me ponía enferma.

–Ya sé que estás contentísimo pensando que de alguna manera Wilton no era trigo limpio, Woody.

–No estoy contento, hija –dijo–. Ni de lejos. Vamos a ver, ¿qué hay del tal Alvin? ¿Lo conocen los Mobley?

–No.

–Entonces aún tienes abierta esa línea de investigación. Indaga sobre él. No sabes quién es, tus compañeros de piso no saben quién es, los Mobley no saben quién es. ¿Qué te dice todo eso?

–Wilt no quería que lo conociéramos. Tenía motivos para mantener a Alvin apartado del resto de sus amigos.

–Es evidente –dijo Ivy–. Debe de ser una de las personas que iban a la finca de los Mobley.

–Encuétralo, quizá averigües lo que pasaba allí –añadió Woody–. O algo completamente distinto.

–Ambas cosas suenan bien –dijo–. Pero no tengo ni idea de cómo conseguirlo.

–Ya se te ocurrirá –dijo Woody–. Pero no vayas a hacer ninguna tontería. Deja que Jack te ayude en lo que pueda.

–No vuelvas a sacarla de quicio hablando de Jack, Woody –le amonestó Ivy–. Yo sólo ruego que la policía cumpla con su deber y lo haga deprisa. Quiero que todo esto termine antes de que a Cass le retuerzan el cuello.

Sí, estaría bien que lo resolvieran. Así podría volver a casa. A eso se refería Ivy.

No me quedé mucho tiempo más. Antes de irme, pasé a echarle un vistazo a mi antigua habitación, donde pronto volvería a estar instalada. Lo cual significaba que el intento de vivir por mi cuenta había fracasado. Iba a ser un paso atrás.

Los dos me acompañaron al ascensor. –Descansa –me advirtió Ivy–. Se te ve muy alterada. Y dile a Sim que espere hasta que entres en casa.

–Lo haré. Pero ahora nos sobra protección. Hay polis de uniforme dando vueltas por ahí a todas horas.

Me desplomé en el asiento a su lado y me quedé cavilando.
Sim esperó y esperó, y al final preguntó:
–¿Adónde vamos ahora?
Me volví hacia él.
–Enseguida te lo digo. ¿Te he dado las gracias por cómo me has ayudado hoy, Sim?
Quería dártelas.
–¿Qué haces... llorar?
–No. Sim, ¿tú que haces cuando estás furioso, y acabas de quitarte un peso de encima, y estás triste y... y todo lo que se te ocurra... todo al mismo tiempo? ¿Dónde buscas consuelo?
–No lo sé.
Metí la mano bajo su abrigo.
–¿No te gustaría abrazar a alguien?
–Sí, probablemente es lo que haría.
–No vayas a interpretarme mal. No digo que seas un simplón ni nada por el estilo. Pero seguro que no tienes por costumbre complicar las cosas cuando no hace falta.
–¿De qué hablas?
–O sea que si una mujer te dijera que está interesada en ti, sabrías cómo reaccionar, ¿verdad?
–Uh, uh.
–Y no tardarías seis meses en decir lo que fuera si sintieras algo por ella, ¿verdad?
–No.
–¿Te parezco fea, Sim?
–¿De dónde has sacado eso? A mí me gustas.
–Llevo una hierba con muy buen aspecto en el bolso. ¿Dónde vives?
–En el West Side.
Cielos. El paraíso de las pandillas juveniles.
–¿En qué parte del West Side?
–En Congress Parkway. ¿Es ahí donde vamos?
–Ahí es adonde vamos.

9

Compartimos la lata de Miller que tenía en el refrigerador.
–Éste es mi favorito –dijo, sacando de su funda un disco desgastado–. ¿Te gustan los Delfonics?
–No los conozco.
–¿Stylistics? Si quieres pongo ése.
–Tampoco sé quiénes son.
–Pero Smokey te gusta.

–La verdad es que no.

–Estás de broma. ¿Cómo es posible?

–Bueno, siempre ponían a los Miracles cuando los chavales bailaban agarrado. A mí nunca me sacaba nadie. Supongo que es una estupidez, pero no me gusta que me lo recuerden. Me sentía marginada.

–Estás zumbada, Cassandra. ¿Qué música escuchas?

–Hendrix. Y me gusta Beethoven. Y Cream.

–¿Quién?

–Pronuncia otra vez mi nombre.

–Cassandra.

Poco después, nos lanzamos a su larga y sencilla cama.

¡Qué pasote! Parecíamos dos ballenas apareándose.

Una vez, la tía Ivy me confesó que James Brown le daba un poco de miedo. A mí me gustaba, pero entendí lo que quería decir. Sin embargo, hasta esa noche no llegué a apreciar el gran calado de su uso de la repetición. En concreto, *baby, baby, baby*. Y lo mismo con *please, please, please*.

Me adormilé con el mastodóntico brazo de Sim encima. Soñé. Me desperté. Me quedé tumbada mirando el techo. Estaba desfondada, pero había tenido el intervalo de paz que buscaba desde el día en que oí el espeluznante alarido de Clea, cuando encontró los cadáveres de Mia y Wilt.

Le pegué a Sim un susto de muerte al incorporarme de golpe y saltar de la cama.

Descolgué mi bolso del brazo del sillón y lo volqué sobre la mesa de contrachapado en medio de la modesta habitación. Revolví como loca todas mis porquerías, buscando el símbolo de la paz de plata.

Algo para que lo recuerdes. La frase de Hope Mobley resonaba en mi cabeza. Ya tenía algo que me lo recordara. Al menos, eso creía yo.

Había cargado con las llaves de Wilton de aquí para allá desde el día después del asesinato. Al menos, eso pensaba.

En realidad, no las había vuelto a ver desde que aquel cabrón me atacó en casa. Tuve un recuerdo fugaz de mi destrozado bolso de lona, rasgado de punta a punta, y todo el contenido desparramado por el suelo. Ahora sabía exactamente qué iba buscando el intruso, qué había robado.

Me las había hecho pasar así de putas por las llaves de Wilton.

Sí, estaba claro. Las llaves que abrían una puerta, una caja fuerte, o lo que fuera... algo, en todo caso, que estaba dentro o cerca de la casa que se había ido transmitiendo de generación en generación de negros elitistas que veraneaban en Kent, Michigan.

Tan sólo faltaban unos días para Navidad. El Loop estaba abarrotado de gente que

hacía las compras navideñas.

–Estás guapa, Sandy.

Tuve que reírme. Qué típico de Dan Zuni decirte algo bonito en momentos así, después del trago que había pasado.

Tenía los ojos cansados, pero por lo demás no parecía un tío que había estado tres días entre rejas. Cliff y yo lo abrazamos con tanta fuerza que casi lo ahogamos.

Dan nos había llamado para contarnos que había salido de la cárcel, y para decirnos que estaba haciendo turismo con su abuelo, que estaba en Chicago por primera vez.

¿Haciendo turismo?

Eso es, dijo. Recién liberado de una detención por falsos cargos de doble homicidio, estaba enseñando a su abuelo el edificio Wrigley y la Milla Magnífica. Wilt tenía razón: Dan Zuni nos daba mil vueltas a todos.

Nos pidió que nos acercásemos a verlos al centro de la ciudad; iban a coger el autobús del aeropuerto delante del Hilton para embarcar en un vuelo a Tucson a media tarde.

–¿No vas a pasarte por la comuna para recoger tus cosas? –le preguntó Cliff.

–Ni loco, tío –dijo Dan–. Ahora mismo, las vibraciones del piso me hundirían. Pero podríais hacerme el favor de traerme el trípode.

No sólo le llevamos el trípode. Metí en una bolsa su disco de los Creedence, su Polaroid y la camiseta marrón que tanto le gustaba.

Dan nos presentó a su abuelo, una especie de doble de Dan con muchos años encima: recio, con ojos de ónice y facciones esculpidas en granito. No costaba nada imaginar a sus antepasados abriéndose paso por las colinas, pescando en los arroyos, adorando al sol. Yo desconocía la etiqueta; ante los ancianos indios no te inclinabas como ante los japoneses, pero un simple apretón de manos con aquella personificación de la historia no parecía muestra suficiente de respeto. Al parecer, Cliff había conseguido superar el temor reverencial hacia el abuelo Zuni, porque después de saludar a Dan, se volvió hacia el anciano y a él también lo abrazó.

En el bar del hotel rara vez se habría visto un grupo tan variopinto como el nuestro.

–No he estado en el talego del condado de Cook –nos explicó Dan–. Me detuvieron unos tíos con zapatos grandotes. Supongo que eran del FBI.

–¿Los federales? ¿Son ellos los que te han interrogado sobre los asesinatos? –pregunté–. ¿No ha sido un policía llamado Norris?

–No. Bueno, puede que él también. No recuerdo cómo se llamaban todos.

–Pero ¿por qué? ¿Qué querían de ti?

–Sobre todo me apretaron para que hablara de Wilt: lo que sabía de él y si me hablaba alguna vez de la revolución. Si tenía armas en casa. Chorradas de esas.

–Estás de broma.

–No, tíos, os lo juro. Me dejaban a solas mucho tiempo. Y siempre me daban de cena filete con patatas fritas. A mí que no me gusta la carne. Bueno, de vez en cuando está bien, pero prefiero unos espaguetis... o esas berenjenas que hacía Mia. Ése es mi plato favorito.

El planeta Zuni. Así llamaba Taylor al mundo de Dan.

–Da la impresión de que los payasos de la policía federal sólo querían encerrarte en alguna parte, retirarte de la circulación durante unos días. Y cuando lo consideraron oportuno, te soltaron.

–Ésa ha sido la jugada –dijo Dan–. Me devolvieron la Leica, pero se quedaron con la película.

El abuelo Zuni estaba atizándose su segundo Jack Daniel's y contándole a Cliff, que lo escuchaba extasiado, cómo vivía de joven en la reserva. Me bajé del taburete, cogí del brazo a Dan y lo llevé al aseo de caballeros.

Eché el pestillo una vez dentro, le tendí un porro –lo que más le apetecía, estaba segura–, y le pasé la caja de cerillas.

–Bueno Dan. Date prisa en contármelo antes de que entre alguien. Mia y tú.

Bajó la vista un instante y luego volvió a mirarme.

–Había un bebé en camino. Fue triste.

–Me lo imagino. Pero no me refiero a eso. Antes de eso. ¿Mia y tú estuvisteis juntos antes de que conociera a Wilton?

–Sí. Vivíamos en nuestra misma calle, en el edificio de enfrente.

–No me digas, ¿donde viven Crash y Bev?

–Sí. Durante casi dos años.

–¿Y Wilt lo sabía?

–Claro. Se lo tomó bien. Además, tenía derecho a saberlo.

–¿Y tú también te lo tomaste bien?

Sonrió.

–Quería a Mia. Y quería a Wilt. Y los dos juntos eran... –se le quebró la voz.

Fue un momento espantoso. Hasta entonces, había compadecido a Dan por cómo lo había tratado la policía. Pero me di cuenta de que debido a esa penosa experiencia, no le había dado tiempo a asimilar la pérdida de sus amigos. No había tenido tiempo para el duelo.

Carraspeó.

–Así que los encontraste tú, ¿no? Los viste... muertos.

Asentí con la cabeza y oí el sonido ahogado que emitió.

–Adelante –le dije–. Llorar sienta bien.

–No –respondió–. Ahora no.

Esperé largo rato para que dijera algo más.

–Ahora tengo que irme, Sandy –dijo al fin. Luego apagó el canuto en la suela de su zapato.

–De acuerdo. Sólo una cosa más. ¿Cómo llegó el Volvo a manos de Barry?

–Me pidió que se lo prestara un par de días. Para un trabajo, me dijo. Me pasó un poco de mescalina a cambio. Lo que quieras, le dije, cuando termines le llenas el depósito y ya está.

–Ah. Pues no es un gran misterio, ¿verdad?

Me besó en la frente.

–Dile que se lo quede.

–Si tengo la oportunidad.

–¿Si qué?

–Llevamos dos días sin verlo. Estoy pensando... bueno, ¿qué más da ahora? Se lo diré.

Con los ojos empañados por las lágrimas, Cliff y yo observamos cómo Dan y su abuelo buscaban asientos en el autobús.

–No nos olvides, tío –dijo a voces Cliff.

Dan hizo la señal de la paz. Y después levantó la Polaroid y apuntó. Nos sacó una foto.

Sábado

1

En cierto modo, añoraba Hyde Park. Con el frío, adquiría una belleza austera. Las calles del North Side eran mucho más ruidosas y sobre las casas no se alzaban árboles susurrantes como para protegerlas.

Pasé de largo junto a Toad Hall, la tienda de electrónica donde me había comprado una radio con el dinero que me dieron al cumplir los quince; y junto a Jimmy's Bar, el viejo garito beatnik donde por las noches se organizaban lecturas de poesía con acompañamiento de bongos; y junto a la librería de viejo donde volvía loco al dueño, el señor O'Gara, cuando tenía doce años.

Los sábados, Ivy y Woody siempre comían fuera, después de dar un paseo. Iban bien a Valois, en la calle Cincuenta y Tres, una cafetería con una larga barra de autoservicio, bien a Medici, un pequeño café donde los estudiantes de la Universidad de Chicago pasaban horas y horas leyendo y donde servían los «huevos revueltos espresso» y el pan italiano caliente que tanto nos gustaban a Ivy y a mí.

Los encontré en Valois. Tan popular entre los taxistas como entre los universitarios, los bibliotecarios y los jubilados, estaba de bote en bote y había mucho alboroto. Me abrí paso entre la multitud que había a la puerta y fui a sentarme a la mesa de mis tíos.

No, no, no, no quería nada de comer, les dije. Quería que me ayudaran. Era evidente, continué, que a Jack y a sus colegas de la madera les importaba un bledo quién había matado a Wilt. Ahora que había comprendido lo que significaban las llaves de Wilton, sabía que estaban relacionadas con los asesinatos.

–Cass, no puedes colarte en la propiedad de esas personas –dijo severamente Ivy.

–Ya lo sé. Pero tengo que idear la manera de echar un vistazo a la casa de Kent.

–Oscar Mobley no te lo permitirá, eso seguro –dijo Woody–. Has dicho que ni siquiera a su mujer le ha querido contar lo que encontré. ¿Qué piensas hacer? ¿Ir allí y entrar descaradamente en la casa con las llaves de su difunto hijo?

–No lo sé. Podría haberlo intentado. Pero ya no las tengo.

Yo pretendía escoger el momento adecuado para hablarles del intruso. Pero, por lo visto, el momento se me había echado encima.

–Mirad. Lo mejor será que os lo cuente. En casa ha habido algunos problemas... algunos problemas más.

A Ivy se le cayó la cuchara en el cuenco de sopa.

–Tranquilízate –dije–. Ya pasó todo.

–¿Qué problemas? –me interpeló Woody.

–Cuando llegué a casa de noche hace un par de días, había alguien esperándome. Me dejó fuera de juego y se largó con las llaves. No quería decíroslo porque sabía cómo ibais a reaccionar. Justo como estáis reaccionando. Pero no me hizo daño. Consiguió lo que quería. Las llaves. ¿No lo entendéis? Por eso se fue en cuanto las encontró en mi bolso. Por eso no ha pasado nada más.

Ivy apartó el cuenco de sopa.

–Ay, Dios. ¿No te preocupa nada tu seguridad, hija?

–Sí, Ivy, me preocupa. No eres la única que no quiere que me retuerzan el cuello.

Entonces me atreví a dirigir la vista hacia Woody, temerosa de su mirada.

–Tengo algo que decir –declaró–. Y sólo lo diré una vez. Sim te acompañará cuando vuelvas a casa. Y se quedará contigo hasta que te mudes. No voy a aceptar discusiones, ¿estamos? Si dices una sola palabra, y no digamos ya si tratas de negarte... me retiro. Me retiro de todo. Se acabó la ayuda. Se acabó la información de Jack. Se acabó el dinero. Se acabaron tus estudios. Todo. ¿Comprendido? –Sí.

¿Qué otra cosa podía decir? Había hablado Dios.

Desvié la mirada hacia el trío de policías que hacían cola en el autoservicio. Estaban escudriñando nuestra mesa mientras pedían unos inmensos sándwiches de lengua, sopa y postres con montañas de nata. Supe que volvía a nevar. Sus relucientes chaquetones azules estaban húmedos y los cuellos de imitación de piel de castor, resbaladizos y despeluchados. Los polis hambrientos iban a tener que esperar a que se vaciase otra mesa. Al tío Woody le quedaba mucho por decir.

–No te entiendo, Cass –dijo–. Alguna satisfacción debes de obtener llevando ese tipo de vida. Pero que me aspen si sé cuál es. ¿Qué significan esas personas para ti? ¿Por qué te quedas con ellos después del desastre que se ha montado? ¿Qué te han dado?

–Les gustaba mi forma de ser, Woody.

–Es la mayor estupidez que he oído en la vida –terció Ivy ásperamente–. ¿Por qué no dices la verdad? Sólo quieres estar a tu aire para portarte mal sin que te vigilemos. Prefieres fumar porquerías y revolcarte con hombres en lugar de aplicarte a la labor de recibir una buena educación y ocupar tu lugar en el mundo. ¿No comprendes, Cass, que te necesitamos? Los jóvenes como tú sois la única esperanza de nuestro pueblo.

Me quedé sin habla durante un instante. Wilton me había contado el meollo de innumerables sermones similares que había recibido de Oscar Mobley. La diferencia estaba en que a mí me faltaba coraje para dar una réplica ingeniosa.

Así que se suponía que debía devolver la esperanza a mi pueblo. Eso era mucho pedir, joder, y yo no daba la talla ni de lejos. La neurótica y bobalicona Cassandra encabezando la marcha hacia la gloria. Sin problemas. Estoy en la cima con Sojourner, Malcom y Booker T. Ellos también solían montar rabetas y esconder bajo sus camas grandes tartas de chocolate, ¿verdad? Y comían ácidos como si fueran cacahuets, ¿a que sí?

Al cabo de un rato, dije:

–Cuando termine esto, trataré de hacer mejor las cosas. Me aplicaré más. ¿Os parece

bien?

Los dos estaban apretando las mandíbulas y los dientes.

–Como he dicho antes, tengo que pedirlos un favor. Otro más. ¿Me harás ese favor, Ivy?

–¿Yo?

–Tú. Ayúdame por última vez. Y luego me esforzaré más en ser como tú quieres que sea.

–Ay, Cassandra, no te lo crees ni tú.

–¿Me haces ese favor?

–Sí, hija. ¿De qué se trata? Dímelo. Y luego márchate antes de que me vuelva loca.

2

Sim era una de las últimas personas a quienes habría imaginado encajando en el grupo de la comuna. ¿Y dónde iba a dormir? Tuve una visión fugaz de sus gigantescos pies colgando sobre el borde del sofá. Luego caí en la cuenta de que ya no estábamos escasos de camas. Podría ocupar la habitación abandonada por Annabeth, o la de Dan, o instalarse donde fuera salvo en la cama de Wilton y Mia. Eso habría sido macabro.

Me dejó en casa y luego se fue a la suya a por ropa y quizá un par de LP.

Antes de que me fuera de Valois, el venerable Woody me había brindado algunos sabios consejos más.

–Examina bien las pertenencias del chico –dijo–. A lo mejor tú te fijas en algo que a cualquier otra persona le pasaría inadvertido. Quizá tú seas la única para la que tenga algún significado.

Buena idea. Sólo que ya lo había hecho. La mayoría de las baratijas de la habitación de Wilt y Mia eran de ella; muñecas de los indios hopi, una esterilla de yoga, bisutería, cestos de costura, cosas así. Wilt apenas tenía nada salvo la ropa y la bicicleta de segunda mano que le había regalado el jefe de la tienda donde trabajaba.

El resto de sus efectos personales eran libros.

–Pues repasa sus libros –me aleccionó Woody.

No me pareció una idea brillante. Más bien, una estupidez. De todas formas, lo hice. No había nada que perder.

–Pero si están mezclados con los libros de los demás –señaló Cliff cuando requerí su ayuda.

–Sí, tienes razón –dije–. Pero eso no lo complica tanto como pudiera pensarse. Barry no tiene libros. Annabeth tampoco era una gran lectora. Dan sólo tiene libros de arte. Y los libros de Taylor están en el mirador. Con eso, quedan los de Wilt y Mia, los míos y los tuyos. Tú sabes cuáles tienes y yo también. Así el trabajo se reduce mucho, ¿no crees?

Se encogió de hombros y empezó a hojear los del estante de arriba. Encontramos

Alicia en el país de las maravillas, a I. F. Stone, *Las puertas de la percepción*, a Richard Brautigan, *Nueve cuentos*, a Eldridge Cleaver, Tolkien, Ken Kesey y *Dune*, a Adelle Davis, *Goodbye, Columbus*, a James Baldwin, Ross McDonald, *En el camino* y a Lao Tse. Nos fuimos pasando volúmenes muy manoseados, ediciones especiales de nuestra infancia. Pero no había mensajes crípticos en los márgenes, ni nada más interesante que una lista de la compra o el horario de un cine guardados bajo las tapas.

Unos doscientos cincuenta libros después, nos rendimos. Encendí la tele, esperando ver a Cronkite; el tío Walt, como lo llamaba Taylor. Tuvimos que conformarnos con la persona que estaba presentando las noticias del sábado. Las informaciones sobre Vietnam fueron tan cáusticas como siempre.

Mientras ponían los anuncios, me llamó la atención algo que había en la mesita del televisor. Una llamarada amarillo brillante sobre fondo negro. Era la ilustración de *Los condenados de la Tierra*. Le quité el polvo a la cubierta soplando encima y abrí el libro. Entre sus páginas había un papel blanco doblado. Lo desplegué y vi que tenía una especie de membrete: un par de aparatosos puños negros; uno con una granada de mano, el otro con una especie de cuchillo de monte; y, debajo, la palabra GIRO RADICAL en gruesas letras negras.

Se lo enseñé a Cliff.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Ni idea. Una invitación a una fiesta campestre no parece, desde luego.

Volví a doblar el papel y a meterlo en el libro, y me los llevé a mi habitación.

—Creo que he encontrado algo —me dijo Cliff a voces un instante después.

Estaba en la antigua habitación de Annabeth, revolviendo unos cuantos cachivaches que no se había llevado. Tenía en la mano un par de papeles escritos a máquina. Estaban hechos una pena, con frases borradas a medias, corregidas, tachadas. Al principio no le encontré mucho sentido al texto. Pero luego descubrí mi nombre. Y el de Cliff. Y el de Annabeth. Y la palabra *asesinatos*.

Tuve que leerlo otra vez para que las piezas encajaran.

—Dios mío —exclamé—, aquí cuentan nuestra historia.

—¿Quién está escribiendo un cuento sobre nosotros?

—No es un cuento. Es una especie de reportaje... sobre los asesinatos y todas nuestras cosas. Recuerda que tenemos en casa a nuestro pequeño Hunter Thompson⁹.

—Taylor —dijo Cliff.

—Sí, Taylor. Está escribiendo sobre nosotros para *Rising Tide*. ¿Cómo lo ves?

3

Taylor llegó a casa vestido de camisa y corbata, un cambio sustancial con respecto a sus habituales trapos de las tiendas de ropa del ejército. En circunstancias normales, seguramente nos habríamos metido un poco con él por aquella ropa de entrevista de

trabajo. Pero no aquel día. Fuimos a degüello.

–Te estás poniendo un poco melodramática, Sandy. Estoy escribiendo sobre la comuna y los asesinatos. Nos os estoy «traicionando».

–Entonces, ¿cómo es que no nos has contado nunca lo que estabas haciendo? –preguntó Cliff.

–Iba a contároslo.

–Sí, claro –dije.

–Te digo que sí. He llegado al punto donde me gustaría entrevistar a todos. Antes de que nos... ya me entendéis. Por suerte conseguí hablar con Annabeth antes de que se marchara.

–Déjanos ver lo demás –pedí.

–¿Qué?

–Déjanos leer lo que dices de nosotros.

–Eso no.

–¿Por qué no?

–Mira, Sandy, soy periodista. Estoy en mi derecho de escribir sobre lo que ha pasado. No te pongas tan tensa. No digo nada malo de ti. De hecho, eres una de las estrellas del artículo. Tus antecedentes te confieren mucho interés. Y también la forma en que te has obsesionado con Wilt.

–¿Conque sí, Taylor? Cuánto me alegra que me encuentres interesante, joder. ¿También te parece interesante la muerte de Wilt? Coño, tío, se supone que era tu amigo, no tu trampolín de lanzamiento.

–¿Me haces un favor? –dijo Taylor–. Espera hasta que lo leas. Entonces quizá no seas tan crítica. Oye, Cliff, a ti no te ha sentado mal, ¿verdad?

Cliff no respondió. Se quedó plantado con las hojas escritas a máquina señalando a Taylor como un dedo acusador.

A Taylor le vino de miedo que en ese momento llamaran a la puerta.

Ah, claro. Había llegado el momento de que conocieran a Sim.

La cena también fue «interesante», de una manera un tanto absurda. Cociné yo, de manera que estaba incomedible. Cliff no comió nada, pero debió de meterse entre pecho y espalda un cartón de seis de Heineken. Taylor no paró de preguntar si podía entrevistar a Sim, a quien llamaba todo el rato mi guardaespaldas, lo que me ponía frenética.

Después de cenar, llamó por teléfono el tío Woody y preguntó directamente por Sim, no por mí. Supongo que aún estaba cabreado. Pero hablé un momento con Ivy, que ya había empezado a proporcionarme la ayuda prometida.

Antes de irme a la cama, se me ocurrió que el dominio de la escena política contemporánea que tenía Taylor quizá resultara útil. Fui a buscar el papel con los dos puños negros y se lo enseñé.

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

–Tengo la impresión de haber visto este logo en alguna parte, pero no estoy seguro –dijo–. Significa algo. No sé qué –iba a retirarme ya, cuando añadió–: Pero hay alguien

que puede saberlo.

—¿Quién?

—Tu amigo Nat. O si no su colega, el que siempre está con él en la central de los Wobblies. Torvald.

Imaginé que a De Lawd no le haría feliz que me pusiera en contacto con él por algún motivo distinto de lo nuestro... de nuestra relación, esa palabra tan manida y tópica. Tendría que deshacerme en disculpas. Si quería que me arrodillara ante él, tendría que pasar por el aro.

Me di un baño caliente, casi noventa minutos a remojo, fumando. Cuando me sequé y me puse el pijama, la casa estaba a oscuras y en silencio. Me metí en la cama, lié otro porro finito y traté de deshacer la maraña de mis pensamientos. Nat formaba parte del enredo. No paraba de volver al momento en que se produjeron los asesinatos, pensando en que a Wilt y a Mia probablemente los degollaron mientras yo estaba en casa de Nat. Y también pensaba en cómo me avergonzaba haber sospechado siquiera por un instante que el tipo que me atacó podía ser Nat.

Mientras me adormecía, me rondaban por la cabeza toda clase de imágenes: la radio de mi habitación en casa de Ivy y Woody; las tortas de maíz deliciosamente tostadas que me había preparado Nat; el cenicero de latón del escritorio de Jack Klaus; los tres agentes de policía con sus chaquetones azul oscuro, que parecían tres pájaros gordinflones en un cable telefónico; las preciosas manos de Annabeth clasificando camisas indias de algodón; la butaca de cuero del salón de los Mobley; el símbolo de la paz del llavero de Wilton; el color amarillo cremoso del cuello de la camisa de Sim asomando sobre su chaqueta; los obscenos labios húmedos de Henry Waddell.

Cuando ya estaba quedándome dormida, oí en el pasillo un revuelo con sordina. Al abrir la puerta de golpe, vi a Sim, en pantalones de pijama, y a Cliff, en calzones largos, ambos con el brazo estirado hacia el pomo de mi puerta.

Nos quedamos los tres paralizados un instante, sin que nadie dijera nada. Cerré la puerta suavemente y eché el pestillo. Luego me tapé con las sábanas hasta más arriba de la coronilla.

Domingo

1

Sim se había levantado el último y aún se le veía soñoliento. Nos encontró en la cocina, vestidos y con el abrigo puesto.

–¿Vais a la iglesia? –preguntó, frotándose los ojos.

–Vamos a salir a desayunar –respondí–. Y luego tengo que ir a hacer una visita. Aunque, tal como están las cosas, lo de la iglesia no me parece tan mala idea.

Sim tardó unos minutos en percatarse de la presencia de Jordan, que lo miraba alucinado, como si estuviera viendo a un oso pardo en albornoz.

–Es un amiguito nuestro del barrio –expliqué–. Le vamos a invitar a unas tortitas. Saluda a Sim, Jordan.

Pero el niño no despegó los labios. Bajó la vista tímidamente hacia sus botas de goma y se pegó más a Cliff.

–Aquí no hay nada de comer –dijo Taylor a Sim–. Si quieres, te podemos traer algo.

–No, tengo que ir con vosotros. El señor Woody me dijo que no la perdiera de vista.

Esperamos abajo mientras se vestía. La calle tenía ese aire hechizado de cuando la nieve blanda que cae de los cielos empieza a cubrirlo todo. Pero es un tiempo peligroso en Chicago. Mientras estás en la inopia, pensando qué bonito se ve, la ciudad entera echa el cierre, el tráfico se paraliza, hay chiquillos que se pierden en los ventisqueros, gente mayor que muere en sus solitarias viviendas, disturbios por el último cuartillo de leche de la tienda del barrio. El año anterior habíamos sufrido una ventisca como nunca se había conocido.

Taylor y yo nos quedamos mirando a Cliff y al chaval, que hacían bolas de nieve y retozaban igual que los personajes de las ilustraciones de Norman Rockwell.

–¡Más lejos! –gritó Cliff a Jordan mientras éste retrocedía y aumentaba la distancia entre ellos.

Taylor me dio un cigarrillo.

–¿Todo en orden? ¿Volvemos a ser amigos? –preguntó–. ¿O sigues pensando que os estoy timando?

–Todo en orden, supongo –dije–. A fin de cuentas, ¿qué más da lo que escribas sobre nosotros?

–Fantástico. ¿Crees que tus tíos abuelos también hablarán conmigo? Para ponerme en antecedentes, ya sabes.

–¡Dios mío! ¿Cuántas páginas va a tener ese artículo?

Antes de que pudiera contestarme, oí gritos insistentes de Cliff. Dirigimos la vista hacia donde estaba y lo vimos gesticular frenéticamente. Taylor echó a correr y yo lo seguí, pisándole los talones.

Cliff estaba rascando la capa de nieve que cubría el parabrisas de un coche aparcado y retirándola con las manos.

–Maldita sea –dijo Taylor–. Es el coche de Dan.

La puerta del conductor no estaba cerrada con llave. En el suelo de la parte delantera había desparramadas algunas monedas y un paquete de tabaco; en el asiento trasero, unos cuantos periódicos atrasados, envolturas de chucherías y un termo abollado.

–Miremos en el maletero –dije.

Taylor forcejeó con la cerradura usando una de mis horquillas, pero no logró hacerla saltar. Buscamos alguna herramienta afilada con la que abrir el maletero haciendo palanca, pero la nieve había ocultado los desechos que solía haber en la calle. Al final, Cliff cogió el gato y reventó la cerradura a golpes.

–¡Hostias! ¡No! –gritó Taylor con voz angustiada, y el gato cayó a sus pies.

Una vaharada de aire fétido nos golpeó como mano salida de una tumba. Jordan trató de aproximarse y Cliff se lo impidió. Vi cómo lo levantaba en volandas bruscamente y lo obligaba a alejarse.

En el interior del maletero estaba Barry, doblado hacia dentro como uno de esos vasos plegables con truco. Tenía el color gris azulado de la muerte y los labios de un negro de película de terror, igual que el orificio bajo la oreja. Ante aquella visión, empecé a dar alaridos y me flaquearon las piernas. Cliff me abrazó con fuerza. Cuanto más fuerte mejor, pensé, si no podría romperme en pedazos.

Sim había echado a correr hacia nosotros.

–¡No vengas aquí! –dije a voces–. ¡Ve a buscar a Woody! ¡Deprisa!

2

–Qué detalle habernos hecho partícipes de esto –dijo el detective Norris–. Según me dicen, crees saber más del trabajo policial que nosotros.

No repliqué. De hecho, estaba preparada para mostrarme tremendamente contrita hasta que me soltó con un gruñido:

–Deberías ir pensando en buscarte un abogado.

–¿Por qué? Yo no he matado a Barry. Ni tampoco soy el narcotraficante que ha permitido que mataran a su soplón.

–Tú a lo tuyo. Sigue buscándote la ruina.

–¿Por qué no le hacen comerse el marrón a Dan Zuni? La última vez funcionó.

–Estás metiéndote donde no te llaman, mocosa. Has obstaculizado la investigación desde el principio. Voy a ir a por ti. Me importa un pijo lo bien relacionado que esté el

negrata de tu abuelito.

Ya estaba. Lo había dicho. Le dirigí una sonrisa sarcástica mientras lo imaginaba con los ojos arrancados de las órbitas.

Taylor miraba fijamente a Norris con rencor.

–He oído lo que ha dicho. Soy testigo, tío.

–Será mejor que te calles, chaval, si no quieres pasar la noche en la trena –respondió Norris.

–Y, además, intimidación. Espere y verá –dijo Taylor.

Pero Norris no le oyó. Había girado en redondo y se dirigía de nuevo hacia el Volvo.

Jack Klaus también se había presentado en la escena. Estaba guardando las distancias conmigo. Le vi cruzar unas palabras con uno de los hombres del departamento forense que estaba levantando el cadáver de Barry y trasladándolo al furgón con ayuda de otro tipo.

–Supongo que volvemos a ser la atracción principal de la feria –dije a Taylor–. Pero ¿a ti qué te importa? Probablemente estás pensando en el Pulitzer que vas a ganar.

–¿Por qué no cortas el rollo, Sandy? ¿Te gustaría que escribiera sobre tu comportamiento gilipollesco? Y sobre tu metedura de pata con respecto a esta mierda.

–¿Qué mierda?

–No paras de decir que nadie nos la tiene jurada a los demás. Aun después de que te zurraran en casa, te negaste a creer que todos corríamos peligro. Dijiste que los asesinos sólo estaban interesados en Wilt. Que todo lo que había pasado estaba relacionado con él. Bueno, ¿y esto qué es? ¿Una coincidencia? Tu teoría es una mierda, ¿o no? Hay un loco suelto que quiere matar a cualquiera que haya vivido en nuestra casa.

–No, Taylor, no es así.

En ese momento se acercó Klaus. Ni un saludo. Directo al grano.

–Necesitan vuestras declaraciones. Van a llevaros a la comisaría.

–Perfecto –dije–. ¿A quién coño le importa? Tengo lista una declaración para que tomen nota de ella aquí mismo –hablé a voces y en tono beligerante, como mil mujeres hartas de todo a las que había visto regañar a algún hombre estando borrachas. Norris se puso firme.

Cliff se aproximó a mí y trató de cogerme de la mano.

–Es mejor que te tranquilices, Sandy. No empeores las cosas. Por favor.

Me lo quité de encima.

–Todo va bien –dije–. Antes de nada, tengo una pregunta para el amo Norris.

–Habla cuando te dirijan la palabra –dijo, echando chispas–. No tienes una pregunta para nadie.

–Sí, la tengo. ¿Qué tal le va a Annabeth Riegel? ¿Les cuenta todo lo que necesitan saber?

Klaus y Norris cruzaron una mirada y ninguno dijo esta boca es mía.

–¿Estás flipando, Sandy? –preguntó Taylor–. ¿Qué tiene que ver Beth con todo esto?

–Beth te concedió una entrevista estupenda, ¿eh, Taylor? –dije–. Me lo puedo imaginar. Y luego se fue antes de que intentases ponerte en contacto con alguien de su

familia. Se marchó precipitadamente. Pero no por la pelea que tuvimos. Ni porque le diera pánico que la atrapara el maligno asesino en serie. Tenía que irse antes de que te dieras cuenta de que era una farsante.

–¿Una farsante?

–Lo has oído bien. Annabeth era una especie de infiltrada, Taylor. Es confidente de la policía. Los Riegel que están forrados, los que viven en Kenilworth, no distinguen a Beth de Janis Joplin. Mi tía Ivy ha llamado a algunas señoras amigas suyas. Una de ellas pertenece a no sé qué comité en el que está la señora Riegel, y la señora Riegel no tiene ninguna hija. Beth no es la heredera de un fortunón. Si no es policía, espía para la policía, y se le da de cine.

»Además de tenernos controlados a todos nosotros, estaba en contacto con frikis día y noche gracias a su trabajo. Podía enterarse prácticamente de cualquier cosa. Seguro que sentía muchísima curiosidad por todo lo que pasaba en *Rising Tide*. Siempre estáis haciendo entrevistas en exclusiva a fugitivos perseguidos por el FBI, a personas que se pasan a la clandestinidad, o a sus camaradas o familiares. Habláis de personas que fabrican ácidos y anfet. Tenéis fuentes internas de la policía que os cuentan las putadas que nos hacen los maderos. Debéis de haber sido una mina de oro de información.

Una vez más, dirigí a Norris la sonrisa del millón.

–No está tomando nota de nada –dije–. ¿No quiere registrar correctamente mi declaración?

Jack Klaus esquivó mi mirada.

Volví a mirar a Norris y seguí hablando, lanzándole las palabras como pelotillas de papel.

–Me corregirá si me equivoco en algo, ¿verdad, Norris?

No hubo respuesta. Por lo tanto, proseguí.

–¿De quién es esa casa de campo que supuestamente pertenecía al padre de Annabeth? ¿Es una finca que el banco le ha quitado a algún pobre granjero? ¿O tal vez la emplea el FBI para hacer interrogatorios? ¿Llevan allí a gente para interrogarla bajo coacción? Vamos, Norris, cuéntemelo. ¿Me he puesto demasiado fantasiosa? A lo mejor es sencillamente de su anciana tía Ethel, ¿no?

Entonces me volví hacia Taylor.

–¿Sabes lo que diría mi tía si te viera ahora, Taylor? «Cierra la boca, querido, te van a entrar moscas.»

–Me estás diciendo que Beth... –empezó a farfullar–, o sea que todo el tiempo... todo lo que decía...

–Sí. Todo trolas. Únicamente no mintió sobre lo de ser actriz. Una actuación realmente brillante la suya, se la veía preocupadísima por el paradero de Dan cuando sabía desde el principio que lo tenía la policía. Dan no era más que un peón de una partida importante. El objetivo real del juego, fuera cual fuese, era Wilton. A él lo estaba vigilando Beth. Sólo que no sé por qué.

–Así es –dijo Norris–. No lo sabes. No tienes la respuesta... para variar.

–Tal vez no. Todavía no. Pero a ver cómo me responde usted a esto, cabrón. Sabe

perfectamente quién mató a Wilton y a Mia. Y si dice que no, es un puñetero mentiroso. Adelante, niéguelo.

Esto último pareció causar una fuerte impresión a Jack. Esperó a que hablara Norris, mirándolo con desconcierto.

–No tengo una mierda que decirte –replicó, muy ufano, Norris–. Ya va siendo hora de que cierres el pico –llamó por señas a un par de agentes–. Subidla a aquella unidad de allí –ordenó–, antes de que la deje K. O. de un puñetazo. Metedlos a todos ahí dentro.

Jack Klaus estaba pálido de tensión e imagino que se sentía acorralado. No se atrevía a ponerse de mi parte y contra Norris.

Pero, por otro lado, estaría pensando que yo le iba a contar a Woody que había permitido que Norris me tratara así.

Siguiendo el ejemplo de su jefe, el policía del chaquetón azul con cremallera actuó conmigo con la mayor rudeza posible. En realidad no me hizo daño, pero cuando me metió a empujones en el atestado asiento trasero del coche de la policía, la nieve acumulada en su cuello de piel falsa me salpicó y lancé un grito.

No fue un grito de dolor. Ya he dicho que no me lastimó. Simplemente acababa de darme cuenta de algo demasiado lógico para no ser cierto. Supe que el hombre que me había maniatado en casa vestía el uniforme de la policía de Chicago.

3

Estaba toda hinchada, me dolía la garganta y me ardían los ojos. Iba sentada en la parte trasera del Lincoln, entre Taylor y Cliff. Delante iban Woody y Sim.

La cuestión tenía gracia. Cliff, Taylor y yo no habíamos hecho nada malo. Nos habíamos limitado a notificar el descubrimiento de un cadáver. Sin embargo, a Dan Zuni, presunto sospechoso de asesinato, probablemente lo habían tratado mucho mejor que a nosotros. Hora tras hora, en la comisaría no nos habían dado nada de comer ni de beber, ni la posibilidad de airearnos, ni un descanso, y nos habían obligado a pasar largos ratos de pie o sentados en unos bancos duros que te dejaban destrozada la espalda. Me apuesto lo que sea a que nos habrían retenido toda la noche –cuernos, si llega a ser por Norris, nos habrían sacado al patio para ejecutarnos de un tiro– si no se hubiera presentado Woody con su abogado.

Woody nos llevó a un restaurante de la avenida Belden que permanecía abierto toda la noche.

Hubo en eso una simetría alucinante. El Belden Deli era el lugar adonde nos dirigíamos esa misma mañana antes de que Cliff viera el Volvo.

Comimos como lobos. Yo me zampé tres gofres y salchichas suficientes para llenar un sidecar. Taylor terminó un plato enorme de ternera asada y, mientras esperaba a que le trajeran otro, intentó entrevistar a Woody. Al principio pensé que Cliff estaba demasiado traumatizado como para comer, pero cuando le pusieron delante la hamburguesa con

queso y beicon, la devoró con la misma glotonería con que estábamos comiendo los demás, y a continuación se metió en el cuerpo dos raciones de tarta de cereza.

Mientras tomábamos café, resumí el panorama a Woody y a los otros. La policía, con la diestra ayuda de Annabeth Riegel, estaba sometiéndonos a algún tipo de operación de vigilancia centrada en Wilton. Recordé que Jack Klaus, el primer día que fui a verle, llamó simplemente «Beth» a Annabeth. Abrevió su nombre con el mismo exceso de familiaridad con que a mí me llamaba Cass, igual que mi familia, como si me conociera. Ese detalle se me había quedado grabado en algún rincón de la mente.

La noche de los asesinatos de Wilton y Mia, la policía detuvo a Dan Zuni para interrogarlo; sabían que era inocente, pero en una maniobra de despiste, lo mantuvieron a la sombra durante tres días más, fingiendo que aún estaban buscándolo. Esa misma noche también arrestaron a Barry Mayhew, aunque a él lo dejaron salir. Porque era un confidente conocido y le tenían reservados otros planes.

—¿Y cómo es que Barry tenía el coche de Dan? —preguntó Taylor.

—Eso ha dejado de ser un misterio. La explicación es muy sencilla. Dan se lo prestó esa mañana sin que nos enterásemos los demás.

»La cuestión es que un par de días después Barry fue a dar una vuelta por el South Side. Yo lo veo y creo que está ocultando a Dan. Pero no es el caso. Probablemente, anda trapicheando. Está metido en graves apuros con la policía. Lo están utilizando para reunir pruebas contra algún pez más gordo. Tal vez llevaba un micrófono oculto o pretendía jugársela con algún otro truco. Pero sus contactos narcos del South Side lo descubrieron y lo mataron.

Woody me miraba con los ojos entornados. En un intento de evitar que me preguntara algo sobre las drogas y el South Side, empecé a hablar más deprisa.

—Esto no son más que especulaciones mías —dije—. Pero es muy verosímil, ¿no?

—Sí —dijo Taylor—, lo es. Pero no parece que Barry tenga mucho que ver con el asunto de Wilton. Así que volvamos a él y a Mia.

—Muy bien, Wilt y Mia. Una chica blanca estupenda de buena familia y el hijo de un destacado abogado negro; no es como si fueran los hijos del alcalde Daley, es verdad, pero seguro que se está presionando a la policía para que resuelva el caso. ¿Por qué no han avanzado nada? Porque ya saben quién los mató. Sólo están a la espera de practicar el arresto, ganando tiempo.

—¿Ganando tiempo para qué? —preguntó Cliff.

—Eso todavía no lo sé. Sólo sé que tiene relación con el motivo por el que espían a Wilton. Van a lanzar un bombazo. Y ya debe de faltarles muy poco, poquísimo, para hacerlo. Por eso Norris está tan rebotado conmigo porque les entorpezca la labor.

—Dices que la policía debe de saber que Wilton estaba haciendo alguna fechoría en Michigan —dijo Woody—. ¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Por las llaves. Una de las llaves del llavero de Wilton abre algo que está en Kent.

—Es complicarse mucho la vida por las llaves de una casa —dijo—. ¿Por qué no echar abajo la puerta o entrar por la ventana?

—No lo sé. Tal vez no es la llave de la casa. Quizá es de una caja fuerte del banco del

pueblo. ¿Quién sabe? Pero estoy convencida de que el hombre que me atacó y se llevó las llaves era un madero.

–Nunca podrás demostrarlo, Cass. No lo viste. Además, cualquiera podría llevar un chaquetón como ése que has descrito.

–Es verdad. Pero me jugaría el cuello a que no me equivoco. ¿Quién si no podría haberlo hecho con tanta soltura? Entrar disimuladamente en el edificio y esperar a que apareciese alguno de nosotros. Los días después de los asesinatos, el barrio estaba plagado de agentes de la policía. Le encargaron a uno de ellos que echara mano a las llaves, y que no hiriese a nadie para conseguirlo.

No sé si Woody daba crédito a todos los detalles de mi versión de lo sucedido, pero al menos volvía a estar decididamente de mi parte. Y sentía una sorda cólera contra Norris por las cochinadas que me había hecho. Sabía que Woody idearía la forma de ajustarle las cuentas, y eso me hacía inmensamente feliz.

Lunes

1

–¿Dónde estamos? –preguntó Sim.

–En la sede de los Wobblies –respondí.

–¿Los Wobblies?

–Los Trabajadores Industriales del Mundo. Son anarquistas. Ya sabes... Joe Hill y todo ese rollo.

Sim seguía sin comprender de qué le hablaba.

–Una especie de sindicato, aunque no se reduce a eso. Es complicado. Tú espérame aquí. No tardaré mucho.

Mientras subía por la escalera, recordé la fiesta de Halloween celebrada allí a la que me había llevado Nat. Fui disfrazada de Emma Goldman. Bebimos vino de garrafa, escuchamos los singles de Paul Robeson y cantamos «Solidaridad para siempre» unas cien veces.

El ambiente era tan fantasmagórico como siempre. Magníficas ventanas antiguas en saledizo, pringosas de mugre, que daban a Lincoln Avenue. Sillas desvencijadas con un dedo de polvo encima, bien ordenadas en filas ante un estrado improvisado. Sólo que, salvo en un puñado de mítines y eventos, la sede no congregaba a suficientes personas como para ocupar ni la cuarta parte de los asientos.

Nat estaba de pie junto a una de las mesas largas, frente a su amigo Torvald. Estaban cotejando páginas mimeografiadas. Tor me vio antes que Nat y me saludó con la mano.

Nat se quedó mirándome largo rato. Sus ojos ya no reflejaban demasiada rabia. ¿Qué veía en ellos entonces? Tal vez sólo indiferencia.

Me detuve a una distancia prudente.

–Hola.

No me respondió en el acto. Al cabo de un momento dijo:

–Tor, ¿nos disculpas unos minutos?

–No, no –dije–. Confiaba en poder hablar con vosotros dos.

Eso despertó la desconfianza de Nat.

–¿Sobre qué?

Le tendí el papel que había encontrado en el libro de Fanon que tenía Wilton.

–¿Alguna idea sobre lo que es?

Nat observó un instante los dos puños negros del logo y luego me miró. Pasó el papel a

Tor.

–El Cuatro de Agosto –dijo Torvald.

–¿Qué?

–El Comité del Cuatro de Agosto –supongo que lo consideraba explicación suficiente.

–Son veteranos de Vietnam. Es una organización de militares para la gente que vuelve de 'Nam.

–¿Eso es todo? –pregunté.

Tor echó un vistazo a Nat antes de continuar hablando.

–No exactamente.

Al final, me lo explicó Nat.

–Son un grupo clandestino, Cassandra. Trabajan para que los soldados negros deserten o se pasen al Vietcong.

–Entiendo. ¿Y qué significa lo que pone debajo del dibujo, *Giro radical*?

–No lo sé. ¿Qué haces con esa octavilla, por cierto? ¿Estás a punto de tomar las armas?

–No... la encontré.

–¿Y sólo has venido para eso? ¿Para satisfacer tu curiosidad?

–No. En realidad, no. Tengo más cosas que decirte.

Quedó a la espera. Pero no despegué los labios.

–Después de todo, creo que no tienes nada más que decir.

Entonces miré a Tor.

–¿Podrías dejarnos solos un ratito?

Se alejó.

–Me lo estás poniendo difícil, Nat. Y lo comprendo. En serio. Pero lo que estoy tratando de hacer es importantísimo.

–Estás intentando descubrir quién se cargó a Wilton.

–Sí.

Sacudió la cabeza, disgustado. Por un instante, mi más ferviente deseo fue convertirme en tigre de Bengala, porque así habría saltado sobre él y lo habría matado con mis garras. Pero logré reprimir aquel impulso. Dios mío, yo creía que ya no le guardaba rencor al pobre Nat por estar vivo. Al parecer, todavía sí.

–Oye, Nat, lo único que quiero es pedirte que me perdones.

–Fue una cochinado, Cassandra, esa forma de portarte.

–Lo sé. Inexcusable.

–Pensaba que tú y yo éramos...

–No lo éramos, Nat. Era lo que tú querías, pero no lo éramos.

–Claro, tienes razón. Entre nosotros no podía haber gran cosa mientras Wilton estaba vivo. Y ahora que ha muerto, estás más enamorada de él que nunca.

Para entonces sabía positivamente que no era cierto. Pero dejé que lo pensara.

–¿Y los inútiles de la policía aún no han descubierto quién lo hizo?

–Oh, sí –dije–. Lo saben.

–Entonces, ¿cómo es que sigues haciendo preguntas?

–Es demasiado complejo para hablar ahora de eso. Tengo que irme enseguida –dije–. Quizá podamos vernos en algún momento. Como amigos, me refiero.

–Quizá.

–¿Qué tal van las cosas en la escuela gratuita?

–Bien. Sigo teniendo ese retrato que te hizo una niña. Está colgado en el guardarropa.

Le había echado una mano a Nat cuando se encargó de montar el centro escolar/preescolar gratuito. La mayoría de los niños eran un encanto y estaban desvalidos, y a algunos ya los habían machacado a la edad de cuatro o cinco años.

–Gracias por la información –le dije como despedida.

–Ten cuidado, Cassandra.

–¿A qué te refieres?

–Tú ten cuidado. Estás metiéndote donde no te llaman. ¿Crees que no te conozco nada?

De camino a la salida, di las gracias a Torvald desde lejos y él me pidió que esperase un momento. Me trajo un fino fajo de papeles envuelto en papel de seda.

–Un regalito –dijo.

Retiré el envoltorio y vi lo que me había dado: el nuevo calendario anarquista del año que iba a empezar. Era una preciosidad, con un exquisito dibujo para cada mes y las efemérides de la historia izquierdista recogidas día a día. Nat tenía todos guardados desde el año 1951. Le agradecí el regalo mientras lo hojeaba deprisa. Siete de marzo de 1942: Fallece Lucy Parsons. Seis de abril de 1931: Comienza el juicio de los Chicos de Scottsboro.

2

Me enrollé con mi chófer un ratito en el asiento delantero y después me llevó a la oficina de *Rising Tide*, donde imaginaba que algún compañero de Taylor me ayudaría a documentarme un poco sobre el Comité del Cuatro de Agosto.

La oficina era un desbarajuste imponente de manuscritos, botellas de refrescos vacías, chaquetas vaqueras, LP, carpetas de papel manila, ceniceros, libros. Al pasar junto al mostrador de recepción, donde no había nadie, percibí restos de olor a tacos y a maría.

En realidad, prácticamente no había nadie en ningún compartimento. La única vez que había ido a ver a Taylor al trabajo, aquello era un hervidero de actividad. ¿Dónde se habían metido todos? Regresé a la sala grande que empleaban para las reuniones del personal. Y los encontré viendo la televisión, sumidos en una especie de trance grupal.

Un asesinato. *Otro* más. En aquellos tiempos, era lo primero que te venía a la cabeza cuando veías a un grupo de gente viendo atentamente la tele.

Pero no era ésa la explicación.

Dark Shadows, Sombras oscuras, una serie de vampiros que ponían por las tardes, gozaba de una popularidad increíble en el mundillo psicodélico. De hecho, montones de

estudiantes de la Universidad Debs que estaban enganchados a la serie acudían en masa todas las tardes a los grandes almacenes Sears Roebuck, sin más que cruzar Wabash Avenue, para no perdersela. A veces el departamento de electrónica estaba tan abarrotado de frikis que la gente corriente no podía ni moverse.

Pero no. La gente de *Rising Tide* tampoco estaba pasándolo en grande con la telenovela de vampiros. Estaban viendo los informativos locales, y unos cuantos abucheaban al personaje que ocupaba un primer plano. Taylor me agarró del brazo y me giró hacia la pantalla. La estrella del espectáculo era nuestro vampiro-torturador, el detective Jim Norris.

Estaba anunciando orgullosamente que las autoridades habían desarticulado un peligroso grupo radical. El hombre negro a quien se había hallado muerto por un disparo hacía unos días, que había alquilado un apartamento de temporada con el nombre ficticio de Larry Dean, había sido identificado como Alvin Flowers.

Flowers, jefe de un grupo que aspiraba a promover la revolución entre los militares negros, al parecer había sido asesinado por otro miembro del grupo.

–Mentira –dijo Taylor–. Seguro que la pasma mató a sangre fría al tal Flowers.

En la sala se elevó un coro de exclamaciones de aprobación.

Dos miembros destacados de este grupo, que se autodenominaba el Comité del Cuatro de Agosto, habían sido detenidos cuando intentaban salir de la ciudad en autobús, dijo Norris. La policía federal tenía a todos en busca y captura por cargos de sedición. Es más, eran responsables de un reguero de asesinatos desde Maine hasta Luisiana.

Asesinatos. La navaja o la granada, pensé. Cualquier cosa que sirviera para matar. Giro radical. Así que aquel Alvin Flowers era el héroe de Wilton, el auténtico y maravilloso negro.

Pero Norris no había terminado.

Me cortó el aliento con lo que dijo a continuación: Ese mismo Alvin Flowers estaba detrás de los espeluznantes asesinatos de unos hippies cometidos la semana anterior en un piso del North Side. Las autoridades habían concluido que Wilton Mobley, miembro del Comité del Cuatro de Agosto, había desertado de sus filas y sus compañeros lo habían asesinado para evitar que los delatara. La compañera de Mobley, Mia Boone, fue una víctima inocente.

–Es absurdo. ¿Wilt metido en una puta organización que mataba a gente? –exclamó Taylor–. Qué montón de gilipolces.

Una sana indignación estremecía a Taylor. A mí no. Yo me había quedado vacía, sin palabras.

–Te he subestimado, Sandy. Eres un hacha.

Dirigí de nuevo la mirada hacia la televisión, vi a Norris, muy satisfecho de sí mismo.

–Ellos también –dije.

–¿Quiénes? ¿Los maderos?

–Sí. Me pregunto si no han sido también ellos quienes han matado a Wilt.

La historia ya estaba en los periódicos. Con todos los detalles.

No hay justicia. Ni belleza. Ni verdad.

Estaba proclamando esas palabras en mi sucia habitación, salmodiándolas como un mantra. También estaba tratando de anular la realidad que encerraban con marihuana y una música tan atronadora que los frascos de mi cómoda bailaban con sus vibraciones. Pero no me valía de nada.

Seguía siendo plenamente consciente de que la policía estaba encubriendo algo desvergonzadamente, y lo más seguro era que se salieran con la suya. Tenían las cosas atadas y bien atadas: Wilton formaba parte del Cuatro de Agosto y quería abandonar el grupo. De manera que Alvin Flowers lo mató... pero, ay... una inocente chica blanca se interpuso y también hubo que liquidarla.

¿Y quién mató a Alvin? Uno de sus camaradas. ¿Por qué? Discutieron por dinero, por eso. El camarada blanco, Paul Yancy, tenía más de cien mil dólares en su bolsa de viaje cuando lo arrestaron en la terminal de autobuses Greyhound.

Sí, todo encajaría a la perfección cuando enchironaran tras un juicio amañado al desgraciado Yancy.

Cliff llevaba media hora llamando a mi puerta cada cinco minutos, pero me negaba a contestar. Al final irrumpió en mi cuarto y desenchufó la radio de la pared.

–Mueve el culo y levántate del suelo –vociferó. Y como no me moví, me cogió por los hombros y me sacudió.

Había llevado al borde de la violencia a otro hombre de modales delicados. Fabuloso. Aunque no fuera una tía buena, tenía cierto poder sobre los hombres.

–Me voy de aquí, Sandy. Estoy harto. Voy a dejar los estudios y me largo.

–Pues vete.

–Quiero que vengas conmigo.

–El único lugar al que pienso ir es Hyde Park.

–No estás obligada y lo sabes. ¿Vas a venir conmigo o no?

–Vete a la mierda.

Se le descompuso el gesto.

–Lo siento, Cliff. Pero déjame en paz.

–No puedo.

–¿Por qué?

–Porque te quiero. ¿Por qué si no?

Las lágrimas se me agolparon en la garganta.

Cliff estaba a punto de despachurrarme.

–Déjalo correr, Sandy. Tienes que dejarlo correr. Te vas a hundir con todo el equipo como trates de enfrentarte a ellos. Ya has demostrado lo fuerte que eres. Deja que sea la familia de Wilt quien luche contra ellos.

–No van a luchar por él. Creen a la policía. Como Ivy y Woody. «Qué tonterías dices, Cass. No hemos llegado al punto en que la policía entre en nuestras casas para

asesinarnos.» Eso es lo que dijo mi tía. No supe si reírme o echarme a llorar. Todo el mundo cree a la puta pasma. Probablemente, tú también.

–No. Pero ¿qué podemos hacer?

Me apreté contra él.

–No lo sé –dije, y dejé de contener las lágrimas.

Tampoco sabía si amaba a Cliff. Después de secarme los ojos, le pregunté:

–¿Quieres que vaya contigo? ¿Qué va a decir tu madre?

–¿A qué te refieres, a que eres negra?

–Pues sí.

–Mi madre no es así. No somos así.

Nadie, ni siquiera Nat, me había abrazado jamás de esa forma para decirme que me quería. ¿Qué había que hacer cuando sucedía? ¿Una decía que sí, verdad? Aun cuando no estuviera segura de corresponderle.

–Pero ¿por qué tenemos que ir a Connecticut? –pregunté–. ¿Por qué no alquilamos una casa aquí mismo?

Me escudriñó la cara.

–¿Es lo que quieres? ¿Quieres decir que vivirías conmigo si nos quedásemos en Chicago?

–Me lo pensaría. Sí, me lo pensaría muy en serio. Y no tendrías que abandonar a Jordan, ¿verdad?

Entonces sonrió.

–No, no tendría que abandonar a Jordan.

–Por lo menos, ya nadie tiene que sentir miedo –dije–. ¿Me entiendes?

–Sí. Ya no puede pasar nada más. Ha pasado de todo.

Nos quedamos sentados en la oscuridad durante un buen rato.

–¿Cliff? Vuelve a poner la radio. Bajito.

–Vale. Pero antes quiero saber algo.

–¿Qué?

–Sim se ha ido. Y a Taylor le toca trabajar de noche.

–¿Y?

–¿Dormirás conmigo esta noche? Toda la noche, me refiero. –Sí.

–Bien, es lo que quería –dijo–. Y llama a tu tía Ivy.

–¿Qué?

–Te ha llamado antes. Pero no me abriste.

Moví la cabeza.

–Eso puede esperar. Ya sé lo que quiere: ¿cuándo vas a venir a casa?

Cliff era muy tierno, y parecía saber perfectamente lo que se traía entre manos. Hicimos el amor toda la noche. No me removié hasta lo más hondo como Sim, pero teníamos buena sintonía. En lugar de aullar y decirnos cosas sexys, nos infundíamos serenidad.

Mientras reposábamos uno en brazos del otro, me hizo muchas promesas y montones

de preguntas. Y yo sentía que apenas había nada que no le pudiera contar. Recibió el Libro de Cassandra por entregas; yo hablaba un rato, volvíamos a hacer el amor; hablaba, lo hacíamos de nuevo.

–Wilt y tú me dabais celos –confesó.

–¿En serio?

–Sí. Ya sé que iba en contra de todo lo que supuestamente defendíamos. Pero no lo podía evitar.

–Pero si Wilton nunca estuvo enamorado de mí. Lo sabías.

–Sí. Quizá. Pero entre vosotros había una complicidad que no teníais con ninguna otra persona de la comuna.

–Porque los dos somos... éramos negros, Cliff. No es difícil de entender, ¿verdad?

–Supongo que no. Aun así, me repateaba. Detesto todo este asunto de ser negro o blanco que nos mantiene separados, metidos en compartimentos estancos, ignorantes. Es un veneno, el rollo de la raza. Si no encontramos la manera de superarlo, va a acabar con todos.

–Amén –dije.

–Nosotros vamos a dar un paso en la dirección correcta para resolverlo –dijo.

–¿Qué paso?

–Niños. Ya sabes. Hijos. Café con leche.

–Cliff –dije asombrada–, te tomas tu tiempo para mover ficha, pero cuando lo haces, no te andas por las ramas.

–¿Quién era el tío de la Biblia del que siempre hablabais Wilt y tú?

–¿El tío de la Biblia?

–Sí. Sólo con mencionarlo, os mondabais de risa.

–Ah, ése. El tío Leed-la-Biblia. Era un chalado que se ponía a predicar en la estación de la esquina de la calle Sesenta y Tres con South Park. «Leed la Biblia. Pedid al Señor que os ilumine. Y él lo hará.» Siempre decía lo mismo. Andaba por allí cuando yo tenía diez años, y aún sigue allí. Wilt también solía verlo. A estas alturas debe de haber cumplido los cien, pero la última vez que me bajé del elevado en esa estación, ahí estaba.

–Yo también quiero compartir secretos contigo –dijo–. Quiero que algún día tengamos cosas de las que reírnos.

–Quizá las lleguemos a tener, algún día. Ahora nos sobran motivos para llorar, ¿no crees?

Cuando me desperté a las cinco de la mañana, estaba tan embotada que me costó encontrar el suelo con los pies. Había fumado una burrada de hierba. Y me moría de hambre.

Con el helado suelo de linóleo bajo mis pies desnudos, hurgué en el refrigerador hasta que encontré un yogur; me lo llevé al cuarto de estar. Amanecía. Recordé la mañana en que vi salir el sol desde la casa de campo de Wisconsin. Qué fin de semana tan fantástico estábamos pasando. ¿Por qué me sentí tan rara allí sola en la buhardilla? De pronto lo recordé. Era algo relacionado con Wilton. Como todo. Déjalo correr, me había dicho

Cliff. Santo Dios, ¿cuándo lograría dejar correr lo de Wilt?

Ese fin de semana, Wilt pasaba de la apatía a la hiperactividad de un momento para otro; tan pronto estaba malhumorado, como tranquilo o exultante. Me dio la impresión de que no era por las drogas.

Nunca le había visto bailar tanto. Clea y él montaron un auténtico espectáculo enseñándonos un antiguo paso de baile llamado la cucaracha.

–¿Qué bicho te ha picado? –le dije–. Creía que habías dicho que venías aquí a dormir y a comer pan de jengibre y nada más.

Wilt sonreía de oreja a oreja.

–Acabo de resolver mi rollo edípico –dijo–. Se me ha ocurrido una forma de castrar a mi padre. Voy a matar a ese gilipollas endiosado. Squish... squash. Dale, nena. ¡Aplasta esa cucaracha!

Los demás aullaban de risa. En su caso sí era por el colocón que llevaban encima.

–¿De qué demonios estás hablando, Golferas?

–Ay, cielo, no te preocupes, no te preocupes. Es una manera metafórica de hablar. Ya sabes lo que decía el hermano Oscar: Todo hombre mata lo que más quiere.

Entonces no tuve más remedio que soltar una risita. El «hermano Oscar» era Oscar Wilde. Y, además, el padre de Wilton se llamaba Oscar. Quise indagar más, pero no me dejó decir nada.

–Mete la primera y meneas el culo, chica.

–Eso, eso –me jaleó Clea, apretándose contra él–. Sal a lucir ese par de buenas delanteras que tienes.

Como una hora más tarde, tuve de él una visión fugaz en el dormitorio que compartía con Mia. Estaban tumbados en el suelo sobre unos almohadones viejos, Wilt reposaba la cabeza en el regazo de Mia. Ella levantó la vista y me sonrió; luego se llevó un dedo a los labios: Shhhh. Wilt estaba durmiendo.

Y bien, ¿cómo castrar o matar, metafóricamente, a un hombre de las características de Oscar Mobley? Era más bien bajo, muy poquita cosa, pero estaba orgulloso de sus logros y de su posición dentro de la comunidad. Si pretendías arruinarlo, ¿qué había que robarle? ¿La reputación, la dignidad, el dinero? Todo ello lo tenía en abundancia.

Habría dado lo que fuera por un café, pero no lo preparé. Temía que el aroma despertase a Cliff, y necesitaba más tiempo a solas para pensar. Además, sabía que le disgustaría mucho encontrarme todavía empeñada en desentrañar los hechos que rodeaban la muerte de Wilton.

Hope Mobley me había contado que Wilt y su padre habían estado disputando agriamente las últimas semanas. Había oído retazos de las peleas que mantenían a puerta cerrada. Wilton estaba haciendo algo que amenazaba el trabajo de abogado de Mobley. ¿No era eso lo que Hope creía haber oído?

Posición. Dignidad. Dinero. Al final, casi todo se reducía al dinero. Eso es lo que nuestra generación aborrecía. Detestábamos vivir en un mundo donde el dinero se antepone a la vida humana, a los principios, a la lealtad, al honor, a la justicia. Hay quien dice que el movimiento por los derechos civiles se está desmantelando con dinero.

Algunos, en particular un detective de la policía de Chicago llamado Norris, aseguraban que el dinero había sido el móvil del asesinato de Alvin Flowers, cabecilla de una organización delictiva llamada el Comité del Cuatro de Agosto.

Dinero. ¿Era la cosa así de burda, así de simple?

Encontré el papel de mala calidad con el logo del Cuatro de Agosto. Le di la vuelta y me puse a dibujar de memoria una imagen, un recuerdo muy borroso, tanto que fue más o menos como un acto de escritura automática: era el contorno de una llave gruesa y de forma extraña.

Mientras me vestía, marqué el teléfono de Ivy y Woody.

–Cass, ¿por qué llamas tan temprano? Apenas son las seis.

–Siento despertarte. ¿Recuerdas que hace unos días te pedí que hicieras algo por mí? Y averiguaste lo de los Riegel.

–Sí.

–Necesito que me hagas la segunda parte de ese favor. Ahora.

Oí un suspiro de exasperación.

–Madre del amor hermoso, Cassandra. ¿No seguirás emperrada en lo de la casa de Kent, verdad? ¿Y las llaves robadas? Hice todo lo que me pediste, hija. Fui al funeral y hablé con Hope Mobley. Ahora ha salido a la luz la verdad sobre su hijo. Si ella es capaz de aceptarla, ¿por qué tú no?

–No voy a molestarla, Ivy. Sólo quiero darle algo.

–¿Qué?

–Una cosa que pertenecía a Wilt. Estoy segura de que le gustará tenerla. Lo único que te pido es que la llares para ver si puede recibirme un minuto... sin que su marido se entere.

–¿Su marido?

–Sí. No le haría mucha ilusión verme por allí otra vez.

–Maldita sea, Cassandra, ¿por qué no dejas en paz a esa pobre mujer?

–¿Me haces ese favor? No te pediré nada más.

–¿A las seis de la mañana, hija?

–Bueno. Espera hasta las siete.

–Cass, ¿has recogido tus cosas...?

–Gracias, Ivy. Hasta luego.

Qué mala chica era. Mentiras, mentiras, y más mentiras.

Martes

1

También desperté a Sim. No contaba con volver a verlo tan pronto. Pero lo necesitaba. En esta ocasión no me recogió con el Lincoln. Conducía un coche prestado. Nos pusimos hasta las cejas de bollos y café envasado mientras me llevaba hacia el sur.

Tal vez fuera el día libre de la doncella. Hope Mobley en persona abrió la puerta. Y esta vez vi más claramente su parecido con Wilton. Tenían los mismos ojos, la misma frente y el mismo color tostado de piel.

–Cassandra, es un nombre bonito –dijo–. Si hubiera tenido una niña, la habría llamado así.

–He venido a molestarla de nuevo –dije–. No lo habría hecho si esto no fuera importante.

–Estoy convencida de que para ti lo es. Tu tía me ha explicado que te tomas las cosas muy a pecho. Me agradó mucho, tu tía.

Me pilló examinando a hurtadillas el gran vestíbulo.

–Creo que estás preocupada por si ves a Oscar. No te preocupes. No está.

–¿No?

–No. Está en el hotel Drake. Hasta que tomemos una decisión sobre nuestro futuro. Sobre si tenemos algún futuro juntos, debería decir. Tampoco hace falta que te quedes en la puerta. Pasa. Creo que me traes algo.

Sin más explicaciones, saqué mi dibujo de andar por casa y se lo tendí.

–¿La reconoce?

Le costó un momento.

–Creo que sí. Pero ¿qué demonios significa esto?

–¿Qué abre, señora Mobley?

–Esto es excesivo.

–Dígamelo, por favor.

–Una especie de zulo. Un refugio contra bombardeos que mi padre se empeñó en construir en la casa de Kent. Dios mío, fue hace muchos años. Pero ¿cómo te has enterado de la existencia de esta llave?

–La tenía Wilton.

–¿La tenía Wilton? ¿Por qué? No es posible. Sólo hay dos copias. La mía está guardada en el cajón de una cómoda y la de Oscar en su escritorio.

–Seguro que alguna de las dos ha desaparecido.
En ese momento dio un paso atrás, alejándose de mí con desconfianza.
–¿Qué secretos estás intentando destapar, jovencita... los de Wilton o los de Oscar?
–No lo sé. Ambos, tal vez. No tengo la menor intención de mancillar la memoria de nadie. Pero no pararé hasta que sepa qué pasó.
–Sí, eso veo. Pero ¿no va siendo hora de que los dejes descansar, a mi hijo y a la chica?
–¿Cree que están descansando? No es así.
La expresión que puso era insufrible; me odié por haberla causado yo.
–Vaya a buscar las llaves –dije–. Por favor.

2

Sim conducía con seguridad y rapidez, veinticinco kilómetros por encima del límite de velocidad como poco. Encorvado sobre el volante, era una extraña mezcla de serenidad y atención. Parecía un piloto de bombardero más que un hombre llevando a una chica al campo.

Me permití durante unos minutos imaginarme como Hope Mobley en sus mejores tiempos, cuando su próspera y afortunada familia era joven y estaba unida. Una encantadora esposa en la flor de la vida dirigiéndose despreocupadamente a su casa de campo.

A la una de la tarde salimos de la autopista y enfilamos la carretera que se dirigía al norte. Y ya no la abandonamos hasta que llegamos a la pista llena de baches y de piedras que conducía a la casa.

La segunda residencia de los Mobley se alzaba al fondo, grande y con aspecto solitario. El viento había astillado la madera de la planta de arriba y todo el edificio necesitaba una mano de pintura.

–Dijo que estaba más allá de la casa –le expliqué a Sim–. Unos ochocientos metros hacia el oeste. Por aquí.

Sim siguió mis pasos.

–¿Por qué está tan lejos de la casa?

–A Oscar Mobley le dijeron que había que construirlo cerca de algún tipo de protección natural, por eso lo instaló junto a las dunas. Para mitigar la onda expansiva de la explosión nuclear, ¿te lo puedes creer? Era lo que pensaba la gente en esa época, supongo. Creían que Rusia iba a tratar de borrar del mapa el estado de Illinois. Hope, según dice, trató de convencer a su padre de que era disparatado, pero él no le hizo ni caso.

El terreno se fue ondulando y enseguida nos internamos en lo que parecía el antiguo cauce de un riachuelo.

–Allí –dije–. Tiene que estar a unos noventa metros.

Aceleré el paso y al cabo de cinco minutos estábamos contemplando dos viejas puertas de acero colocadas horizontalmente en la tierra.

La llave de Oscar. La llave de Hope. Qué mas daba. Ya no necesitábamos ninguna llave. Las puertas estaban abiertas de par en par. Nos quedamos mirando la negra oscuridad que ponían entre paréntesis.

—¿Qué habrá ahí abajo? —dije. Ninguno de los dos queríamos ser el primero en descender hacia lo desconocido.

Por fin, Sim se decidió. Bajó un escalón de la húmeda escalera de piedra. Cuando llegamos al final, no se veía nada.

—Tiene que haber alguna luz —dije—. Búscala a tientas.

De pronto se encendió una sarta de luces. Sim había encontrado el cuadro eléctrico.

El interior de la cámara era como una lata de sardinas gigante. Un espacio rectangular. Dos puertas al fondo; los aseos, quizá. Armaritos en la pared. Una estufa de camping. Botellas de agua en un rincón. Bombonas de propano. Un extintor de incendios.

Y en el suelo, cerca de las escaleras, una caja fuerte Mosler que habían plantado allí. También tenía la puerta abierta, y estaba volcada.

—¿Eso era del marido? —preguntó Sim.

—Has acertado.

Sim se inclinó a examinarla.

—Sí, mira —dijo señalando tres pequeños orificios próximos a la cerradura—. Este trasto lo han abierto perforándolo. ¿Cuánta pasta habría en esta tumba?

Hasta entonces no me había fijado en la basura tirada por el suelo. Latas de cerveza y de refrescos, un papel encerado engurruñado, una docena de colillas. También había una mesa plegable y varias cajas de madera con envases de leche que a todas luces habían sido utilizadas como asientos.

Sim me llamó por señas. Me reuní con él en el extremo opuesto de la cámara. Estaba usando la punta de la bota para tantear tres bolsas de lona colocadas en fila como hongos junto a las raíces de un árbol podrido.

—Material del ejército —dijo.

Volqué una, deshice el complicado nudo que cerraba la boca y la agité para vaciarla. El estrépito fue tal que me asusté y me alejé de un salto. Pero después vi que no habían salido de ella más que varas de metal y de madera.

—¿Qué es esta chatarra? —dije.

Sim parecía intrigado por aquellas cosas. Se acuclilló mientras yo procedía a abrir otra bolsa. Cuando levanté la vista un minuto más tarde, Sim ya no estaba agachado, sino de pie, levantando el extremo peligroso de un semiautomático.

Me aparté de él, chillando.

—¿Qué cojones estás haciendo? ¿De dónde ha salido eso?

—De la chatarra de esta bolsa, como tú has dicho. Acabo de montarlo. Estaba chupado.

—¿Dónde has aprendido esas cosas? ¿Has estado en el ejército?

—Yo no, mi hermano. En Corea —entonces abrió bien la bolsa para que viera lo de dentro—. Aquí hay cinco fusiles desmontados. Y cantidad de munición. Hasta unas

cuantas granadas de humo. Se ve que esperaban recibir visitas aquí abajo.

En la segunda bolsa no había armas. Al vaciarla, vimos guías telefónicas de diversas ciudades de Estados Unidos, mapas de carreteras, carpetas que guardaban apretadas notas garrapateadas.

Saqué una y esparcí los papeles. Vi la palabra COPIA estampada en la mayoría de ellos. Sim los estaba leyendo por encima de mi hombro.

–No tiene sentido –comentó.

–Sí lo tiene. Es un DD-214.

–¿Un qué?

–Lo que le dan a un soldado cuando lo licencian. Es la hoja de servicios. Es necesaria para buscar trabajo después de salir del ejército.

–Pues lo que he dicho, no tiene sentido.

Uno de los mapas era de Lincoln, Nebraska. Y otro de Shreveport, Luisiana. Pero no todos los mapas eran de las típicas ciudades norteamericanas. Estaba sujetando uno dibujado a mano con lápices de colores, casi infantil. Tenía la forma de una gamba mariposa gigante. Había cruces y notas diseminadas por el mapa.

–¿Sabes qué es eso? –preguntó Sim.

Hice un gesto de asentimiento.

–Sí. Es Vietnam.

La última bolsa nos reservaba la sorpresa final. Al principio no salió nada de ella cuando Sim la puso boca abajo y la sacudió. Por eso metí la mano dentro. Palpé la superficie resbaladiza de una tela, tiré de ella. De la bolsa salió un chaquetón azul oscuro con una gran cremallera y un cuello de piel falsa. Y el cuello no era lo único falso de la prenda. En la pechera llevaba prendida una placa. Sin ser experta en pertrechos policiales, el metal me pareció demasiado ligero para ser auténtico. Una copia de una insignia de la policía de Chicago.

Aunque lo tenía en las manos, sentí en el cuello y la cara el tacto resbaladizo y húmedo de aquel otro chaquetón, y olí el aliento del hombre corpulento que me había asaltado en casa aquella noche. También sentí su vigorosa mano en mi cintura, como cuando me empujó al armario.

Tiré el chaquetón al suelo. Sim estaba sacando otros objetos de la bolsa a sacudidas. Cayeron de ella un par de docenas de panfletos con el logo del Cuatro de Agosto. Y había varias fotos de hombres blancos, algunos jóvenes, otros mayores, algunos de uniforme, otros de paisano. Las notas escritas por detrás de cada foto me indicaron que todos ellos habían sido oficiales del Ejército de Estados Unidos: nombre, rango, años de servicio, compañía, unidad, fecha en que se licenció, en qué lugar de Vietnam había entrado en acción, última dirección conocida en Estados Unidos.

Las desplegué todas, escudriñando las caras en busca de la pista que revelara por qué estaban en aquella bolsa. Una me sonaba de algo. Di la vuelta a la foto y leí los datos. Sí, él también tenía el DD en cuestión.

Entonces me brotó un sabor amargo del estómago. Sentí aquel veneno en la garganta. Me doblé en dos, con sacudidas de coctelera, y vomité.

3

–Conduce más deprisa –dije.

–No, no voy a ir más deprisa. Contrólate un poco, anda.

–Me estoy controlando, maldita sea –dije–. Me queda poco para estallar.

–Piénsalo bien, Cassandra. Las armas, esos papeles y todo el rollo... digo yo que has encontrado pruebas de que todo lo que dice la policía es más verdad que el evangelio. Tu amigo Wilton estaba con esta gente. Ahí tenían un arsenal. Fueron ellos quienes se llevaron el dinero que su papi tenía en la caja fuerte, está claro. Y si tu amigo iba a delatarlos, seguro que se lo han cargado. Es lo que dijo la pasma.

–Pues sí, eso parece –no iba a discutir con él–. En realidad, me equivoqué al echar la culpa de muchas de estas historias a la policía. La verdad es que son unos angelitos que tratan de mantener el orden en la ciudad.

–¿Por qué pones esa cara? ¿Estás triste porque al final se ha visto que tu amigo era un hijo de la gran puta? –Sí –dije–. Y no.

4

Sim aparcó delante de nuestra casa.

–Será mejor que no subas conmigo –dije.

–¿Por qué? Creía...

Ví el desengaño pintado en su cara. Esperaba pasar otra tarde de sexo explosivo, canutos explosivos y sonidos Motown.

–Sé que creías que nos lo íbamos a montar juntos. Otra vez será.

–Ah, vale. Pero ¿por qué tenías tanta prisa en volver?

–Un funeral –respondí–. Al de Wilt no pude ir. Éste no me lo quería perder.

–¿Qué dices?

–Nada, Sim. Vete, por favor –le besé–. Gracias por tu ayuda.

–Cassandra, estás grillada.

–Hasta luego, Sim.

–Oye, ¿dónde puedo comprar tabaco por aquí?

–Dobla a la izquierda en la esquina. Hay un estanco junto al restaurante cubano.

Cuando se marchó, me quedé plantada en la calle, mirando la ventana del piso de arriba de la comuna. La habitación donde habían muerto Wilt y Mia. Como había dicho Cliff: Pronto todos nos iríamos del piso grande y ruidoso de Armitage. No sabía lo que me depararía la vida, pero sí que los seis meses en el piso de Armitage Avenue me dejarían una huella profunda, que permanecería conmigo para siempre. Añoraba dolorosamente a mis amigos Wilton y Mia, e incluso a Barry.

Cuando al fin entré en el piso, encontré un ambiente cálido y acogedor. Cliff y Jordan estaban tomándose sendas tazas de cacao y jugando al dominó en la mesa de la cocina.

Cliff se levantó para darme un beso, y me pasó la mano por el brazo con aires de propietario. Incluso me desabrochó el abrigo.

–Te he echado de menos. ¿Por qué te marchaste así, antes de que me levantara?

–He ido a comprarte un regalo de Navidad –le dije–. Es una sorpresa.

–Estás de guasa.

Negué con la cabeza.

–No –respondí, y coloqué sobre las fichas de dominó la foto satinada del teniente Cary Tobin, el hermano mayor de Cliff.

Ví cómo se esfumaba la sonrisa de sus labios.

–¿De dónde la has sacado?

–¿Qué pasó, Cliff? ¿Por qué lo hiciste?

–Jordan –dijo él inexpresivamente–, vuelve con tu padre, ¿vale? Iré a buscarte dentro de un rato, amiguito.

Le observé en silencio mientras trataba de convencer al niño de que se fuera con razonamientos, zalamerías y, al final, a gritos. Jordan se echó a llorar, pero terminó por irse, dando un portazo al salir.

No era el único que lloraba. A Cliff también le rodaban lágrimas por las mejillas.

Me acerqué a él y le abofeteé con todas mis fuerzas.

–Los mataste tú, ¿verdad? Los degollaste. Y de alguna manera todo está relacionado con tu hermano. ¿No es así?

Como no contestaba, volví a pegarle con ganas.

–Me *jodiste*, Cliff. Mataste a mi mejor amigo y luego me jodiste.

–Te quiero –dijo con voz temblorosa.

–Como vuelvas a decirlo, te mato. Explícame de qué va todo esto. Ahora mismo.

–Ellos asesinaron a Cary –dijo.

–El Cuatro de Agosto, quieres decir. Mataron a tu hermano.

–Sí. No murió en Vietnam. Lo mataron aquí, en Bristol, cuatro semanas después de salir de ejército.

–¿Por qué?

–Entre los oficiales de Vietnam había un grupo racista. Algunos estaban en el Ku Klux Klan. Tenían una conspiración para liquidar a los soldados negros. Los enviaban a misiones suicidas. A algunos efectivos negros los asesinaron directamente, pero los blancos hacían ver que habían muerto en acción. A esos soldados los sometieron a torturas abominables. Por odio. Por resentimiento y odio.

» Alvin Flowers estuvo allí. Sabía lo que estaban haciendo esos oficiales blancos. Cuando se licenció y volvió a casa, montó el movimiento Cuatro de Agosto. Trataban de conseguir que los soldados negros desertaran, se negaran a luchar por Estados Unidos. Ése era su objetivo declarado. Pero, además, seguían el rastro a los racistas y les pagaban con la misma moneda.

–Dios mío. ¿Y tu hermano era uno de los racistas?

–No.

–¿Cómo que no? Si no hizo nada, ¿por qué tenían que matarlo los del Cuatro de

Agosto?

Entonces Cliff, desesperado, rompió a reír.

–Cometieron un error. Alvin Flowers y su gente debían de tener infiltrados que los ayudaban. Alguien que pudiera enviarles las hojas de servicios, mantenerlos al día sobre a quién mandaban a casa, dónde vivía la gente y cosas así. Pero en algún punto tuvo que producirse una confusión. Señalaron a Cary como a uno de los racistas y los del Cuatro de Agosto lo mataron. Lo mataron sin razón, Sandy. Sin ninguna razón. Mi madre no nos educó para que odiáramos a nadie.

Era una historia fea. Ya me imaginaba yo que cualquier explicación no sería agradable. Pero ésta era la peor de todas las posibles.

–¿Cómo te enteraste de lo del Cuatro de Agosto? ¿Y dónde encaja Wilt? –pregunté–. ¿Cómo sabes que era miembro del Cuatro de Agosto?

–No lo era.

–¿Qué?

–Me refiero a que no era un miembro como tal. Antes de que te mudaras con nosotros, llegué un día a casa y Wilt estaba con un tío negro, charlando en su habitación. Yo no sabía quién era, pero oí que Wilt lo llamaba Alvin. Cuando se fue, vi algunos papeles y un panfleto que hablaban de la supuesta misión que desempeñaba el Cuatro de Agosto. Intenté hablar del asunto con Wilton, pero se negó. Y a aquel tío no volví a verlo.

»A veces me dedicaba a seguir a Wilton por toda la ciudad. Pero nunca conseguí pillarlo con Flowers. Supongo que se había pasado a la clandestinidad. Para entonces, tú ya vivías con nosotros.

»El fin de semana ése que pasamos en el campo, cuando Mia no paró de cocinar, Wilt y ella creyeron que estaban solos en la casa una tarde. Pero yo los oí hablar. Wilt se lo contó todo. Dijo que quería ayudar a Alvin en sus actividades radicales, pero no se sentía lo suficientemente hombre como para matar a nadie, ni siquiera a un cerdo racista. Por eso iba a echar una mano al Cuatro de Agosto de la única forma que estaba a su alcance. Les dejaría usar la finca de sus padres y les daría dinero.

–Dinero que le quitaba a su padre.

–Sí. Wilton había descubierto, según dijo, que su padre tenía dinero escondido por toda la finca, una fortuna. Y se había enterado de que era dinero sucio.

–¿Sucio por qué?

–No lo sé. Pero dijo que iba a quitárselo al viejo y a dedicarlo a algo que le repateara. Así lo pondría en ridículo. Sería justicia poética. Y se rió de eso.

Sí, era verdad que se había reído.

–¿Qué más oíste, Cliff?

–Que Alvin Flowers sabía que lo tenían acorralado. Lo buscaban los federales y también la pasma de Chicago. Estaba escondido en un piso en alguna parte, y él y sus hombres iban a separarse pronto. Entonces lo vi claro: si quería atraparlo, matarlo, me quedaba poco tiempo.

–Así que, aquel día –dije–, aquel día los mataste.

–No es que lo tuviera planeado precisamente así. Pero la ocasión parecía propicia.

Comimos todos juntos. Dan no estaba. Barry vino y se largó a toda prisa. Tú te fuiste a ver a Nat. Dije a Wilt y a Mia que yo me iba a montar en trineo con Jordan.

»Mia tenía una clase. Un curso de plantas medicinales al que estaba asistiendo. Yo sabía que duraba dos horas. Me senté junto a la ventana de casa de Jordan y vi cómo salía Mia. Wilton se había quedado solo. Regresé aquí y subí al piso vacío. Luego lo llamé para que subiera él. Para ver cómo era el espacio, le dije.

–Imagino que le sorprendería un poco que lo atases y te pusieras a rebanarle el gaznate.

Desvió la vista.

–¿No te plantó cara al principio? ¿Ibas armado?

Asintió.

–Con el revólver que Wilt había comprado para protegernos. Había prometido a Mia deshacerse de él. Pero no lo hizo. Me lo entregó a mí para que lo escondiera.

Así que Wilt también había recibido su ración de justicia poética antes de morir.

–¿Cómo pudiste hacerlo, Cliff? ¿Cómo fuiste capaz de matarlo? Era nuestro amigo.

Estalló de nuevo en sollozos.

–Ya lo sé. Ya lo sé. Sólo quería que me dijera dónde estaba Alvin Flowers. Tenía que obligarlo a decírmelo.

–A pesar de todo, no te lo dijo.

–No.

–Y luego las cosas se estropearon todavía más, ¿verdad? Cuando Mia regresó de improviso.

–Sí. No sé qué pasaría. A lo mejor se le había olvidado algo. O quizá cancelaron la clase. El caso es que se presentó en pleno fregado, se puso a chillar. Tenía que hacerla callar. Y, antes de que me diera cuenta, ya estaba muerta.

–De manera que no te quedó alternativa. Tuviste que rematar la faena y matar a Wilton.

–Así es. Tuve que hacerlo.

Entonces oí un golpeteo persistente en la puerta principal.

–¡Lárgate, Jordan! –vociferó Cliff–. Vete a casa como te he dicho.

–¿Cassandra? ¿Estás bien?

Era Sim.

Cliff fue más rápido que yo. Cogió un cuchillo de cocina del escurridor y, a continuación, me inmovilizó.

–No toques esa puerta, Sandy.

–¿Por qué? ¿Te da miedo que te haga algo?

–Me importa una mierda. Espero que me mate.

–Yo también lo espero –dije. Me salió automáticamente. Un segundo después, comprendí que no lo había dicho de corazón–. Acabemos con esto, Cliff –dije–. Voy a dejar pasar a Sim. Y tú no vas a hacer nada para impedírmelo. ¿O sí? ¿Me vas a herir, Cliff? ¿Vas a degollarme como a ellos? ¿Y todo ese rollo de que me querías y me ibas a cuidar y los bebés café con leche? Un puñado de mentiras, ¿no?

–No, no. A ti nunca te he mentado. ¿No ves que sabía que no teníamos mucho tiempo por delante? Sólo quería estar contigo mientras pudiera. Quería demostrarte que, aunque Wilt no te valorara como merecías, yo sí. Aunque él no te amara... yo sí.

Sim la había emprendido a puñetazos y a puntapiés con la puerta, gruñendo. Cliff se precipitó como loco hacia ella y la abrió de golpe.

Pero ya no era Sim quien estaba allí, sino el tío Woody. Su abrigo de pelo de camello se abrió como el telón de un teatro sobre una negra e imponente escopeta de cañones recortados, que apuntaba hacia el corazón de Cliff.

Cliff volvió la cabeza para echarme una última ojeada y después levantó el cuchillo y avanzó hacia Woody, entregándose.

El disparo le arrancó el brazo de cuajo.

Me desplomé en el sitio. Me caí de culo, gritando su nombre.

Una vez más, la sangre de un amigo me mojaba los zapatos. Sólo que en esta ocasión no podía refugiarme en recuerdos de tiempos pasados más felices. Nada existía salvo el momento presente.

Día de San Valentín, 1969

En Chicago hacía un frío descorazonador. Pero yo iba bien abrigada. Ivy me había regalado un chaquetón de borrego en Navidad. Menudas Navidades habíamos tenido: Ivy, Woody y yo alrededor de un árbol sin apenas decoración, un angelito negro contemplándonos desde arriba mientras abríamos los regalos en bata. Nunca me había alegrado más de que las vacaciones llegaran y se fueran.

Iba caminando por Clark Street del brazo de Owen. Seguíamos siendo amigos, gracias a Dios. Quizá aún mejores amigos que antes. Pero, por lo que fuera, ya no teníamos necesidad de hablar tanto como antes cuando estábamos juntos.

El abrigo de Owen, le decía y le repetía, no estaba a la altura del invierno de Chicago. A él no parecía importarle demasiado. Ni siquiera llevaba sombrero. Supongo que el whisky le servía de calefacción y, además, siempre se alegraba al ver una vieja película de Mae West. Así habíamos pasado el día de San Valentín, en la doble sesión del Clark. Por qué no, si ni él ni yo teníamos pareja.

Los asesinatos de la comuna y la debacle del Cuatro de Agosto no habían dejado de obsesionarme. Faltaban todavía un par de piezas del rompecabezas, que quizá nunca se completaría.

Sabía, por ejemplo, que el hombre que me había maniatado en casa había sido Paul Yancy, el miembro blanco del Cuatro de Agosto. Se hizo pasar por policía y consiguió la llave del refugio contra bombardeos. Lo más probable es que hubiera sido él quien perforó la caja fuerte de Oscar Mobley y se llevó la pasta.

Pero ¿les había prometido Wilt esa fortuna a los del Cuatro de Agosto, o tenía en reserva otros planes? ¿Y pensaba Yancy entregársela a los compañeros que quedaban en el Cuatro de Agosto? ¿O le entró la codicia y decidió quedársela él?

Pasaba mucho tiempo pensando en ese dinero. Dinero sucio, había dicho Cliff. ¿Cómo se había ensuciado? ¿Qué estaba haciendo el prestigioso Oscar Mobley de lo que nadie tenía noticia salvo Wilton? No lo veía yo en el papel de un sicario de la mafia ni de un sórdido chantajista. Pero ¿y en el de uno de esos ciudadanos muy bien situados, por encima de todo reproche, que recibían dinero de un hombre como Henry Waddell? Tal como me había explicado el propio Waddell, todo era posible.

Por último, Cliff murió sin darme tiempo a preguntarle una cosa: Si Wilton no cedió a la tortura y no le dijo dónde estaba el piso de Alvin Flowers, ¿cómo lo localizó Cliff y lo mató? Me inclino a pensar que no lo mató él.

Creo que el asesinato de Alvin Flowers fue el único que de hecho cometió la policía.

Como había dicho Taylor. Quizá su artículo se publicara y destapase todo aquel asqueroso montaje. Quizá. Pero lo más probable era que la gente lo viera como una muestra de la paranoia izquierdista con las conspiraciones.

Había algo que no se prestaba a especulaciones de ningún tipo. Lo sabía con seguridad y nunca lo había dudado: a Wilton no lo mataron por delatar a Alvin Flowers. Ahora comprendía que lo mataron porque se negó a delatarlo.

Giros radicales. Era el cuento de nunca acabar.

Ahora vivo sola y no está mal. No literalmente sola. Estoy otra vez en casa de Ivy y Woody. Pero allí tengo mi pequeño universo privado. Mi cuarto, mi radio, mis libros. Echo en falta oír risas en el pasillo, pasarnos porros entre todos, sentarme a comer con una pandilla de jóvenes guapos, caminar por la calle en formación, con el implacable viento del norte metiéndonos el pelo en los ojos.

—¿Me has oído, Cassandra? —preguntó Owen.

—No, lo siento. He tenido un momento de despiste.

—He dicho: ¿Por qué estás sonriendo?

—Por algo que pasó una vez. Íbamos unos cuantos de la comuna por la calle, cuando una chiquilla con un buen colocón se nos acerca corriendo. Sonríe como el Maharishi y sus ojos son como bolitas de una máquina de flipper. El caso es que nos mira y nos dice: «¡Guau, tíos! ¡Cómo sois! Sois *bellos*, ¿lo sabíais? Parecéis la Patrulla Juvenil».

—¿La qué?

—Mira que eres, Owen. La serie de televisión. —Ah.

—En fin, nos mondamos de risa, ¿sabes?

—¿Por qué?

—Porque los chavales de la Patrulla Juvenil son polis de la secreta. Esa pequeña hippy colgada piensa que somos bellos porque nos parecemos a los maderos.

Animosamente, Owen trató de reírme la gracia, pero estaba claro que no le decía nada.

Pasado un momento, preguntó:

—¿Vamos a tomar una copa aquí mismo, en Wells Street? ¿O regresamos a mi barrio dando un paseo y vamos a Otto's, donde la cerveza negra es mejor? ¿Cómo lo ves?

Le cogí la mano áspera y enrojecida, y se la metí en el bolsillo del abrigo.

—Owen, tú eres el profesor —dije.

Notas

- ¹ El alcalde de Chicago entre 1955 y 1976. *(N. de la T.)*
- ² William Kunstler (1919-1995), abogado radical y activista por los derechos civiles que se hizo célebre con la defensa de «los Siete de Chicago», acusados de conspiración y de promover alborotos durante la Convención Demócrata de Chicago de 1968. *(N. de la T.)*
- ³ Entre las acepciones de crash figuran estallido, choque, caída, derrumbe, quiebra, y también, en argot, bajón que a veces se produce cuando se disipan los efectos de una droga. *(N. de la T.)*
- ⁴ Industrial Workers of the World (Trabajadores Industriales del Mundo), federación de sindicatos de ideología sindicalista revolucionaria y autogestionaria, también conocida como los Wobblies. *(N. de la T.)*
- ⁵ Studs Terkel (1912-2008), escritor y periodista, icono de la radio y la televisión estadounidenses. *(N. de la T.)*
- ⁶ Bureau of Indian Affairs: Departamento de Asuntos Indios. *(N. de la T.)*
- ⁷ Personaje indio de ficción, fiel compañero del Llanero Solitario, el protagonista de la popular serie de radio y televisión del mismo nombre. *(N. de la T.)*
- ⁸ Héroe. *(N. de la T.)*
- ⁹ Hunter S. Thompson (1937-2005), periodista y escritor estadounidense de vida aventurera que alcanzó fama al escribir sobre la banda de los Hells Angels «desde dentro». Creó el llamado «periodismo gonzo», un estilo de reportaje en el que el periodista es un actor más y el contexto es tan importante como el hecho que se narra. *(N. de la T.)*

Créditos

Título original: *Trip Wire. A Cook County Mystery*

Edición en formato digital: julio de 2012

© Charlotte Carter, 2005

© De la traducción, María Corniero, 2012

© Ediciones Siruela, S. A., 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-899-6

Conversión a formato digital: El poeta (editores digitales) S. L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
EN PRIMERA LÍNEA DE FUEGO	4
Chicago, 1968	7
Lunes	8
Martes	17
Miércoles	28
Jueves	39
Viernes	67
Sábado	93
Domingo	99
Lunes	106
Martes	115
Día de San Valentín, 1969	124
Notas	126
Créditos	127